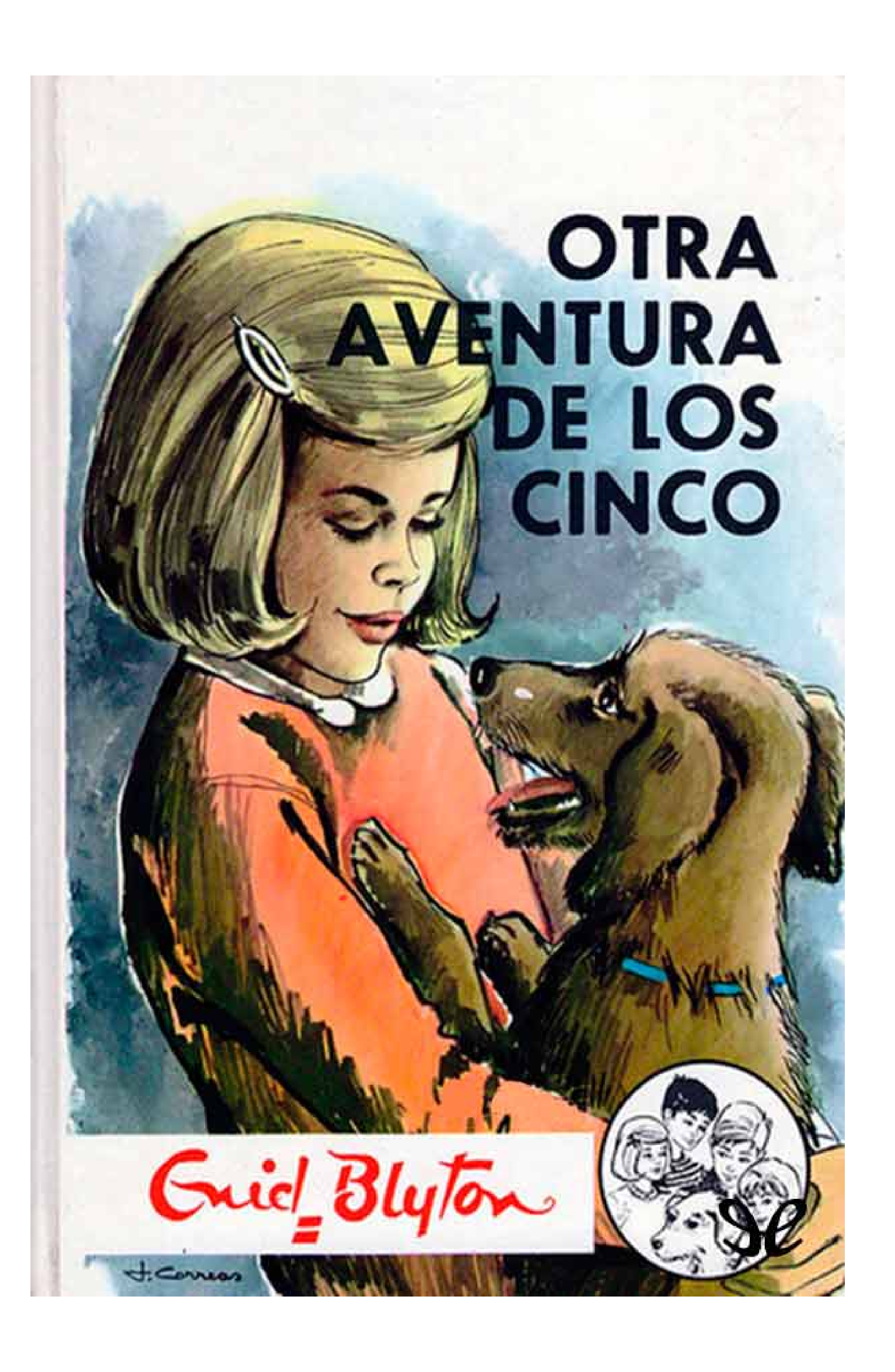

OTRA AVENTURA DE LOS CINCO
Enid Blyton
J. Correas

Jorge y su perro Tim, han ido a pasar las fiestas de Navidad con sus primos, pero la madre de Julián, Dick y Ana, ha enfermado de escarlatina y los cinco se marchan a Kirrin para que la madre de los tres niños pueda hacer el reposo necesario.

Los chicos llegan absolutamente felices a Villa Kirrin, pero su contento queda ensombrecido por la presencia del señor Roland, un tutor que los padres de Jorge han contratado para que dé clases a Julián, Dick y Jorge.

La pobre Ana es la única que no se ve obligada a tomar clases, pero se aburre tremendamente en soledad durante las clases de sus hermanos y prima.

Las cosas comenzarán a complicarse cuando el señor Roland muestre su descontento hacia Tim y, consecuentemente, Jorge haga lo propio con él. Mucho más teniendo en cuenta que a los demás les cae bastante bien el tutor. Una visita a la granja Kirrin añade emoción a las vacaciones al encontrar un plano antiguo con la frase latina VIA OCCULTA. Además, en Villa Kirrin comienzan a suceder hechos misteriosos durante la noche.

¿Es el señor Roland malvado o se equivoca Jorge?

¿Quiénes son los huespedes de la granja Kirrin?



Enid Blyton

Otra aventura de los cinco

Los cinco - 02

ePub r1.3
Titivillus 19.05.16

Título original: *Five go adventuring again*
Enid Blyton, 1943
Traducción: Juan Ríos de la Rosa
Ilustraciones: José Correas
Diseño: José Correas

Editor digital: Titivillus
Primer editor: Annatar (r1.0-r1.1)
Corrección de erratas: Nefertiti
ePub base r1.2



Enid Blyton



Capítulo 1

Vacaciones de navidad

Faltaba sólo una semana para la Navidad y las alumnas del colegio «Gaylands» estaban sentadas alrededor de la mesa del desayuno, charlando y haciendo planes para las próximas vacaciones. Ana se sentó a la mesa y abrió el sobre de una carta que acababa de recibir.

—¡Mira esto! —dijo a su prima Jorgina, que estaba sentada a su lado—. Es una carta de papá, y eso que ayer mismo él y mamá me escribieron otra.

—Espero que no traiga malas noticias —dijo Jorge. La primita no admitía de ninguna manera que la llamasen Jorgina, hasta tal punto, que la misma profesora la llamaba Jorge. En realidad, parecía un chico, con sus cortos y rizados cabellos y sus ademanes algo masculinos. Miró ansiosamente a Ana mientras ésta iba leyendo la carta.

—¡Oh, Jorge, no podremos pasar las vacaciones en mi casa! —dijo Ana, con lágrimas en los ojos—. Mamá está enferma de escarlatina y papá tiene miedo de que pueda contagiarnos. ¡Qué noticia más desagradable!

—¡Oh, cuánto lo lamento! —dijo Jorge. Se sentía tan defraudada como Ana, porque la madre de ésta la había invitado a ella y a su perro Timoteo a pasar las Navidades en su casa, y le había prometido llevarla a sitios donde nunca había estado, como el circo y el teatro de polichinelas y, además, había organizado una velada magnífica alrededor de un estupendo árbol navideño. Todas sus ilusiones se habían desvanecido de golpe.

—Cualquiera se lo dice a los chicos —dijo Ana pensando en

Julián y Dick, sus dos hermanos—. Con lo ilusionados que estaban con estas vacaciones.

—Bueno ¿qué pensáis hacer entonces? —preguntó Jorge—. ¿No podríais venir a mi casa? Estoy segura de que a mi madre le gustará volver a veros. Guarda muy buen recuerdo de las vacaciones que pasasteis allí el último verano.

—Espera un momento: deja que acabe de leer la carta, a ver qué dice papá —dijo Ana volviendo a coger el papel—. ¡Pobre mamá! ¡Ojalá no esté muy grave!

Leyó un poco más, y de pronto lanzó una exclamación de alegría. Las otras chicas de su alrededor esperaban impacientes a que les contara lo que decía la carta.

—¡Jorge! ¡Pasaremos las Navidades en tu casa! Pero ¡caramba!, fíjate. ¡Nos pondrán un preceptor! En parte, para que no molestemos demasiado a tu madre, y, por otro lado, «porque Julián y Dick han estado enfermos los dos esta temporada y andan retrasados en sus estudios».

—¡Un preceptor! ¡Qué rabia! ¡Apuesto a que nos hará estudiar lo mismo que en el colegio! —dijo Jorge, abatida—. Claro que cuando mis padres lean las notas que me han dado pensarán que estoy muy atrasada. Al fin y al cabo, ésta es la primera vez que voy a un colegio y me faltan muchas cosas que aprender todavía.

—Qué vacaciones más horribles vamos a pasar teniendo con nosotros un preceptor todo el tiempo —dijo Ana lúgubremente—. Yo espero que mis notas sean buenas, porque los exámenes los he hecho bien. Pero no me va a resultar nada agradable tener que estar sin hacer nada mientras vosotros dais vuestras lecciones. Aunque, por supuesto, podré distraerme jugando con Timoteo. ¡Supongo que no querrán que él también dé clases!

—¡Pues a él le gustaría! —repuso Jorge rápidamente.

No podía hacerse a la idea de que su adorado perro se pasara las vacaciones divirtiéndose con Ana mientras ella, Julián y Dick se dedicaban a estudiar y dar clases.

—Timoteo no puede dar clases, Jorge. No seas tonta.

—Por lo menos podrá sentarse a mis pies mientras yo las doy —dijo Jorge—. Será para mí un gran consuelo tenerlo conmigo. Por Dios, Ana, acaba ya de comerte las salchichas. Todas hemos terminado ya el desayuno y la campana está a punto de sonar. Te

vas a quedar en ayunas.

—Menos mal que lo de mamá no es grave —dijo Ana leyendo rápidamente el final de la carta—. Dice papá que ha escrito también a Julián y a Dick, y, por supuesto, a tu padre, para encargarle que nos busque un preceptor. Oh, ¿verdad que es desagradable? No quiero decir que no me guste volver a «Villa Kirrin» y ver de nuevo la isla, pero, al fin y al cabo, allí no hay teatros, ni circos, ni verbenas.

El tiempo pasó muy aprisa. Ana y Jorge se dedicaron a preparar sus maletas y etiquetarlas, disfrutando del tumulto de los últimos días de colegio. Por fin el enorme autocar escolar paró ante la puerta y las chicas montaron en él.

—¡Otra vez a Kirrin! —exclamó Ana—. Sube, Timoteo, precioso. Siéntate entre Jorge y yo.

En el colegio «Gaylands» permitían a los alumnos tener consigo durante el curso sus animales favoritos. Tim, el gran perro de Jorge, de raza mixta, había tenido muy buena acogida. Salvo una vez que, en un descuido del basurero, cogió el cubo de la basura y lo arrastró por todo el colegio hasta meterse en plena clase de Jorge, su comportamiento había sido ejemplar.

—Estoy segura de que te habrán dado muy buenas notas, Tim —dijo Jorge abrazando a su adorado can—. Ahora nos vamos otra vez a casa. ¿Estás contento?

—¡Guau! —ladró Tim con voz profunda. Empezó a mover la cola. En aquel momento se oyó una exclamación que provenía del asiento de atrás.

—¡Jorge! Dile a Tim que se siente de una vez. ¡Me está despeinando con el rabo!

No mucho después, las dos chicas estaban ya en Londres, dispuestas a tomar el tren que había de llevarlas a Kirrin.

—Cómo me gustaría que a mis hermanos les hubiesen dado las vacaciones hoy también —suspiró Ana—. Qué bien estaría que llegásemos a Kirrin todos juntos.

Pero los dos chicos no estuvieron libres hasta el día siguiente. Ana estaba ansiosa de volverlos a ver. La temporada de colegio la había tenido apartada de ellos demasiado tiempo. Menos mal que por lo menos no se había separado de Jorge. Ella y sus hermanos habían pasado el último verano en casa de la prima Jorge y juntos

habían disfrutado de una aventura verdaderamente extraordinaria en la pequeña isla que había cerca de la costa. En esta isla había un antiguo castillo, en cuyos sótanos los chicos habían hecho maravillosos descubrimientos.

—Cómo me gustará volver a la isla —comentó Ana cuando el tren estaba ya en las cercanías de Kirrin.

—No creo que podamos ir —dijo Jorge—. El mar está muy movido en invierno por la parte que rodea la isla. Sería muy peligroso intentar la travesía.

—¡Oh, qué lástima! —exclamó Ana, defraudada—. Me había hecho la ilusión de que nos ocurrieran nuevas aventuras allí.

—En invierno no pueden ocurrir aventuras, al menos en Kirrin —dijo Jorge—. Hace mucho frío, y a veces la nieve bloquea la casa y no podemos ni siquiera ir al pueblo. El viento y la nieve nos impiden el paso.

—¡Oh, eso debe de ser muy interesante! —dijo Ana.

—No lo creas: no es nada divertido, realmente —repuso Jorge—. Resulta la mar de aburrido. Todo lo más que se puede hacer es pasarse el día en casa sentada y de vez en cuando coger una pala y apartar algo la nieve de la puerta.

Todavía pasó algún tiempo antes de que el tren llegara a la estación donde tenían que bajar. Pero, al fin, empezó a aminorar la marcha la locomotora, vomitando vapor mientras alcanzaba el pequeño andén. Las dos chicas se levantaron rápidamente de sus asientos y empezaron a escudriñar a ver si había ido alguien a esperarlas. Efectivamente, allí estaba la madre de Jorge.

—¡Hola, Jorge querida! ¡Hola, Ana! —dijo la señora Kirrin, mientras abrazaba a las dos—. Ana, siento mucho el percance de tu madre, pero alégrate: está ya mucho mejor, me acabo de enterar.

—¡Oh, qué bien! —dijo Ana—. Tía Fanny: verás cómo te gustará que pasemos aquí las vacaciones. Nos portaremos de lo mejor. ¿Y tío Quintín? ¿Cómo se ha tomado eso de que pasemos los cuatro otra vez las vacaciones en su casa? Ya verás cómo no le daremos la lata tan a menudo como en el verano.

El padre de Jorge era un hombre de ciencia, muy inteligente, pero de un carácter terrible. Tenía muy poca paciencia con los niños y los cuatro habían recibido de él más de una fuerte reprimenda el último verano.

—Oh, tu tío sigue trabajando de firme —contestó tía Fanny—. Es que ha descubierto una nueva fórmula, algo secreto, y la quiere explicar en su libro. Dice que en cuanto haya terminado el trabajo lo llevará a que lo examine un experto en la materia y, si tiene aceptación, será de gran utilidad para el país.

—Oh, tía Fanny, eso suena a cosa interesante —dijo Ana—. ¿Cuál es el secreto?

—No puedo decírtelo de ninguna manera, tontina —dijo tía Fanny—. Yo misma no tengo la menor idea de en qué consiste. Vámonos ya, que aquí hace demasiado frío para estarnos quietas de pie. Tim tiene muy buen aspecto, Jorge querida.

—Oh, mamá, lo ha pasado muy bien en el colegio —dijo Jorge —. Realmente lo ha pasado muy bien. Una vez se quería comer las zapatillas del cocinero…

—Y también se ha dedicado a perseguir al gato que vive en el establo.

—Y una vez se metió en la despensa de la cocina y se tragó un pastel de carne —dijo Jorge—. Y además…

—¡Por Dios bendito, Jorge! ¡Seguro que no lo volverán a admitir en el colegio! —exclamó su madre, horrorizada—. ¿No lo han castigado? Espero que así sea.

—No, no lo castigaron —dijo Jorge—. Como tú sabes, nosotras somos responsables del comportamiento de los animales que tenemos. Y cada vez que Tim hizo algo malo me castigaron a mí, por no tenerlo bien domesticado o cosa parecida.

—Supongo que te habrán castigado un montón de veces, entonces —dijo su madre, mientras azuzaba con las riendas al caballito que llevaba la tartana a lo largo del camino—. En realidad, acabo de tener una buena idea.

Mientras iba hablando, sus ojos empezaron a brillar de modo inusitado.

—Creo que haré contigo lo mismo que han hecho en el colegio: castigarte cuando Tim haga una de las suyas.

Las chicas se echaron a reír. Estaban, en verdad, muy contentas. Las vacaciones iban a resultar estupendas. Era algo magnífico ir a Kirrin. Al día siguiente llegarían los chicos y entonces ¡sí que iban a pasar bien las Navidades!

—¡Viva «Villa Kirrin»! —exclamó Ana cuando la pequeña y vieja

mansión apareció ante su vista—. ¡Oh, fíjate, la isla Kirrin otra vez!

Las dos chicas dirigieron su vista al mar, donde se destacaba la isla y su castillo, recordando la formidable aventura que habían corrido allí el último verano.

Por fin llegaron a la casa.

—¡Quintín! —llamó la madre de Jorge—. ¡Quintín! ¡Las chicas ya están aquí!

Tío Quintín salió de su despacho y se dirigió al vestíbulo. A Ana le pareció todavía más alto y sombrío que de costumbre.

«¡Está más ceñudo que nunca!», se dijo a sí misma.

Tío Quintín podía ser muy inteligente; pero ella prefería a hombres alegres y festivos como su propio padre. Le dio cortésmente la mano a su tío y vio como Jorge le daba un beso.

—Bueno —dijo tío Quintín dirigiéndose a Ana—. Como sabéis, os vamos a traer un preceptor para estas vacaciones. Supongo que estaréis dispuestas a comportaros con él como es debido.

Lo había dicho en tono más bien jocoso, pero Ana y Jorge no estaban contentas. Las personas con las cuales había que comportarse con toda corrección y respeto solían ser serias, severas y fastidiosas. Las chicas se alegraron cuando el padre de Jorge volvió a su despacho.

—Tu padre ha estado trabajando últimamente una enormidad —dijo a Jorge su madre—. Está un poco agotado. Menos mal que ya está a punto de terminar el libro. Él tenía la idea de acabarlo antes de las Navidades y pasar las fiestas con nosotros para descansar, pero ahora dice que no podrá ser.

—¡Qué lástima! —dijo Ana para quedar bien, pero en su fuero interno se había llevado una gran alegría.

No hubiera sido muy distraído para ella pasar las Navidades oyendo hablar de cosas científicas, a las que era muy aficionado su tío.

—¡Oh, tía Fanny, estoy deseando volver a ver a Julián y a Dick! ¡Estoy segura de que ellos también están ansiosos por ver a Jorge y a Tim! Tía Fanny: en el colegio nadie llamaba Jorgina a Jorge, ni siquiera la profesora. Yo tenía ganas de que alguien la llamase Jorgina: me hubiera gustado ver cómo reaccionaba. Jorge: ¿verdad que lo has pasado bien en el colegio?

—Sí —contesto Jorge—. Es cierto. Yo había creído que lo iba a

pasar muy molesto entre tantas chicas, pero, a pesar de todo, me ha gustado. Mamá: estoy asustada pensando en lo que vas a decir cuando leas mis notas. Ten en cuenta que me faltan todavía muchas cosas que aprender.

—Sí, ya sé que es la primera vez que vas a un colegio —dijo su madre—. Se lo explicaré así a tu padre para que no se enfade. En fin, será mejor que nos vayamos ya a tomar el té. Es tarde. Debéis de estar hambrientas.

Un rato después, las chicas subían por la escalera que conducía al piso donde estaba su dormitorio.

—¡Qué contenta estoy de no pasar sola las vacaciones! —exclamó Jorge—. Desde que vinisteis este verano me he aficionado a tener compañía. ¡Eh, Tim! ¿Dónde te has metido?

—Seguro que se ha ido a olfatear todos los rincones para convencerse de que ésta es su casa —dijo Ana riendo—. Querrá comprobar que la cocina sigue oliendo igual, lo mismo que el cuarto de baño y su perrera. La emoción de volver a casa le ha afectado tanto como a nosotras.

Ana tenía razón. Timoteo estaba embargado por la emoción del regreso. Empezó a dar vueltas en torno de la madre de Jorge, olisqueándole las piernas amistosamente, encantado de volverla a ver. Luego corrió a la cocina, pero no tardó en volver, abatido. Había allí alguien nuevo: Juana, la cocinera, una obesa y jadeante señora, que le había lanzado una mirada llena de desconfianza.

—Podrás entrar en la cocina sólo una vez al día, para comer —dijo Juana—. Pero nada más. No estoy dispuesta a que empiecen a desaparecerme ante mis narices la carne, los pollos o las salchichas. Te conozco: sé qué clase de perro eres.

Timoteo, en vista del inadecuado recibimiento, echó a correr hacia el fregadero y, una vez en él, empezó a olfatearlo al detalle. Luego se dirigió al comedor y después al gabinete, quedando muy satisfecho al comprobar que todo olía igual que antes de su partida. Aplicó las narices a la puerta del despacho donde estaba trabajando el padre de Jorge, pero esta vez olisqueó con cierta cautela. No tenía la menor intención de introducirse allí. Timoteo adoptaba con el padre de Jorge las mismas precauciones que los chicos. Estaba tan escarmentado como ellos.

Después corrió escaleras arriba hasta el dormitorio de las chicas.

¿Dónde estaba su cesta? Ah, allí bajo la ventana. ¡Estupendo! Eso quería decir que él dormiría, como siempre, en el dormitorio de las muchachas.

Se metió en la cesta, enroscándose con toda comodidad, mientras movía expresivamente el rabo.

¡Qué magnífico estar de vuelta! ¡Era estupendo!

Capítulo 2

Todos juntos otra vez

Los chicos llegaron al día siguiente. Ana, Jorge y Tim fueron a esperarlos a la estación. Jorge conducía la tartana con Timoteo sentado tras ella. Cuando llegó el tren, Ana no tuvo paciencia para esperar a que se parase del todo. Echó a correr por el andén, buscando a Julián y a Dick por todos los vagones que pasaban ante su vista.

Por fin los vio. Estaban asomados a una ventanilla del último vagón, gritando y gesticulando.

—¡Ana, Ana! ¡Estamos aquí! ¡Hola, Jorge! ¡Oh, fíjate, allí está Tim!

—¡Julián! ¡Dick! —gritó Ana.

Timoteo empezó a ladrar y a dar saltos. Estaba muy emocionado.

—¡Oh, Julián, qué alegría volveros a ver a los dos! —dijo Ana dando un abrazo a cada uno.

Timoteo, de un salto, se abalanzó sobre los chicos y empezó a lamerlos. Estaba enormemente satisfecho. Ahora iba a disfrutar de la compañía de todos ellos, y esto era lo que más le gustaba. Los tres chicos hablaban alborozadamente mientras un empleado iba sacando el equipaje. Ana se acordó de pronto de Jorge. No la veía por ningún sitio, aun cuando la había acompañado hasta el andén.

—¿Dónde está Jorge? —preguntó Julián—. Cuando el tren iba parando la vi aquí desde la ventanilla.

—Habrá vuelto a la tartana —dijo Ana—. Dile al empleado que se apresure en sacar el equipaje, Julián. ¡Vámonos ya! Quiero ir a ver qué está haciendo Jorge.

Jorge estaba quieta, de pie, con el codo apoyado en el caballito de la tartana y la mano en la frente. Tenía cierto aire de melancolía, según pensó Ana. Los chicos se le acercaron.

—¡Hola, Jorge, vieja amiga! —gritó Julián dándole un abrazo. Dick hizo lo mismo.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó Ana, al ver que Jorge no pronunciaba palabra.

—¡Parece que está muy enfadada! —dijo Julián haciendo una mueca burlona—. ¡Animo, Jorgina!

—¡No me llames Jorgina! —dijo la muchachita fieramente. Los chicos se echaron a reír.

—Ah, estupendo, está hecha la misma fierecilla de siempre —dijo Dick dando a su prima un amistoso palmetazo en el hombro—. Oh, Jorge, qué alegría volverte a ver. ¿Te acuerdas de las maravillosas aventuras de este verano?

Jorge empezó a pensar que se había portado un poco ariscamente. Cierto que se había enfadado un poquitín al ver la magnífica bienvenida que Julián y Dick habían dispensado a su hermanita, pero los enfados no podían durar mucho con sus simpáticos primos. Con ellos nadie podía nunca sentirse ofendido o resentido.

Los cuatro chicos montaron en la tartana. El empleado de la estación había metido allí las dos maletas. Apenas quedaba sitio para ellos. Timoteo se sentó encima del equipaje, moviendo el rabo a gran velocidad y con la lengua fuera, pues estaba jadeando de felicidad.

—Chicas, sí que tenéis suerte al poder llevaros a Timoteo al colegio —dijo Dick dándole al enorme can unas cariñosas palmaditas—. En el nuestro no nos dejarían hacerlo. Hay que ver lo mal que lo pasan mis compañeros cuando se llevan al colegio animalitos de los que no quieren separarse.

—El hijo del señor Thompson tenía una rata blanca —dijo Julián —. Y una vez se le escapó y echó a correr por el pasillo hasta topar con una profesora. Ella salió huyendo dando enormes gritos.

Las chicas se echaron a reír. Los chicos tenían siempre cosas divertidas que contar cuando volvían a casa.

—Y Kennedy se llevó caracoles al colegio —dijo Dick—. Ya sabéis que los caracoles duermen durante todo el invierno, porque

hace mucho frío. Pero Kennedy les procuró una caja muy calentita, y, una vez, empezaron a subir por los bordes y se escaparon unos cuantos. No os podéis imaginar cómo nos reíamos cuando Thompson, el profesor de Geografía, nos indicó con el puntero dónde estaba la Ciudad del Cabo, en el mapa, y vimos que en el mismo sitio se había instalado uno de los caracoles de Kennedy.

Todos volvieron a reír. Era delicioso estar juntos otra vez. Tenían una edad parecida: Julián, doce años; Jorge y Dick, once, y Ana, diez. La perspectiva de pasar juntos las vacaciones navideñas era maravillosa. ¡No era extraño que se rieran por cualquier cosa, aun por el chiste o la broma más simple!

—Qué bien que mamá esté ya casi curada, ¿verdad? —dijo Dick mientras el caballito que tiraba de la tartana emprendía un alegre trote por el camino—. Me disgusté mucho cuando me enteré de que no podíamos ir a casa, quiero decir, de que no podría ver a Aladino y su lámpara, ni ir al circo y otros sitios, pero, de todos modos, estoy muy contento de volver a «Villa Kirrin». No sabéis las ganas que tengo de que nos ocurran nuevas aventuras. Pero supongo que esta vez no será como el verano. No creo que pase nada de particular.

—Estas vacaciones tendremos un molesto obstáculo para pasarlo bien —dijo Julián—. Me refiero al preceptor. Por lo que he oído, nos lo pondrán a causa de que Dick y yo hemos faltado bastante al colegio durante lo que va de curso y tenemos que estar hechos unos perfectos sabihondos cuando nos examinemos este verano.

—Sí —dijo Ana—. Me pregunto cómo será el preceptor. Tengo la esperanza de que resulte simpático. Tío Quintín ha ido hoy a contratarlo.

Dick y Julián se miraron el uno al otro. Ambos estaban convencidos de que ningún preceptor escogido por tío Quintín habría de tener nada de simpático. La idea que tenía tío Quintín de los preceptores era que éstos debían ser severos, ceñudos y antipáticos.

Pero ¿por qué preocuparse? Todavía tardaría en venir un día o dos. Y siempre cabía la posibilidad de que resultara simpático y agradable. Los chicos se reanimaron en seguida y empezaron a frotar animosamente el espeso pelo de la piel de Tim. Éste aparentaba estar muy enfadado ante la perspectiva del preceptor y

parecía prometer que le iba a morder en cuanto lo viera. Pero ¡dichoso Tim! El can nunca había padecido hasta entonces las furias de un profesor.

Por fin llegaron a «Villa Kirrin». Los chicos se pusieron muy contentos de volver a ver a su tía y se sintieron bastante aliviados cuando ella dijo que el tío no había regresado todavía.

—Ha ido a hablar con dos o tres señores que han contestado a nuestro anuncio de que precisábamos un preceptor —dijo—. No creo que tarde en volver.

—Mamá, supongo que no tendremos que estudiar ni dar clases durante estas vacaciones, ¿verdad? —preguntó Jorge. Hasta entonces nadie le había dicho con seguridad que esto iba a ocurrir, y estaba ansiosa de enterarse.

—Oh, sí, Jorge —dijo su madre—. Tu padre ha visto las notas que te han dado en el colegio, y, aunque no son del todo malas (no esperábamos de ningún modo que fueran excelentes), demuestran, sin embargo, que a tu edad estás todavía un poco retrasada. Unos estudios extras te pondrán pronto al corriente.

A Jorge se le ensombreció el rostro. Claro que había esperado que le dijeran una cosa parecida, pero, de todos modos, era fastidioso.

—Ana es la única que no tendrá que dar clases —dijo.

—Algunas sí que daré —prometió Ana—. Quizá no todas, Jorge, sobre todo cuando haga buen tiempo, pero a menudo sí, aunque no sea más que para hacerte compañía.

—Gracias —dijo Jorge—. Pero no te preocupes, no te necesitaré. Estará conmigo Tim.

La madre de Jorge no parecía muy convencida de esto último.

—Primero tendremos que saber qué es lo que opina el preceptor sobre eso —dijo.

—¡Mamá! ¡Si el preceptor no deja que Tim me acompañe durante las clases, no daré una sola estas vacaciones! —dijo Jorge, hecha una fiera.

Su madre se echó a reír.

—Caramba, caramba, ¡la misma fierecilla de siempre! —dijo—. Bueno, chicos —añadió—. Id a lavaros las manos y a peinaros un poco. Dais la impresión de que toda la tizne del tren se os ha pegado.

Los chicos y Timoteo empezaron a subir la escalera. Era maravilloso estar los cinco reunidos. Ellos, por supuesto, consideraban a Timoteo como uno más de la pandilla. Siempre los acompañaba en todas las aventuras y parecía entender todas las cosas que entre ellos se decían.

—Me gustaría saber qué especie de preceptor ha escogido tío Quintín —dijo Dick mientras se limpiaba las uñas en el lavabo—. Con tal que nos traiga uno bueno, que sea alegre y simpático y que se haga cargo de que las clases en tiempo de vacaciones tienen que ser molestas a la fuerza y procure que durante ellas lo pasemos lo mejor posible… Porque supongo que tendremos clases todas las mañanas.

—Bueno, rápido. Quiero tomar el té ya —dijo Julián— vámonos abajo, Dick. No te preocupes, que muy pronto vamos a saber cómo es el preceptor.

Bajaron todos y se sentaron alrededor de la mesa del comedor. Juana, la cocinera, había preparado una buena porción de dulces riquísimos y un gran pastel. ¡Apenas quedaba nada cuando los chicos terminaron de merendar!

Justamente entonces llegó tío Quintín. Parecía muy satisfecho de sí mismo. Estrechó las manos a los dos chicos y les preguntó si lo habían pasado bien en el colegio.

—¿Has encontrado ya al preceptor, tío Quintín? —preguntó Ana, que había notado que los demás iban a estallar de ganas de preguntar lo mismo.

—Sí, ya lo he contratado —dijo su tío. Se sentó en una silla mientras tía Fanny le servía el té—. Me he entrevistado con tres aspirantes, y estaba a punto de decidirme por el último de ellos, cuando un compañero suyo entró precipitadamente en la habitación. Dijo que acababa de leer el anuncio y que esperaba no haber llegado demasiado tarde.

—¿Y lo contrataste a él? —preguntó Dick.

—Sí, efectivamente —contestó su tío—. Parecía muy inteligente. ¡Hasta sabía detalles de mi vida y de mi trabajo! Y, además, tenía muy buenas cartas de recomendación.

—No creo que los niños necesiten saber todos esos detalles —dijo tía Fanny—. En resumen: ¿le dijiste que viniese aquí, al final?

—Oh, sí —dijo tío Quintín—. Es bastante mayor que los otros,

que, a mi parecer, eran demasiado jóvenes. Y parece muy sensato e inteligente. Estoy seguro de que te agradará, Fanny. Es el que más nos conviene. Creo que me gustará charlar con él algunos ratos por la noche.

Los chicos no pudieron impedir el sentirse algo alarmados con lo que habían oído sobre el preceptor. Su tío observó, sonriendo, sus cariacontecidos rostros.

—Os gustará el señor Roland —dijo—. Sabe cómo hay que entrar a los jovencitos y piensa emplear todas sus fuerzas para que cuando terminen las vacaciones sepáis muchas más cosas que cuando empezaron.

Los chicos, al oír esto, se alarmaron más todavía. ¡Cuánto mejor hubiera sido que, en vez de tío Quintín, hubiese sido tía Fanny la que escogiera al preceptor!

—¿Cuándo llegará? —preguntó Jorge.

—Mañana —contestó su padre—. Podéis ir todos a esperarlo a la estación. Eso le gustará mucho.

—Nosotros habíamos pensado ir mañana al pueblo a ver los escaparates y comprar cosas de Navidad —dijo Julián viendo la cara de disgusto que había puesto Ana.

—No, no. Iréis a la estación, como os he dicho —dijo su tío—. Yo le dije que iríais. Y tened presente los cuatro: ¡nada de portarse mal con él! Seréis buenos chicos y estudiaréis a fondo: tened en cuenta que vuestro padre dará al preceptor un fuerte estipendio. Yo contribuiré con la tercera parte porque quiero que Jorge también dé clases. Ya lo sabes, Jorge: a portarte bien y a estudiar.

—Lo intentaré —dijo Jorge—. Si me resulta simpático, lo haré lo mejor posible.

—¡Te portarás bien tanto si te es simpático como si no! —dijo su padre frunciendo el ceño—. Llegará en el tren número trece. Procurad estar a tiempo en la estación.

—Espero que no sea muy severo con nosotros —dijo Dick, por la noche, aprovechando unos minutos en que estaban solos—. Nos va a hacer polvo las vacaciones si se pasa el tiempo vigilándonos y reprendiéndonos. Y espero también que le resulte agradable Tim.

Jorge levantó rápidamente la vista y miró a su primo.

—¡Claro que le gustará Timoteo! —exclamó—. ¿Por qué no iba a ser así?

—Pues tu padre no simpatizaba demasiado con Timoteo este último verano —dijo Dick—. Yo, desde luego, no puedo comprender cómo puede haber alguien a quien no le guste Timoteo. Pero, Jorge, sabes muy bien que hay mucha gente que no ama a los perros.

—¡Si al señor Roland no le gusta Timoteo, no pienso hacerle el más mínimo caso! —dijo Jorge—. ¡Ni el más mínimo caso!

—Ya está aquí otra vez la fierecilla —dijo Dick, echándose a reír —. A fe que habrá tormenta si resulta que al señor Roland no le agrada nuestro simpático Tim.

Capítulo 3

Un nuevo preceptor

A la mañana siguiente hacía un sol espléndido. La niebla marina de los dos últimos días había desaparecido y la isla Kirrin, que estaba situada a la entrada de la bahía, podía verse con toda limpieza. Los chicos se dedicaron a contemplar admirativamente el castillo que había en su parte más alta.

—¡Qué ganas tengo de volver a ir al castillo! —dijo Dick—. ¿No podríamos intentarlo? El mar parece que está en calma, Jorge.

—Por aquí, sí. Pero en las proximidades de la isla está bastante alborotado —dijo Jorge—. Siempre ocurre lo mismo en esta época del año. Estoy segura de que mamá no nos dejaría ir hasta allí.

—¡Es una isla maravillosa y nos pertenece a todos nosotros! —dijo Ana—. ¡Tú dijiste, Jorge, que la repartirías con nosotros y que todos seríamos los dueños para siempre!

—Sí, es cierto —asintió Jorge—. Y no sólo la isla, sino el castillo, con sus sótanos y todo lo demás. Vámonos ya. Montemos en la tartana. Acabaremos llegando tarde a la estación si nos pasamos aquí todo el día contemplando la isla.

Subieron todos a la tartana y el caballito empezó a trotar. A poco, la isla Kirrin había desaparecido.

—Todas estas tierras ¿pertenecieron a tus antepasados? —preguntó Julián.

—Sí, así es —contestó Jorge—. Pero ahora lo único que nos queda en propiedad es la isla Kirrin, nuestra casa y la granja Kirrin, que está algo más allá, en aquella dirección.

Señaló con el mango del látigo. Los chicos pudieron ver, sobre una colina, una casita-granja muy pulcra y agradable a la vista,

rodeada de brezos.

—¿Vive alguien allí? —preguntó Julián.

—Oh, sí, un viejo granjero y su mujer —dijo Jorge—. Los conozco desde que yo era muy pequeña. Siempre se portaron muy bien conmigo. Además, durante el tiempo de vacaciones, buscan siempre algún huésped, porque ellos no quieren cobrar nada por cuidar la granja.

—¡Oíd! ¡El tren está a punto de salir del túnel! ¡Oigo el silbato! ¡Por Dios, Jorge, date prisa! ¡No vamos a llegar a tiempo!

Los cuatro chicos y Timoteo vieron como el tren salía del túnel, aminorando poco a poco la velocidad hasta llegar a la estación. El caballito empezó a trotar más aprisa. El tiempo apremiaba.

—¿Quién irá al andén a recibirlo? —preguntó Jorge cuando la tartana había llegado ya a la estación—. Yo no, desde luego. Tengo que quedarme al cuidado de Tim y del caballito.

—Yo tampoco quiero ir —dijo Ana—. Prefiero quedarme con Jorge.

—Está bien, iremos nosotros —dijo Julián.

Dick y él saltaron de la tartana y echaron a correr en dirección al andén, a donde llegaron cuando el tren estaba a punto de arrancar.

Muy pocas personas se habían apeado: una mujer que llevaba una cesta, un muchacho (el hijo del panadero del pueblo) y un anciano, que andaba con gran dificultad. ¡Ninguno de ellos podía ser el preceptor!

De pronto, de la parte delantera del tren salió un individuo de extraño aspecto. Era de corta estatura y más bien grueso y tenía una barba de marinero. Sus ojos eran penetrantes y azulados y su espesa cabellera tenía tonalidades grises. Echó una ojeada arriba y abajo del andén y luego hizo señas a un empleado.

—Ése debe de ser el señor Roland —dijo Julián a Dick—. Voy a preguntárselo. Sólo ése puede ser el preceptor.

Los muchachos se acercaron al hombre barbudo. Julián se quitó la gorra, cortésmente.

—¿Es usted el señor Roland, señor? —preguntó.

—Sí, yo soy —dijo el hombre—. Supongo que vosotros sois Julián y Dick.

—Sí, señor —contestaron a la vez los dos chicos—. Hemos traído

una tartana para que usted pueda llevar cómodamente el equipaje.

—Oh, muy bien —dijo el señor Roland.

Sus azules y brillantes ojos recorrieron con la mirada a los dos muchachos. Luego empezó a sonreír. A Julián y a Dick les produjo una buena impresión.

—¿Y las demás? ¿No están por aquí? —preguntó el señor Roland mientras caminaba a lo largo del andén, seguido del empleado, que llevaba su equipaje.

—Sí, Jorge y Ana están fuera, esperando en la tartana —dijo Julián.

—Jorge y Ana —dijo el señor Roland con voz perpleja—. Yo tenía entendido que las otras dos eran chicas. No sabía que, además de ellas, había un chico.

—Oh, Jorge es una chica —dijo Dick riendo—. Su verdadero nombre es Jorgina.

—Un bonito nombre —dijo el señor Roland.

—Jorge no opina lo mismo —dijo Julián—. Nunca contesta cuando la llaman Jorgina. ¡Será mejor que la llame siempre Jorge, señor!

—¿Tú crees? —dijo el señor Roland fríamente. Julián lo miró de reojo.

«¡No es tan simpático como parecía al principio!», pensó el muchacho.

—Tim está fuera también, esperando —dijo Dick.

—Oh, y ¿es Tim un chico, o una chica? —inquirió el señor Roland con cautela.

—¡Es un perro, señor! —dijo Dick jocosamente.

El señor Roland parecía contrariado.

—¿Un perro? —dijo—. No sabía que hubiera un perro en la casa. Vuestro tío no me dijo nada.

—¿No le gustan a usted los perros? —preguntó Julián, sorprendido.

—No —dijo el señor Roland escuetamente—. Pero me atrevería a decir que vuestro perro no me molestará gran cosa. ¡Hola, hola! ¡Aquí están las muchachitas! ¿Qué tal? ¿Cómo estáis?

A Jorge no le gustó que la llamasen muchachita. Por un lado, no quería que la tuvieran por una persona pequeña, y por otro, ella quería siempre parecer un chico. Le dio la mano al señor Roland sin

pronunciar palabra. Ana, sin embargo, dedicó una sonrisa al preceptor, y éste pensó en seguida que ella era la más simpática de las dos.

—¡Tim! ¡Dale la pata al señor Roland! —dijo Julián a Timoteo. Esta era una de las gracias del can. Siempre que se lo pedían, levantaba la pata derecha con aire muy cortés. El señor Roland bajó la vista para mirar al perro y éste la subió para mirar al señor Roland.

Entonces, muy despacio y deliberadamente, Timoteo volvió la espalda al señor Roland y montó en la tartana. Esta vez no había querido ofrecer su pata. Los chicos lo miraron, extrañados.

—¡Tim! ¿Qué te ocurre? —gritó Dick. El can bajó las orejas y no se movió.

—No le resulta usted simpático —dijo Jorge mirando al señor Roland— es una cosa muy rara. A él le gusta todo el mundo. Pero tal vez a usted no le gusten los perros.

—En realidad, no —dijo el señor Roland—. Una vez, cuando yo era muy joven, me mordió un perro, y, desde entonces, por una causa o por otra, siempre me han resultado antipáticos los perros. Sin embargo, me atrevería a decir que tu Tim y yo acabaremos siendo amigos.

Todos montaron en la tartana. Apenas cabían en ella. Iban apretujados en gran manera. Tim empezó a contemplar codiciosamente los tobillos del señor Roland, con aire de disponerse a morderlos. Ana se echó a reír.

—¡Tim se está comportando de un modo muy extraño! —dijo—. ¡Es una suerte que no tenga usted que darle clases a él también, señor Roland!

Contempló sonriente al preceptor y éste la miró con una sonrisa que mostraba sus dientes blancos y relucientes. Tenía los ojos de un azul brillante, como los de Jorge.

A Ana le resultó agradable. Bromeaba con los chicos todo el tiempo, y éstos empezaron a pensar que, a pesar de todo, el tío Quintín había tenido acierto en escogerle a él.

Únicamente Jorge permanecía callada. Ella notaba que al preceptor no le agradaba Timoteo, y Jorge no tenía fuerzas para simpatizar con alguien que no admirase a Timoteo a primera vista. También reflexionaba sobre el extraño comportamiento del perro,

que no había querido levantar la pata para dársela al preceptor.

«Es un perro muy inteligente —pensó—. Se ha dado cuenta en seguida de que no le resulta simpático al señor Roland, y por eso no ha querido levantar la pata. No te preocupes, Tim, querido. ¡Yo no le daría nunca la mano a nadie que me tuviese antipatía!»

Al llegar a casa mostraron al señor Roland dónde estaba su habitación y éste se dirigió a ella. Tía Fanny, después de acompañarlo, volvió a donde estaban los chicos.

—¡Bien! Parece una persona muy agradable. Resulta gracioso ver a un hombre joven con esa barba.

—¡Un hombre joven! —exclamó Julián—. Pero ¡si es muy mayor! ¡Lo menos tiene cuarenta años!

Tía Fanny se echó a reír.

—¿Es que lo encuentras demasiado mayor para ti? —dijo—. Bien. Joven o viejo, estoy segura de que os resultará simpático.

—Tía Fanny, nosotros no quisiéramos dar clases hasta después de Navidad —dijo Julián ansiosamente.

—Naturalmente que tendréis que darlas —dijo su tía—. Falta todavía casi una semana para la Navidad, y supongo que no creerás que hemos contratado al señor Roland para que se esté todo ese tiempo sin hacer nada.

Los cinco suspiraron, descontentos.

—Nos hubiera gustado mucho ir de tiendas y ver los escaparates navideños —dijo Ana.

—Podéis ir por las tardes —dijo su tía—. Sólo daréis clases por las mañanas durante tres horas. ¡Eso no os privará de distraeros luego!

En aquel momento el nuevo preceptor bajaba por la escalera, y tía Fanny se lo llevó para que fuera a hablar con tío Quintín. Al cabo de poco volvió con la sonrisa en los labios.

—El señor Roland acabará siendo amigo íntimo de tu tío —dijo a Julián—. Estoy segura de que lo han de pasar muy bien juntos. El señor Roland, al parecer, entiende algo de la materia en que está trabajando tu tío.

—Ojalá se pasen la mayor parte del tiempo juntos —dijo Jorge en voz baja.

—Vamos a dar un paseo —dijo Dick—. Hace un día magnífico. Supongo que esta mañana no tendremos clases, ¿verdad, tía Fanny?

—Oh, no —dijo su tía—. Empezaréis mañana. Ahora será mejor que os vayáis a pasear por ahí. Pocas veces hace un sol tan espléndido como hoy.

—Podemos ir a visitar la granja Kirrin —dijo Julián—. Parece un sitio muy bonito. Tú, Jorge, indícanos el camino.

—Está bien —dijo Jorge.

Lanzó un silbido a Timoteo y éste se le acercó dando saltos. Los cinco emprendieron la marcha, primero por la carretera principal y luego por una escarpada senda que remontaba la colina en cuya cima se encontraba la casita de la granja.

Era muy agradable pasear bajo el sol decembrino. El suelo estaba casi helado y Timoteo producía singulares ruidos con sus zarpas mientras iba de un lado para otro alegremente, muy contento de estar de nuevo con sus cuatro amiguitos.

Después de caminar bastante rato por el sendero llegaron los cuatro a la granja. La casa estaba construida con piedras blancas y ofrecía un sólido y agradable aspecto, bien asentada en la parte más alta de la colina. Jorge abrió la puerta exterior y se introdujo en el corral, cogiendo por el collar a Timoteo, pues sabía que en la granja había dos perros guardianes sueltos.

Se oyó un ruido cercano. Era el granjero que salía del granero y cerraba la puerta. Jorge lo saludó con fuerte voz.

—¡Buenos días, señor Sanders! ¿Cómo está usted?

—¡Caramba, si es el «señorito Jorge»! —dijo el viejo amigo, con amplia sonrisa. Jorge sonrió también. Le gustaba mucho que la llamasen «señorito» en vez de «señorita».

—Éstos son mis primos —exclamó alegremente. Se volvió a ellos —: Es sordo. Si queréis que os entienda tendréis que hablarle a gritos.

—Yo soy Julián —dijo Julián con fuerte voz. Los otros se presentaron también.

El granjero los miró con una radiante y simpática sonrisa.

—Venid, que os presentaré a mi mujer —dijo—. Le gustará mucho conoceros. Nosotros conocemos al «señorito Jorge» desde que nació, y a su madre desde que era una chiquilla. También conocimos a su abuela.

—Usted debe de ser muy mayor —dijo Ana.

El granjero la miró, sonriente.

—¡Tan viejo como mi lengua y algo mayor que mis dientes! —dijo con una risotada—. Venid, muchachos. Entremos en la casa.

Todos entraron en la espaciosa y caldeada cocina de la casa. Había allí una mujer menuda y anciana, pero bulliciosa y ágil como un pájaro, que iba de un lado para otro desplegando energías a raudales. Quedó tan contenta como su marido de conocer a los chicos.

—¡Bien, otra vez aquí! —dijo—. Hace mucho tiempo que no te veíamos, «señorito Jorge». Según he oído, creo que vas ahora al colegio.

—Sí —dijo Jorge—. Pero nos han dado vacaciones estos días. ¿Le importaría que dejara suelto a Timoteo, señora Sanders? Es tan bueno y amigable como los perros que tiene usted aquí.

—Sí, puedes dejarlo suelto —dijo la anciana señora—. Estoy segura de que lo pasará muy bien en el corral con Ben y Rikky. Y ahora ¿qué os gustaría que os diera para beber? ¿Leche caliente? ¿Chocolate? ¿Café? Precisamente ayer traje unos panecillos riquísimos. También os daré de ellos.

—Ah, mi mujer está muy atareada esta semana —dijo el viejo granjero mientras ella buscaba algo bulliciosamente dentro de la despensa—. ¡Estas Navidades tendremos compañía!

—¿Tendrán ustedes compañía? —preguntó Jorge, sorprendida, puesto que sabía que el matrimonio no tenía hijos ni familiares cercanos—. ¿Quién ha de venir? ¿Alguien que yo conozca?

—¡Dos artistas de Londres! —dijo el granjero—. Nos escribieron preguntándonos si les podríamos hospedar estas Navidades, durante tres semanas, y ofreciéndonos buenos precios. Por eso mi vieja está trabajando como una endemoniada.

—Y ¿pintan cuadros? —preguntó Julián, que más de una vez había soñado con ser un artista pintor—. Me encantaría poder hablar un día con ellos. A mí también me gusta mucho pintar. Tal vez ellos puedan darme algunos consejos.

—Puedes hacer lo que gustes —dijo la anciana señora Sanders mientras iba llenando de chocolate una jarra enorme. Inmediatamente ofreció a todos en una bandeja una buena cantidad de panecillos calientes, que los chicos empezaron a consumir con avidez.

—Estoy pensando que esos artistas se encontrarán muy solos,

aquí en el campo, durante las Navidades —dijo Jorge—. ¿Conocen, acaso, a alguien de por aquí?

—Según me han dicho, no conocen a nadie —dijo la señora Sanders—. Pero los artistas son gente muy rara. Los conozco algo. No es la primera vez que he tenido huéspedes de ese estilo. Les gusta la soledad. Estoy segura de que estos que han de venir lo pasarán bien aquí.

—Claro que lo pasarán bien, con los buenos platos que les harás —dijo su marido—. Bueno, ahora tengo que marcharme a vigilar el rebaño. Que lo paséis bien, jovencitos. A ver si venís a vernos con frecuencia.

Se marchó. La señora Sanders continuó hablando animadamente con los chicos mientras se removía por la cocina. Timoteo apareció de pronto, corriendo. Entró en la cocina y se acomodó junto al fuego.

De pronto vio un gato de atractiva piel moteada, que se deslizaba pegado a la pared, con los pelos erizados por el miedo que le producía aquel extraño perro. Éste lanzó un violento ladrido y acto seguido empezó a perseguir al pobre gato, el cual echó a correr y salió de la cocina, dirigiéndose al vestíbulo, seguido por el can, que no hacía el menor caso de los gritos que le daba Jorge.

El gato consiguió a duras penas trepar hasta la parte alta de un viejo reloj de pared que había en el vestíbulo. Ladrando animadamente, Timoteo emprendió a su vez la escalada. En su esfuerzo rozó violentamente el entrepaño de madera que había en la pared.

Entonces ocurrió algo extraordinario.

Un recuadro del entrepaño desapareció, dejando al descubierto una cavidad. Jorge, que había seguido a Timoteo todo el tiempo para reprenderle, lanzó un grito de sorpresa.

—¡Mirad! ¡Venga, señora Sanders, y vea esto!

Capítulo 4

Un interesante descubrimiento

La vieja señora Sanders y los chicos fueron corriendo al vestíbulo.

—¿Qué ocurre? —gritó Julián—. ¿Qué ha pasado?

—Timoteo empezó a perseguir al gato. El gato se subió en el reloj, y, al quererse subir en él también, se apoyó en un recuadro de la pared. ¡El recuadro se deslizó y ha dejado al descubierto una cavidad, fijaos!

—¡Es una cavidad secreta! —gritó Dick, lleno de excitación, metiendo la cabeza por la abertura—. ¡Caramba! ¿Sabía usted que existía aquí esta cavidad, señora Sanders?

—Oh, sí —dijo la señora—. Esta casa está llena de cosas extrañas como ésa. Siempre que limpio la pared procuro hacerlo con mucha suavidad para que no se mueva el recuadro.

—Y ¿qué habrá dentro? —preguntó Julián.

La boca de la cavidad era de una anchura aproximada a la de su cabeza. Se asomó al interior, pero sólo pudo ver oscuridad.

—¡Traed una vela! ¡Traed una vela! —dijo Ana, excitadísima—. ¿No tiene usted una linterna, señora Sanders?

—No —dijo la anciana—. Pero sí tenemos velas. Hay una en la despensa de la cocina.

Ana fue corriendo a cogerla. Cuando la trajo, Julián la encendió y la introdujo por la abertura que había dejado el recuadro. Los otros se agolparon junto a él, ansiosos de descubrir qué había allí dentro.

—¡Esperad! —dijo Julián, impaciente—. ¡Hay que hacerlo por turnos! Yo echaré un vistazo primero.

Escudriñó la cavidad detenidamente, pero no parecía que hubiera allí nada digno de verse. Al fondo, todo estaba oscuro. Le dio la vela a Dick, y sucesivamente todos los chicos metieron la cabeza por la abertura. La anciana señora Sanders había vuelto a la cocina. ¡Estaba acostumbrada al recuadro movible y no le daba importancia a la cosa!

—Ella dijo que esta casa está llena de cosas extrañas como ésa —dijo Ana—. ¿Qué otras cosas habrá? Podríamos preguntárselo.

Hicieron deslizarse el recuadro en sentido inverso, cerrando la abertura de la pared, y se dirigieron a la cocina.

—Señora Sanders: ¿qué otras cosas raras hay en esta casa? —preguntó Julián.

—Hay arriba un armario que tiene doble fondo —dijo la señora Sanders—. ¡No os excitéis tanto, que no es nada de particular! Y una de las piedras de la chimenea es movible y detrás hay como una cavidad oculta. Yo creo que antaño los habitantes de esta casa lo usarían para esconder cosas.

Los chicos al momento estuvieron ante la piedra de la chimenea. Tenía una argolla. Tiraron de ella y pudieron ver la cavidad a que se había referido la señora Sanders. Era de reducidas dimensiones, pero no dejaba de ser algo desacostumbrado y excitante.

—¿Dónde está el armario? —preguntó Julián.

—Mis piernas están esta mañana muy cansadas para subir escaleras —dijo la granjera—. Pero podéis ir vosotros solos. Cuando lleguéis arriba torced a la derecha y entrad por la segunda puerta que veáis. El armario está al final de todo. Abrid la puerta y palpad el fondo hasta que notéis un pequeño saliente. Cuando lo encontréis, apretad fuerte y veréis como aquello se abre.

Los cuatro y Timoteo echaron a correr escaleras arriba lo más aprisa que podían, mientras engullían rápidamente lo que les quedaba de los panecillos que les había dado la granjera. ¡Realmente, era una mañana muy interesante aquélla!

Por fin encontraron el armario y lo abrieron. Todos a la vez se pusieron a palpar el fondo. Ana encontró, por fin, el saliente.

—¡Lo he encontrado! —gritó.

Apretó con todas sus fuerzas, pero sus deditos no eran lo suficientemente vigorosos como para vencer la resistencia del mecanismo que abría la pared falsa. Julián tuvo que ayudarla.

Se oyó un crujido y los chicos pudieron ver en seguida que, efectivamente, la pared falsa se abría. Detrás se podía ver una especie de cuartucho diminuto, en el que, a lo sumo, podría caber una persona no muy gruesa.

—Es un escondite estupendo —dijo Julián—. Cualquiera encuentra a alguien que se esconda aquí.

—Voy a meterme dentro. Quiero probar. Podéis encerrarme —dijo Dick—. Tiene que ser muy divertido.

Se introdujo en el cuartucho que había tras la pared falsa. Julián cerró luego ésta herméticamente y dejó a su hermano sumido en las tinieblas.

—¡Esto sí que es una buena encerrona! —gritó Dick—. ¡Qué oscuridad más terrible! Abrid, que quiero salir ya.

Dick salió y los otros chicos, por turno, se metieron a su vez en el cuartucho y fueron sucesivamente encerrados. Ana no lo pasó muy bien.

Cuando todos hubieron probado la encerrona volvieron a la cocina.

—Es un armario muy curioso, señora Sanders —dijo Julián—. ¡Cómo me gustaría vivir en una casa que estuviera llena de cosas misteriosas y secretas como ésta!

—¿Podremos volver otro día a examinar el armario? —preguntó Jorge.

—No, creo que no podrá ser, «señorito Jorge» —dijo la señora Sanders—. Esa habitación donde está el armario la tengo destinada a uno de mis futuros huéspedes.

—¡Oh! —dijo Julián, defraudado—. Y ¿les dirá usted que el armario tiene una pared falsa, señora Sanders?

—No, no lo haré —dijo la anciana—. Esas cosas sólo interesan a chicos pequeños como vosotros. Los dos caballeros que han de venir aquí no querrán con seguridad oír hablar dos veces del asunto.

—¡Qué raras son las personas mayores! —dijo Ana, asombrada—. Yo estaría encantada de vivir en una casa con recuadros deslizables y puertas falsas aunque las hubiera a cientos.

—Yo igual —dijo Dick—. Señora Sanders, ¿me deja volver a registrar la cavidad secreta del vestíbulo? Me llevaré la vela.

Dick no hubiera podido explicarse nunca por qué había sentido el deseo de volver a manipular el recuadro deslizable. Pero,

sencillamente, la idea le había venido a la cabeza. Los otros no quisieron acompañarle, pues sabían de sobra que en la cavidad no había nada digno de verse, salvo la pétrea pared.

Dick cogió la vela y se dirigió al vestíbulo. Empujó el recuadro hasta conseguir que se deslizara. Acercó la vela y echó una nueva ojeada al interior del hueco. Dentro no se veía nada de particular. Dick sacó la cabeza y metió el brazo, extendiéndolo lo más que pudo. Estaba a punto de retirarlo cuando sus dedos toparon con un agujero que había en el muro.

—¡Caramba! —dijo Dick—. ¿Por qué habrá un agujero en este sitio del muro?

Tanteó cuidadosamente el agujero y sus alrededores con el índice. A poco notó que había tocado algo que parecía una palanca pequeña. La movió con los dedos, pero nada ocurrió. Luego, con toda la mano, se puso a tirar fuertemente.

La piedra se apartó. Dick notó sorprendido cómo caía al suelo de la oscura cavidad produciendo un fuerte estrépito.

Al oír el ruido, los otros fueron corriendo al vestíbulo.

—¿Qué estás haciendo, Dick? —dijo Julián—. ¿Has roto algo?

—No —dijo Dick, con la cara roja de excitación—. Lo que ha ocurrido es que he metido el brazo en la cavidad y he encontrado una palanquita. Luego, al tirar de ella, la piedra donde estaba incrustada se ha caído al suelo. ¡Ese es el ruido que habéis oído!

—¡Caramba! —dijo Julián intentando apartar a Dick de la boca de la cavidad—. Déjame que mire.

—No, Julián —dijo Dick, conteniéndolo—. Esto lo he descubierto yo. Espérate a ver si yo puedo encontrar algo en el hueco que ha dejado la piedra. ¡No es tan fácil hacerlo!

Los otros esperaron pacientemente. Julián a duras penas podía contenerse, en su deseo de apartar a Dick y tomar él la iniciativa. Dick metió el brazo en toda su longitud y luego dobló la mano para meterla en el hueco que la piedra había dejado al descubierto. Rebuscó con los dedos y al final topó con algo que, al tacto, parecía un libro. Con gran cautela y cuidado sacó el objeto de su escondrijo.

—¡Un libro antiguo! —exclamó.

—¿De qué trata? —dijo Ana.

Empezaron a pasar las hojas con gran cuidado. Estaban tan resecas y quebradizas que poco faltaba a algunas de ellas para

convertirse en polvo.

—Creo que es un libro de recetas —dijo Ana, con sus perspicaces ojos fijos en la vieja y complicada escritura de mano—. Vamos a llevárselo a la señora Sanders.

Los chicos llevaron el libro a la anciana señora. Esta se echó a reír al ver sus maravillados y excitados rostros. Cogió el libro y le echó una ojeada, sin dar muestra alguna de excitación.

—Sí —dijo—. Se trata de un libro de recetas, eso es todo. Fijaos en el nombre que hay en la portada: Alicia María Sanders. Debió de haber pertenecido a mi tatarabuela. Era muy famosa como curandera, lo sé. Tenía fama de curar toda clase de enfermedades a personas y animales.

—Qué lástima que apenas se entienda la escritura —dijo Julián, defraudado—. Además, el libro parece que va a pulverizarse de un momento a otro, de viejo que está. Debe de ser muy antiguo.

—A lo mejor hay aún más cosas en aquel agujero —dijo Ana—. Julián: deberías probar a meter tú el brazo, que lo tienes más largo que Dick.

—No creo que haya allí ninguna otra cosa —dijo Dick—. Es un hueco muy pequeño: no más grande que la piedra que cayó al suelo.

—Bueno, de todos modos, meteré el brazo para ver —dijo Julián.

Todos fueron otra vez al vestíbulo. Julián metió la mano en el hueco del muro que había dejado la piedra al descubierto.

Tanteó por todos sitios con sus largos dedos para comprobar si había allí escondida alguna otra cosa.

Sí: allí dentro había algo. Algo blando y liso que parecía como de cuero. Rápidamente asió el objeto con los dedos y después lo sacó cuidadosamente del escondrijo, temeroso de que pudiera estropearse, pues debía de ser una cosa muy antigua.

—¡He encontrado algo! —dijo, con los ojos brillantes de emoción—. ¡Fijaos! ¿Qué será esto?

Los otros se apiñaron a su alrededor.

—Parece la petaca de papá —dijo Ana—. Tiene la misma forma. ¿Hay algo dentro?

Era, efectivamente, una tabaquera blanda de cuero, de color oscuro y deteriorada por los años. Julián la abrió con gran cuidado, ensanchando la abertura del cuero.

Había en su interior un poco de polvo de tabaco negro, pero… ¡no era sólo eso lo que había dentro!

Al fondo de todo, fuertemente enrollada, había una pieza de tela. Julián la cogió y la desenrolló, extendiéndola sobre la mesa del vestíbulo.

Los chicos la contemplaron unos instantes. En el lienzo había signos, marcas y letras hechos con tinta negra, que a duras penas se conservaban a pesar de los estragos del tiempo. Pero todo ello resultaba ininteligible.

—No es un plano —dijo Julián—. Parece una especie de clave, o algo por el estilo. Me gustaría entender el significado de estos signos y letras. Podría tratarse de algún secreto.

Los chicos continuaron contemplando el trozo de lienzo embargados por la emoción. Era un lienzo muy antiguo y lo que en él había tenía a la fuerza que ser la indicación de algún secreto. ¿Cuál sería éste?

Fueron corriendo a enseñárselo a la señora Sanders. Esta estaba ojeando el viejo recetario y sus ojos brillaban de satisfacción cuando los levantó para mirar a los excitados chicos.

—¡Este libro es una maravilla! —exclamó—. Me cuesta mucho trabajo entender la escritura, pero acabo de leer una receta muy buena contra los dolores. La pienso probar. Me duele la cabeza muchas noches. Ahora, fijaos…

Pero los chicos no estaban dispuestos a escuchar recetas contra el dolor. Lo que hicieron inmediatamente fue poner el trozo de lienzo sobre la falda de la señora Sanders.

—Fíjese, ¿qué es esto, señora Sanders? ¿Lo había visto antes de ahora? Estaba metido en una petaca que había en la cavidad aquella del vestíbulo.

La señora Sanders se quitó las gafas, las limpió con el pañuelo y volvió a ponérselas. Luego examinó el lienzo atentamente. Movió la cabeza.

—No. No entiendo lo que esto pueda significar. No tiene sentido para mí. Y eso otro ¿qué es? Parece una petaca vieja. Oh, estoy segura de que le gustaría a mi Juan. Precisamente acaba de comprarse una, pero le cuesta mucho trabajo sacar el tabaco. Ésta parece vieja, pero en buen uso todavía.

—Señora Sanders, ¿se va a quedar también con este trozo de

tela? —preguntó Julián ansiosamente.

Estaba deseoso de llevárselo a casa y estudiarlo al detalle. Estaba seguro de que en él se escondía un importante secreto y no podía soportar la idea de dejarlo en la granja.

—Puedes quedarte con él si es que te gusta, señorito Julián —dijo la señora Sanders echándose a reír—. Yo ya tengo mi recetario y Juan tendrá la petaca. Tú puedes quedarte con ese trapo viejo si es que tanto te gusta, aunque me pregunto para qué lo querrás, porque trapos viejos podrás encontrar siempre por cualquier sitio. Ah, aquí llega Juan.

Levantó la voz y le habló al viejo sordo:

—Eh, Juan, aquí tengo una petaca para ti. Los chicos la han encontrado dentro de la cavidad que hay en la pared del vestíbulo.

Juan cogió la petaca y la palpó.

—Es una petaca muy rara —dijo—. Pero mejor que la mía. Bien, chicos, no es que quiera echaros de aquí, pero ya ha dado la una, y lo mejor que podéis hacer es echar a correr para casa a ver si llegáis a la hora de comer.

—¡Tiene usted razón! —dijo Julián—. ¡Vamos a llegar tarde a la comida! Adiós, señora Sanders, y muchas gracias por los panecillos y también por el trapo este. Nosotros haremos lo posible por descifrar lo que hay escrito en él y contárselo en seguida. ¡Eh, muchachos! ¡Vámonos ya! ¿Dónde está Timoteo? ¡Ven aquí, Tim, que tenemos prisa!

Los cinco emprendieron el regreso a toda velocidad. Realmente se habían retrasado mucho. Andaban tan rápidos, que apenas se dirigían la palabra unos a otros. Jadeando, dijo Julián:

—Estoy deseando saber qué es lo que significan los signos que hay en el lienzo. No pararé hasta averiguarlo. Estoy seguro de que se trata de algún misterio.

—¿Y si se lo preguntamos a alguien? —preguntó Dick.

—¡No! —negó Jorge—. ¡Se trata de un secreto!

—Si a Ana se le ocurre meter la pata y hablar del asunto cuando estemos comiendo, ya lo sabéis: tendremos que darle puntapiés por debajo de la mesa como hacíamos el último verano —dijo Julián, de buen humor—. Pobre Ana: le cuesta la mar de trabajo guardar un secreto y siempre acaba recibiendo codazos y puntapiés.

—No pienso decir ni una palabra —dijo Ana, indignada—. Y no

se os ocurra darme puntapiés por debajo de la mesa. En cuanto noten que grito, los mayores empezarán a sospechar y acabarán averiguándolo todo.

—Tenemos planteado un gran problema para resolver después de la comida, con este trozo de lienzo —dijo Julián—. ¡Apuesto a que descifraremos los signos y las palabras sí ponemos en ello toda nuestra inteligencia!

—Ya hemos llegado —dijo Jorge—. No es tan tarde como creíamos. ¡Hola, mamá! Espera unos minutos, que vamos a lavarnos las manos. Lo hemos pasado muy bien.

Capítulo 5

Un paseo poco feliz

Después de comer, los cuatro fueron corriendo escaleras arriba al dormitorio de los chicos y desplegaron el lienzo sobre una mesilla. En varios sitios de la tela había palabras escritas toscamente. Había también una señal marcada con compás, con una letra E, que a las claras indicaba la dirección Este. También había dibujados ocho cuadrados y en la misma mitad de uno de ellos, una cruz. Era algo realmente misterioso.

—Casi diría que estas palabras están escritas en latín —dijo Julián mientras se esforzaba en hallar su significado—. Pero no sé qué quieren decir. Y me parece que aunque pudiera traducirlas no podría descifrar el sentido de la frase. Ojalá conociera a alguien que pudiera traducir frases latinas.

—¿No podría traducirlas tu padre, Jorge? —preguntó Ana.

—Supongo que sí —dijo Jorge.

Pero ninguno de ellos era partidario de contar nada al padre de Jorge. Hubiera echado el lienzo a la basura, o hubiera mandado quemarlo: desde luego, prohibiría que se volviera a hablar del asunto. Los hombres de ciencia son así de raros.

—¿Y si se lo preguntásemos al señor Roland? —dijo Dick—. Él es profesor. A la fuerza tiene que saber latín.

—Me parece que será mejor que no le preguntemos nada hasta que no lo conozcamos mejor —dijo Julián, cautelosamente—. Desde luego, parece un señor simpático y alegre, pero nunca se puede saber. Caramba. ¿Por qué no podríamos nosotros descifrar estas palabras sin ayuda de nadie?

—Hay dos palabras al principio —dijo Dick empezando a

deletrearlas—. «VIA OCCULTA». ¿Qué crees que puede significar eso, Julián?

—Yo creo que eso quiere decir «camino secreto» o algo parecido —dijo éste arrugando la frente.

—¡Camino secreto! —dijo Ana, con los ojos brillantes—. ¡Oh, seguro que significa eso! ¡Un camino secreto! Qué interesante. Y ¿qué clase de camino secreto es, Julián?

—No seas tonta, ¡qué voy a saber yo! —dijo Julián—. Ni siquiera estoy del todo seguro que esas palabras quieran decir «camino secreto». Es sólo una suposición mía.

—Bueno, pero suponiendo que tengas razón, o sea, que esas palabras signifiquen «camino secreto», esas líneas rectas que hay dibujadas en la tela significarán la explicación de por dónde se va al camino secreto o dónde está —dijo Dick—. Oh Julián, ¿verdad que es desesperante no poderlo saber seguro? Estúdialo bien. Tú sabes más latín que yo.

—Es muy difícil entender estas letras antiguas —dijo Julián mientras intentaba otra vez descifrar su significado—. No puede ser. No comprendo nada.

Se oyeron unos pasos que provenían de la escalera. La puerta se abrió de pronto. El señor Roland apareció y observó a los chicos.

—Vaya, vaya —dijo—. Me estaba preguntando dónde os habríais metido—. ¿Qué os parece si fuésemos a dar un paseo por entre las rocas?

—Muy bien. Vamos —dijo Julián enrollando el lienzo precipitadamente.

—¿Qué es eso? ¿Algo importante? —preguntó el señor Roland, observándolo.

—Es una… —empezó a decir Ana; pero de pronto todos los demás empezaron a hablar alborotadamente, temerosos de que Ana fuese a revelar el secreto.

—Hace una tarde espléndida para pasear.

—¡Vámonos ya! ¡Cojamos nuestras cosas!

—¡Tim, Tim! ¿Dónde estás?

Jorge lanzó un fuerte silbido. Timoteo estaba debajo de la cama y al oír la llamada de su amita apareció dando saltos enormes. Ana estaba roja de vergüenza, considerando con qué razón los otros la habían tenido que interrumpir tan alborotadamente.

—Pareces idiota —le dijo Julián en voz baja—. No eres más que una criatura.

Afortunadamente, el señor Roland no volvió a hacer mención del trozo de lienzo que Julián había arrollado tan rápidamente. Estaba dedicado a observar a Timoteo.

—Supongo que no molestará si viene con nosotros —dijo. Jorge miró al preceptor, indignada.

—¡Claro que no molestará! —contestó—. Nosotros nunca, nunca, vamos a ningún sitio sin Timoteo.

El señor Roland empezó a bajar la escalera. Los chicos estuvieron pronto preparados para el paseo. Jorge seguía enfurruñada. El solo pensamiento de que no la dejaran pasear con el perro la llenaba de ira.

—Has estado a punto de revelar nuestro secreto, tonta —dijo Dick a Ana.

—Ha sido sin querer —dijo la muchachita, avergonzada—. De todas formas, el señor Roland parece simpático. Estoy segura de que no pasará nada si le preguntamos el significado de esas extrañas palabras.

—Deja ese asunto en mis manos —dijo Julián firmemente—. Y no se te ocurra volver a hablar de ello.

Todos, con Timoteo, salieron de la casa. El can no molestaba por el momento al señor Roland, porque había decidido caminar lo más lejos posible de él. Era algo muy extraño, ciertamente. Ignoró la presencia del preceptor con supino desprecio, incluso en las contadas ocasiones en que éste le dirigió la palabra.

—Normalmente no se porta así —dijo Dick—. Es, en realidad, un perro muy cariñoso.

—Bueno, si yo viviera con él en la misma casa durante mucho tiempo, seguro que acabaría tomándome cariño. ¡Eh, Tim! ¡Ven aquí! ¡Tengo una galleta en el bolsillo para dártela!

Al oír la palabra «galleta», Timoteo no pudo evitar el empinar las orejas, pero en vez de acercarse al señor Roland, se fue junto a Jorge. Esta le dio unas palmaditas.

—Si no le es simpática una persona, no se le acerca aunque le ofrezca galletas o huesos —dijo Jorge.

El señor Roland se dio por vencido. Volvió a meter la galleta en el bolsillo.

—Es un perro muy extraño, ¿verdad? —dijo—. Es un mestizo horrible. Me gustan más los perros de pura raza.

A Jorge se le puso la cara púrpura.

—¡No es ningún perro raro! —balbució—. ¡No es ni la mitad de raro que usted! No es ningún mestizo horrible. ¡Es el mejor perro que hay en el mundo!

—Creo que eres algo arisca —dijo el señor Roland secamente—. Yo no tolero que mis alumnos sean insolentes, Jorgina.

El que la llamara Jorgina puso a Jorge mucho más enfurecida. Se rezagó, con su perro, mostrando un rostro que presagiaba tormenta. Los otros chicos se sintieron molestos. Claro que conocían al dedillo el temperamento de Jorge, y lo muy difícil que se ponía muchas veces. A partir del verano último, parecía haber sosegado su carácter, entusiasmada con la compañía de sus primos. Y éstos aún tenían la esperanza de que no volviera a las andadas, porque si empezaba a ponerse furiosa por cualquier cosa acabaría estropeando las vacaciones a todos.

El señor Roland no se preocupó más de Jorge. No volvió a dirigirle la palabra. Siguió delante con los demás charlando amigablemente y haciendo todo lo posible para resultar simpático. En realidad lo era, y los chicos acabaron riendo de buena gana sus ocurrencias. Cogió a Ana de la mano. La muchachita brincaba alegremente a su lado, entusiasmada con el paseo.

Julián se sintió apenado por Jorge. Tenía que ser muy desagradable ir separado de los demás y él sabía cómo Jorge odiaba estas situaciones. Pensó en hacer algo por ella: algo que, al menos, suavizara la tirantez.

—Señor Roland —dijo—. Usted nos haría un gran favor si llamase a nuestra prima con el nombre que a ella le gusta, o sea Jorge. No puede soportar que la llamen Jorgina. Además, quiere mucho a Timoteo. Tampoco le gusta que digan de él cosas desagradables.

El señor Roland pareció sorprenderse.

—Muchacho, quizá tengas razón —dijo secamente—. Pero yo no necesito que me den consejos sobre el modo como tengo que tratar a mis alumnos. Ese asunto lo tengo que decidir yo, no vosotros. Desde luego, quiero que todos seamos amigos. Pero Jorgina todavía tiene que aprender a portarse juiciosamente.

Julián se sintió apabullado. Con la cara enrojecida, miró a Dick. Éste le apretó el brazo cordialmente. Todos sabían que Jorge era huraña y malhumorada, sobre todo con los que no apreciaban a su adorado perro, pero, de todos modos, pensaban que el señor Roland podía ser un poco más comprensivo. Dick se fue atrás con Jorge.

—No tengo ninguna necesidad de que me acompañes —dijo ésta con ojos relampagueantes—. Puedes volverte con tu amigo el señor Roland.

—No seas así —dijo Dick—. El señor Roland no es amigo mío.

—Yo no soy de ninguna manera —dijo Jorge con voz tensa—. He visto perfectamente cómo os reíais y os divertíais con él. Más vale que te marches y vuelvas a su compañía: te seguirás divirtiendo y riendo. Yo no necesito a nadie: tengo suficiente con Timoteo.

—Jorge, estamos en Navidad. Estamos de vacaciones. Por favor, no te enfades con nosotros, no nos estropees las fiestas.

—A mí no me gusta tratar con personas que no quieren a Timoteo —dijo Jorge, obstinada.

—Pues, al fin y al cabo, el señor Roland le quiso dar una galleta, e hizo lo posible para hacerse amigo de él.

Jorge no dijo nada. Su menudo rostro mostraba a las claras que estaba hecha una fiera. Dick todavía intentó apaciguarla.

—¡Jorge! Por lo menos, promete no enfadarte hasta que haya pasado el día de Navidad. Por favor, no nos estropees las vacaciones. Vámonos con los demás.

—Está bien —dijo Jorge después de dudar unos instantes—. Lo intentaré.

Jorge se reunió con los demás, haciendo esfuerzos por no parecer enfadada. El señor Roland supuso que Dick había conseguido apaciguarla y, hablando con todos, se dirigió a ella también. Jorge no rió ninguno de sus chistes, pero, sin embargo, contestó con toda cortesía a las preguntas que le hizo el preceptor.

—¿Es aquélla la granja Kirrin? —preguntó el señor Roland cuando pasaban cerca de la casita de la colina.

—Sí. ¿Es que usted la conocía? —preguntó Julián, sorprendido.

—No, no —dijo el señor Roland con rapidez—. Solamente había oído hablar de ella, y me estaba preguntando si podía ser aquella casita.

—Esta mañana hemos estado allí —dijo Ana—. Es un sitio muy interesante. —Entonces empezó a mirar a los otros, temerosa de que no quisieran que contase nada de lo que habían visto en la granja aquella mañana.

Julián dudó unos instantes. Pero al fin y al cabo, no tenía ninguna importancia hablar de la piedra movible de la chimenea y del armario de doble fondo. La señora Sanders habría contado con seguridad a otras personas la existencia de tales rarezas en la granja. Podrían muy bien contarle al señor Roland el descubrimiento que habían hecho del recuadro deslizable del vestíbulo y lo del antiguo recetario que habían encontrado en la cavidad. Claro que no diría una sola palabra sobre el viejo lienzo de los misteriosos signos y letras.

En consecuencia, le contó al preceptor los interesantes descubrimientos que habían hecho en la casita de la granja. El señor Roland escuchó con el mayor interés.

—Es algo muy interesante —dijo—. Verdaderamente interesante. ¿Dices que el matrimonio vive solo allá arriba?

—Sí, aunque ahora, en Navidad, van a tener dos huéspedes —dijo Dick—. Dos artistas. A Julián le gustaría mucho conocerlos y hablar con ellos. A él le gusta mucho pintar cuadros.

—¿Sabe pintar realmente? —dijo el señor Roland—. Pues que me enseñe algunas de sus pinturas. Pero quizá no sea adecuado que moleste a los artistas esos. Tal vez no les agrade su amistad.

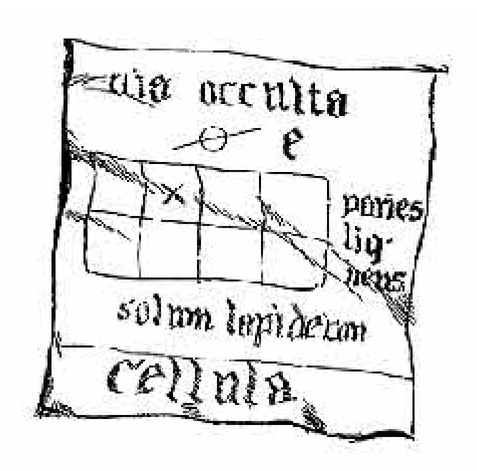
Esta observación hizo que Julián se sintiera más obstinado en sus designios. Decidió que, pasara lo que pasara, él trabaría amistad con los dos artistas en cuanto encontrara la primera oportunidad.

El paseo discurría agradable, en general, aunque la actitud de Jorge no contribuía a ello. Iba muy callada, y, por su parte, Timoteo no se acercaba en ningún momento al señor Roland. Al llegar a un estanque helado Dick empezó a tirar piedras para que Timoteo las fuese a buscar. Resultaba muy divertido ver al can resbalar a cada momento, en su intento de correr como si estuviera en tierra firme.

Todos tiraron piedras y Timoteo las recogió todas, salvo la del señor Roland. Cuando éste lanzó una, el perro le dirigió una mirada inefable y se quedó como si tal cosa.

Parecía como si quisiese decir: «¿Ahí?, conque ¿también usted tira piedrecitas? Pues bien: muchas gracias. No pienso recogerlas».

—Será mejor que nos volvamos a casa —dijo el señor Roland haciendo ver que la actitud del can no le había molestado—. ¡Tenemos el tiempo justo para llegar a la hora del té!



Capítulo 6

Clases con el señor Roland

A la mañana siguiente los chicos estaban algo desanimados. ¡Clases! ¡Qué horrible sonaba esa palabra en tiempo de Navidad! Desde luego, el señor Roland parecía una persona agradable. La noche anterior no lo habían visto porque se la había pasado hablando con el padre de Jorge. Los chicos aprovecharon la oportunidad para descifrar, o, al menos, intentarlo, el significado de las raras palabras que estaban escritas en el lienzo.

Pero no consiguieron nada. Ninguno de ellos pudo resolver el enigma.

¡Un camino secreto! ¿Qué querría decir eso? ¿Por dónde había que ir a ese supuesto «camino secreto»? Y ¿dónde estaba? Y ¿por qué tenía que ser secreto? Era desesperante no poder contestar a ninguna de estas preguntas.

—En realidad, lo mejor que podemos hacer es preguntarle a alguien que pueda entender este galimatías —dijo Julián—. Yo no puedo descifrar esta escritura.

Se había pasado la noche pensando en el asunto. No había conseguido averiguar nada; y había llegado la mañana de un nuevo día, en la que tendría que dedicarse a los estudios y clases. Se puso a pensar qué asignatura elegiría el señor Roland. A lo mejor les daría clases de latín, y entonces tendrían la oportunidad de preguntarle qué significaba la frase «VIA OCCULTA».

El señor Roland había visto ya las notas que había obtenido cada uno en el colegio y se había hecho cargo en seguida de cuáles eran los puntos flacos de los chicos en sus estudios. Estaban flojos en latín y también en francés. Jorge y Dick estaban flojísimos en

matemáticas. Necesitaban un impulso. Y a Julián no le había entrado aún la geometría. Ana era la única que no necesitaba tomar lecciones.

—Pero si quieres estar con nosotros durante las clases puedes ponerte a pintar; te daré algunos modelos —dijo el señor Roland con sus brillantes ojos fijos en Ana. La muchachita resultaba simpática al preceptor. No era tan molesta como Jorge.

—Oh, sí —dijo Ana, muy contenta—. A mí me gusta mucho pintar. Puedo pintar flores, señor Roland. Pintaré flores para usted, y, sobre todo, amapolas rojas: creo que eso lo hago bien.

—Empezaremos a las nueve y media —dijo el señor Roland—. Daremos las clases en el cuarto de estar. Llevaos allí los libros y procurad ser puntuales.

A las nueve y media estaban todos los chicos en el cuarto de estar, sentados alrededor de la mesa y con sus libros escolares delante. Ana había llevado su caja de pintura y un tarrito con agua. Los otros la miraban envidiosamente. ¡Dichosa Ana, que podía dedicarse a pintar, mientras ellos tenían que fatigarse estudiando cosas tan arduas como el latín y las matemáticas!

—¿Dónde está Timoteo? —preguntó Julián en voz baja, mientras esperaban la llegada del preceptor.

—Está debajo de la mesa —dijo Jorge desafiante—. Estoy completamente segura de que no molestará. Que nadie hable de él durante la clase. Quiero que esté cerca de mí. No pienso dar ninguna clase sin Timoteo conmigo.

—No comprendo por qué razón no va a poder estar contigo —dijo Dick—. Es un perro muy bueno. ¡Chitón! Ya viene el señor Roland.

El preceptor llegó. Su negra barba parecía más espesa que nunca. Sus ojos se destacaban a la pálida luz del sol invernal que penetraba en la habitación. Ordenó a los chicos que se sentaran.

—Primero quiero echar una ojeada a vuestros cuadernos de deberes, y ver por dónde vais —dijo—. Tú primero, Julián.

Pronto estuvieron todos sumidos en el trabajo. Ana dedicaba toda su atención a la pintura de amapolas. El señor Roland miraba el cuadro con admiración a medida que lo iba completando. Ana pensó una vez más que el preceptor era muy simpático.

De pronto se oyó un tremendo suspiro que, al parecer, salía de

debajo de la mesa. Era Timoteo, que estaba ya cansado de estarse quieto. El señor Roland levantó la vista, sorprendido. Jorge, al momento, lanzó por su cuenta un suspiro desgarrado, con la esperanza de que el señor Roland creyese que era ella la que había suspirado la primera vez.

—Pareces cansada, Jorgina —dijo el señor Roland—. A las once suspenderemos las clases un rato.

Jorge frunció el ceño. Odiaba que la llamasen Jorgina. Con gran cautela, tocó suavemente con el pie a Timoteo, advirtiéndole que no volviera a suspirar ni a hacer ruido de ninguna clase. Timoteo empezó a lamerle los pies.

Al cabo de un rato, cuando estaba en el más profundo silencio, Timoteo empezó a sentir enormes deseos de rascarse violentamente la barriga. Se puso en pie. Luego volvió a sentarse con gran alboroto y empezó a rascarse con gran furia. Los chicos todos empezaron a hacer ruidos raros para que no se oyeran los del perro.

Jorge golpeó repetidamente el suelo con el pie. Julián se puso a toser y dejó caer al suelo un libro. Dick se dedicó a zarandear la mesa y a hablar con el señor Roland.

—Oh, señor, este problema es muy difícil. ¡Realmente es muy difícil! ¡No hago más que pensar y pensar, y no consigo entenderlo!

—¿Por qué habéis empezado todos de pronto a hacer ruido? —dijo el señor Roland, altamente sorprendido—. Deja ya de patear el suelo, Jorgina.

Timoteo, al fin, se recostó, quedándose otra vez quieto. Los chicos suspiraron todos de alivio. Cesaron los ruidos y el señor Roland pidió a Dick que le dejara el libro de matemáticas.

El preceptor cogió el libro y estiró las piernas por debajo de la mesa apoyándose en ellas para inclinarse hacia Dick y explicarle lo que éste deseaba saber. Con gran pasmo, notó que sus pies habían topado con algo blando y lleno de vida que se aferraba ávidamente a sus tobillos. Encogió las piernas, mientras daba un grito, lleno de pánico.

Los chicos lo miraron. El preceptor se inclinó y miró debajo de la mesa.

—Ah, es el perro —dijo contrariado—. El muy bestia me ha mordido los tobillos. Me ha agujereado los calcetines. Llévatelo de aquí, Jorgina.

Jorgina no dijo nada. Miraba para otro sitio, como si no hubiera oído lo que había dicho el preceptor.

—Nunca contesta cuando la llaman Jorgina —dijo Julián.

—Pues me ha de contestar la llame como la llame —dijo el señor Roland con voz profunda y agria—. No estoy dispuesto a aguantar aquí a este perro. Jorgina: como no lo saques de aquí en seguida iré a hablar con tu padre.

Jorge lo miró. Ella sabía perfectamente que si no sacaba al perro de allí y el señor Roland iba a hablar con su padre, éste hubiera mandado que Timoteo no volviera a entrar en la casa y que se pasara las horas del día en el jardín, cosa que sería horrible, con el frío que hacía. Lo único que podía hacer era obedecer. Con la cara enrojecida y el ceño fruncido que casi le ocultaba los ojos, le ordenó a Timoteo:

—¡Sal de ahí, Tim! No me extraña que lo hayas mordido. ¡Yo también lo hubiera hecho si fuese un perro!

—No es necesario que digas groserías —dijo el señor Roland agriamente.

Los demás miraron estupefactos a Jorge. No comprendían cómo se había atrevido a hablar de esa manera. Cuando se enfadaba de verdad le traía todo sin cuidado.

—Vuelve aquí en cuanto saques el perro —dijo el señor Roland.

Jorge frunció el ceño todavía más. Al cabo de unos segundos estaba ya de vuelta. Sabía que era imposible hacer nada. Su padre, al parecer, congeniaba mucho con el señor Roland y era muy amigo suyo, y seguramente le diría las dificultades que tenía con ella. Si diera rienda suelta a los sentimientos que albergaba su corazón no cabía la menor duda de que el pobre Timoteo sería el que lo había de pagar, pues le prohibirían volver a entrar en la casa. Por eso obedeció. Pero en el fondo de su alma empezó a odiar con todas sus fuerzas al señor Roland.

Los demás chicos estaban apesadumbrados por lo que le había ocurrido a su prima. Pero no compartían con ella el odio que sentía hacia el preceptor. Éste era un hombre simpático, que a menudo les hacía reír y, además, era paciente y comprensivo con las equivocaciones que cometían a menudo en los ejercicios. A veces les enseñaba incluso a hacer figuritas de papel, sobre todo barcos, y tomaba a broma sus pequeñas travesuras. Julián y Dick lo pasaban

en grande y acumulaban en su memoria anécdotas de las vacaciones para contárselas a sus compañeros cuando volvieran al colegio.

Después de terminada la clase, los chicos salieron al jardín para tomar el tibio sol invernal durante media hora. Jorge llamó a Timoteo.

—¡Pobrecito mío! —exclamó—. ¡Qué afrenta para ti haberte echado de la habitación! ¿Por qué se te ocurrió morder al señor Roland? Desde luego, fue una gran idea; pero realmente no consigo llegar hasta el fondo de tus pensamientos.

—Jorge, no deberías comportarte de esa manera con el señor Roland —dijo Julián—. Tú eres la única que le hace enfadar. Él es muy orgulloso. Acabará dejándonos. Estoy seguro de que si no fuera por las cosas que has hecho, su trato con nosotros hubiera sido de lo más agradable.

—Pues no os portéis con él como lo hago yo, si es que os gusta —dijo Jorge, con cierto tono de mofa en la voz—. Yo no pienso cambiar mi comportamiento. Cuando a mí no me gusta una persona, pues no me gusta y ya está.

—¿Por qué no te es simpático el señor Roland? ¿Tal vez porque no congenia con Timoteo? —preguntó Dick.

—En gran parte, sí. Pero también porque me da mala espina. No me gusta nada su repugnante boca.

—¿Por qué dices eso si nunca la has podido ver? Está completamente tapada con el bigote y la barba —dijo Julián.

—Sí, pero a veces le he visto los labios a través del pelo —dijo Jorge, obstinada—. Son finos y crueles. Si no, fijaos cuando podáis. A mí no me gustan las personas que tienen los labios finos. Son malvadas y de duro corazón. Y tampoco me gustan sus ojos, con esa mirada fría que tienen. Vosotros podéis intimar con él todo lo que queráis, pero yo no pienso hacerlo, desde luego.

Julián no quiso enfadarse con su terca primita; en vez de eso se echó a reír.

—Nosotros no pensamos intimar con él —dijo—. Se trata sencillamente de que queremos comportarnos como es debido, eso es todo. Y tú, vieja amiga, deberías hacer lo mismo.

Julián habló, desde luego, en vano. Cuando a Jorge se le metía algo en la cabeza era imposible hacerla cambiar de opinión. Sólo se sintió contenta cuando se enteró de que aquella tarde iba a ir, en el

autobús, al pueblo con sus primos, a ver los escaparates navideños y hacer compras… ¡sin el señor Roland! Éste había preferido quedarse en la casa para que su padre le hablase de su invento.

—Os llevaré al pueblo para que os hartéis de ver escaparates —dijo tía Fanny a los chicos—. Tomaremos el té en cualquier establecimiento. Regresaremos en el autobús de las seis.

Era una idea muy agradable. Tomaron el primer autobús de la tarde, que los llevó velozmente al pueblo, a través de los campos, donde empezaba a asomar la oscuridad vespertina. Los escaparates eran preciosos y estaban muy bien iluminados. Los chicos habían llevado consigo todo su dinero y lo gastaron con largueza comprando cosas bonitas. ¡Había que hacer muchos regalos!

—¿No estaría bien que comprásemos algo al señor Roland? —preguntó Julián.

—Yo le pienso comprar un paquete de cigarrillos —dijo Ana—. Sé la marca que a él le gusta.

—¡Sólo faltaba que le llevásemos un regalo al señor Roland! —exclamó Jorge con voz desdeñosa.

—¿Y por qué no, Jorge? —dijo su madre, sorprendida—. Oh, querida, yo tengo la esperanza de que seas agradable con él y de que no le tomes mucha antipatía, pobre hombre. Y también espero que no tenga que quejarse de ti a tu padre.

—¿Qué le vas a comprar a Timoteo, Jorge? —dijo Julián cambiando rápidamente de conversación.

—Voy a ir a una carnicería a comprarle el hueso más grande que haya —dijo Jorge—. Y tú, ¿qué le vas a comprar?

—Yo estoy segura de que si Timoteo tuviera dinero nos haría un regalo a cada uno —dijo Ana, cogiendo al can por el collar y alzándolo cariñosamente—. ¡Es el perro más bueno del mundo!

Jorge perdonó inmediatamente a Ana su deseo de comprarle algo al señor Roland en cuanto oyó lo que acababa de decir sobre Timoteo. Se animó en seguida y empezó a conjeturar con los otros qué regalos querría hacerles Timoteo a cada uno de ellos.

Tomaron el té en un establecimiento y, poco después, estaban ya dentro del autobús de las seis, que los llevaba rápidamente a Kirrin.

En cuanto llegaron, lo primero que hizo tía Fanny fue averiguar si la cocinera había servido al señor Roland y a su marido el té tal como le había encargado que lo hiciera.

Volvió del despacho con los ojos brillantes de alegría.

—Realmente nunca había visto a vuestro tío tan contento —dijo a Julián y a Dick—. ¡Cómo se compenetra con el señor Roland! Le está explicando todos sus descubrimientos. A él le gusta mucho poder hablar con alguien que entienda de sus cosas.

Aquella noche el señor Roland se dedicó a enseñar juegos y pasatiempos a los chicos. Timoteo estaba con ellos en la habitación, y el preceptor todavía intentó hacer buenas migas con él, pero el can se negó a todo entendimiento amistoso.

—¡Tan arisco como su amita! —dijo el preceptor lanzando una mirada burlona a Jorge, la cual había estado observando con gran satisfacción cómo su perro se negaba a trabar amistad con el preceptor. No le contestó nada, limitándose a fruncir el ceño.

—¿Te parece que le preguntemos mañana qué significa «VIA OCCULTA»? —dijo Julián a Dick cuando al fin estuvieron solos—. Yo estoy deseando hacerlo. ¿Qué opinas del señor Roland, Dick?

—En realidad, todavía no lo conozco bien —dijo Dick—. Tiene muchos detalles que me agradan, pero, a veces, sin saber por qué, pierdo toda la simpatía que le tengo. No me gustan sus ojos. Y Jorge tiene razón en lo que dice de los labios. Los tiene demasiado finos. Eso quiere decir que algo malo hay en él.

—Pues yo no lo pienso así —dijo Julián—. Lo único que le pasa es que no le gustan las estupideces, eso es todo. Estoy pensando en enseñarle la tela y preguntarle qué significan aquellas palabras y signos.

—Tengo entendido que se trataba de un secreto —dijo Dick.

—Sí, ya lo sé, pero ¿qué vamos a sacar en limpio de tener un secreto que lo es para nosotros mismos? —dijo Julián—. Quizá lo mejor que podemos hacer sea preguntarle al señor Roland qué significa todo aquello, pero sin enseñarle la tela.

—Eso no nos serviría gran cosa. Algunas de las palabras ni siquiera las podemos leer, de tan estropeada como está. Si es que estás decidido a consultar con el preceptor, lo mejor que puedes hacer es enseñarle la tela.

—Bien, ya lo pensaré —dijo Julián mientras se metía en la cama.

Al día siguiente los chicos tuvieron ciase desde las nueve y media hasta las doce y media. Jorge acudió sin Timoteo. Estaba

muy molesta, pero no hubiera sido bueno ponerse en actitud desafiante y negarse a ir a clase sin el perro. Ahora que el can le había negado definitivamente la amistad al preceptor, la cosa ya no tenía gran importancia. El animalito había demostrado a las claras que no le interesaba verlo y, por la misma razón, el señor Roland hacía bien en no admitirlo en su presencia; sin embargo, Jorge estaba muy irritada.

Durante la clase de latín, Julián encontró la oportunidad de preguntar aquello que deseaba saber.

—Por favor, señor Roland —dijo—. ¿Podría decirme qué significan las palabras «VIA OCCULTA»?

—¿«VIA OCCULTA»? —dijo el señor Roland contrayendo la frente —. Sí, significa «camino secreto» o «vía secreta». Un camino oculto, o algo por el estilo. ¿Por qué lo quieres saber?

Todos los chicos estaban oído atento. Sus corazones latían apresuradamente. Julián tenía razón. Aquello significaba que había un camino secreto en algún sitio.

Pero ¿dónde? Y ¿dónde empezaba? Y ¿dónde terminaba?

—Oh, sólo era una curiosidad —dijo Julián—. Gracias, señor.

Les hizo un guiño a los demás. Estaba tan excitado como ellos. Con sólo que pudieran descifrar el resto de los extraños signos, acabarían resolviendo el misterio. Bien, lo mejor sería volverle a preguntar al señor Roland dentro de unos días. El misterio acabaría resolviéndose de una manera o de otra.

«¡El “camino secreto”! —se dijo Julián a sí mismo, mientras intentaba resolver un problema de geometría—. El “camino secreto”. Seguro que acabaremos descubriendo dónde está».

Capítulo 7

Instrucciones para encontrar el «Camino Secreto»

En los días que siguieron, los chicos apenas tuvieron tiempo de preocuparse por el camino secreto, porque el día de Navidad se acercaba y había muchas cosas que hacer.

Había que escribir muchas felicitaciones y pintarlas, para enviárselas a sus padres y amigos. Había además que engalanar la casa. Fueron con el señor Roland a coger ramas de acebo y volvieron cargados a casa.

—Parecéis postales navideñas —dijo tía Fanny al verlos atravesar la puerta del jardín con los brazos repletos de ramas y coloreadas frutas. El señor Roland había encontrado un grupo de árboles que en la parte más alta de las ramas tenían grandes cantidades de muérdago, y los chicos habían aprovechado la ocasión para coger una buena parte. Los frutos parecían perlas verdes.

—El señor Roland ha trepado a varios árboles para cogerlos —dijo Ana—. Es un magnífico trepador. Lo hace mejor que un mono.

Todos rieron menos Jorge. Ella no reía con nada que se refiriese al preceptor. Depositaron su carga en el pórtico del jardín y fueron a lavarse. Aquella tarde tenían que engalanar la casa.

—¿Querrás, tío, que te adornemos el despacho también? —preguntó Ana.

Tío Quintín tenía su despacho lleno de extraños instrumentos y tubos de cristal y los chicos casi nunca se atrevían a meterse allí.

—No. No quiero que me revuelvan las cosas del despacho —dijo rápidamente tío Quintín—. No se hable más del asunto.

—Tío, ¿por qué tienes esas cosas tan raras en el despacho? —preguntó Ana mientras echaba un vistazo por todo el rededor.

Tío Quintín se echó a reír.

—Estoy trabajando en una fórmula secreta —dijo.

—¿Qué fórmula es esa? —dijo Ana.

—Aunque te lo dijera, no lo entenderías —dijo su tío—. Todas esas cosas que tú llamas «extrañas» me ayudan una enormidad en mis investigaciones, y todo lo que averiguo gracias a ellas lo pongo en mi libro; y de todo lo que voy aprendiendo y estudiando sacaré una fórmula secreta que será un invento de gran utilidad cuando haya terminado el trabajo.

—Tú quieres encontrar una fórmula secreta y nosotros, por nuestra parte, queremos averiguar dónde está un camino secreto —dijo Ana olvidándose completamente de que no debía hablar a nadie del tema.

Julián estaba parado en la puerta del despacho. Miró ceñudamente a Ana. Por fortuna, tío Quintín no pareció prestar ninguna atención a lo que su hermanita acababa de decir. Julián la cogió por el brazo y la sacó de la habitación.

—Ana, estoy pensando que el mejor método para que no reveles nuestros secretos es coserte la boca, como aquel conejito quiso hacer con el perro —dijo.

Juana, la cocinera, estaba muy atareada preparando pasteles navideños. En la despensa estaba colgado un enorme pavo que habían traído de la granja Kirrin. A Timoteo empezó a parecerle que se trataba de un manjar exquisito y a partir de entonces Juana tenía a cada momento que echarlo de la cocina.

En el gabinete había muchas cajas de galletas y paquetes misteriosos repartidos por todos sitios. ¡Se presentaba una Navidad magnífica! Los chicos se sentían enormemente excitados y felices.

El señor Roland había traído un elegante abeto que había cortado él mismo.

—¡Tendremos también nuestro árbol de Navidad! —exclamó—. Muchachos, ¿tenéis con qué adornarlo?

—No, señor —dijo Julián viendo que Jorge sacudía la cabeza significativamente.

—Esta tarde iré al pueblo a comprar cosas para el árbol —prometió el preceptor—. Quedará estupendamente bien. Lo

pondremos en el vestíbulo y, después del té, lo iluminaremos. ¿Quién quiere venir conmigo a comprar luminarias y los otros adornos?

—¡Yo! —gritaron tres voces.

Pero una persona no dijo nada. Ésta no podía ser otra que Jorge. En su obstinación, no quería acompañar al señor Roland ni siquiera a comprar adornos para el árbol de Navidad. Hasta entonces no había celebrado una Navidad con árbol en su casa, y a ella en el fondo le gustaba mucho, pero lo que lo estropeaba todo era que fuese el señor Roland el encargado de traer el árbol y comprar los adornos.

El árbol navideño estaba ya dispuesto en el vestíbulo adornado con luminarias coloreadas y toda suerte de regalos colgando de las ramas. Hileras de plateadas cuerdecillas colgaban como carámbanos y los trozos de blanco algodón que por todos sitios había puesto Ana le daban una enorme semejanza a un árbol auténticamente nevado. Había quedado de lo mejor.

—¡Vaya! ¡Muy bonito! —dijo tío Quintín mientras atravesaba rápidamente el vestíbulo y observaba como el señor Roland daba los últimos toques al árbol—. Caramba, y esa hada que hay encima de todo, ¿para quién es? ¿Para alguna niña buena?

Ana en secreto tenía la esperanza de que el señor Roland le regalase la muñeca-hada. Estaba segura de que no se la regalaría a Jorge y, de todos modos, su primita no la habría aceptado. Era una muñeca muy bonita, con vestido de gasa y alas de plata.



Julián, Dick y Ana consideraban ya al preceptor como un verdadero amigo. De hecho, todos habían intimado ya con él: no sólo los padres de Jorge, sino también Juana, la cocinera. En ello, Jorge constituía la única excepción, por supuesto. Ella y su perro seguían mostrándose ariscos con el preceptor en todas las ocasiones que podían.

—¡Nunca hubiera pensado que un perro pudiera llegar a ser tan arisco! —dijo Julián observando a Timoteo—. Realmente, está siempre tan enfurruñado como Jorge.

—Y a veces Jorge produce la impresión de que tiene un rabo, como Timoteo, y lo abate cada vez que llega el señor Roland —rió Ana.

—Podéis reíros, si os parece bien —dijo Jorge con tono resentido—. No os estáis portando bien conmigo. Yo sé que tengo razón en comportarme así con el señor Roland. Desde el principio me causó mala impresión. Y lo mismo le ocurrió a Timoteo.

—Eres tonta Jorge —dijo Dick—. Lo único que te ha ocurrido es que te ha dado rabia que el señor Roland te llame Jorgina y de que no le haya resultado simpático Timoteo. Me atrevería a decir que no puede evitar el sentir antipatía hacia los perros. Al fin y al cabo, hubo un hombre famoso, que se llamaba lord Roberts, que no podía soportar a los gatos.

—Oh, los gatos son distintos —dijo Jorge—. Pero si a una persona no le gustan los perros, sobre todo si no le gusta un perro como Timoteo, a la fuerza tiene que tener malos sentimientos.

—Es inútil discutir con Jorge —dijo Julián—. ¡Cuando se le mete algo en la cabeza, cualquiera la hace cambiar de opinión!

Jorge salió de la habitación con un gesto de altivez. Los otros pensaron que se estaba portando algo estúpidamente.

—Estoy realmente sorprendida —dijo Ana—. Con lo agradable que era en el colegio. Ahora se ha vuelto lo mismo de rara que cuando la conocimos este verano.

—Yo entiendo que el señor Roland se ha portado muy bien preparando el árbol y todo lo demás —dijo Dick—. A veces no me resulta del todo simpático; pero tengo que reconocer que es divertido. En realidad, creo que deberíamos pedirle que nos tradujera aquellas misteriosas palabras de la tela antigua; claro que eso no quiere decir que tengamos que revelarle nuestro secreto.

—A mí me gustaría una enormidad que él compartiera con nosotros el secreto —dijo Ana, que estaba muy atareada confeccionando una maravillosa felicitación navideña para el preceptor—. Es un hombre terriblemente inteligente. Estoy segura de que podrá decirnos en seguida dónde está el camino secreto. Es mejor que le preguntemos lo que significan todas aquellas palabras y signos.

—Está bien —dijo Julián—. Le enseñaré el trozo de tela. Ésta es la noche de Navidad y estoy seguro de que él pasará a solas con nosotros mucho rato, pues tía Fanny estará muy atareada preparando nuestros regalos.

Aquella noche, antes de que apareciera el señor Roland, Julián sacó el trozo de tela antigua, lo desenvolvió y lo extendió sobre la mesa. Jorge quedó estupefacta.

—El señor Roland vendrá en seguida —dijo—. Es mejor que guardes la tela cuanto antes.

—Es que vamos a pedirle que nos traduzca estas palabras latinas —dijo Julián.

—¡No, eso no lo podemos hacer! —gimió Jorge—. ¡No podemos revelarle nuestro secreto! ¿Eres capaz de hacer una cosa así?

—Bien. Lo que nos interesa a nosotros es averiguar en qué consiste el secreto, ¿no es así? —dijo Julián—. No tenemos

necesidad de contarle cómo y dónde hemos encontrado esta tela, sino simplemente pedirle que nos traduzca las palabras y nos descifre las señales. El que le pidamos que use su inteligencia en descifrar esos enigmas no quiere decir que le revelemos el secreto.

—Nunca creí que fueses capaz de enseñarle la tela —dijo Jorge —. Y estoy segura de que él, una vez le hayas preguntado qué significado tienen esas palabras y esos signos, no parará hasta enterarse de todo, ¡ya lo verás! Es un individuo muy entrometido.

—¿Por qué dices eso? Yo no he notado que sea ni un tanto así de entrometido.

—Pues yo le vi ayer registrando el despacho cuando no había nadie —dijo Jorge—. Él no me vio. Pero yo estaba agazapada en la ventana con Timoteo. Estaba fisgoneando por todo lo alto.

—Ya sabes lo interesado que está en el trabajo de tu padre —dijo Julián—. ¿Qué importancia tiene que estuviera echando una ojeada al despacho? Tu padre es muy amigo suyo. Lo que te pasa es que no sabes hacer otra cosa que inventar cosas desagradables contra el señor Roland.

—Oh, haced el favor de dejar de discutir —dijo Dick—. Es Nochebuena. Basta ya de chillar y decir cosas desagradables.

Justo en aquel momento entró el preceptor en la habitación.

—¡Hola! ¡Veo que estáis muy atareados! —dijo, con labios que aparecían sonrientes bajo el bigote—. ¿Acaso encontráis muy complicado redactar felicitaciones de Navidad?

—Señor Roland —empezó a decir Julián—. Quisiéramos que nos ayudara usted a resolver un enigma. Hemos descubierto un trozo de tela antigua donde hay marcados unos signos que no podemos entender. Hay también unas palabras que, al parecer, están escritas en latín, pero tampoco podemos interpretar su significado.

Jorge no pudo evitar una exclamación de disgusto cuando vio a Julián extender la vieja tela sobre la mesa ante la vista del señor Roland. Se levantó y salió de la habitación dando un portazo.

—Nuestra simpática Jorgina no parece estar esta noche de muy buen humor —dijo el señor Roland, acercándose a la tela—. ¿De dónde habéis sacado esto? Parece una cosa muy antigua.

Nadie contestó. El señor Roland estudió detenidamente las letras y señales que había en la tela y después profirió una exclamación.

—¡Ah!, ahora comprendo por qué el otro día me preguntasteis el

significado de aquellas palabras latinas, aquellas que significaban «camino secreto». Están escritas aquí, al principio de todo.

—Sí —dijo Dick.

Todos estaban agrupados en torno del señor Roland, esperando que éste pudiera descifrar por lo menos algo del misterio.

—Sólo queremos saber qué significan esas palabras, señor —dijo Julián.

—Esto es en realidad muy interesante —dijo el preceptor mientras seguía examinado la vieja tela—. Al parecer se trata de una clave para hallar la entrada de un camino secreto.

—¡Eso es lo que nosotros habíamos supuesto! —dijo Julián con excitación—. Exactamente lo que habíamos pensado. Oh, señor, por favor, tradúzcanos la clave.

—Pues bien: estos ocho cuadrados representan los recuadros de un entrepaño de madera, a lo que parece —dijo el preceptor, señalando los toscos cuadrados que había dibujados en la tela—. Esperad un poco, que no es tan fácil traducir esto. Es algo fascinante. Solum lapideum parles ligneus. Y esto ¿qué significa?; cellula. ¡Ah, sí!, ¡cellula!

Los chicos estaban todos pendientes de las palabras del preceptor. ¡Un entrepaño de madera! Seguramente se trataba de los recuadros que había en el vestíbulo de la granja Kirrin.

El señor Roland siguió examinando la tela con el ceño fruncido. Luego encargó a Ana que fuera a pedirle prestada a su tío una gran lupa que éste tenía en su despacho. A poco, estaba ya de vuelta con la enorme lupa y los chicos pudieron observar las palabras a su través.

—Bien —dijo el preceptor al fin—. En lo que está a mi alcance, esto quiere decir: «Una habitación orientada al Este; ocho recuadros de madera, uno de ellos deslizable, que es este que está señalado con una cruz; un suelo de piedra…». Sí, creo que es eso: un suelo de piedra, y un armario. Todo suena a cosa extraordinaria y fantástica. ¿De dónde habéis sacado esto?

—Oh, nos la encontramos —dijo Julián después de una pausa—. Señor Roland, muchísimas gracias. Nosotros nunca hubiéramos podido descifrar el significado de esas letras y signos. O sea que, según parece, la entrada del camino secreto está en una habitación orientada al Este.

—Eso parece —dijo el señor Roland, volviendo a examinar la tela—. ¿Dónde decís que la habéis encontrado?

—No podemos decírselo —contestó Dick—. Se trata de un secreto.

—No os preocupéis. A mí podéis decírmelo —dijo el señor Roland fijando sus azules y brillantes ojos en Dick—. Yo sé guardar muy bien los secretos. No podéis haceros idea de cuántos de ellos me confían.

—Bien —dijo Julián—. En realidad, no vemos por qué no vamos a poder decirle dónde hemos encontrado la tela. La hemos encontrado en la granja Kirrin, dentro de una vieja petaca. Supongo que el camino secreto no estará muy lejos de allí, pero ¿dónde, exactamente? Y ¿a dónde llevará?

—¡Habéis encontrado la tela en la granja Kirrin! —exclamó el señor Roland—. Caramba, caramba, aquello parece un lugar antiguo y muy interesante. Me gustaría ir un día allí para verla de cerca.

Julián enrolló la tela y la guardó en el bolsillo del pantalón.

—Muy bien, muchas gracias, señor —dijo—. Usted nos ha ayudado a resolver una parte del misterio, pero nos queda todavía encontrar el camino secreto. Un día, después de Navidad, lo intentaremos.

—Yo iré con vosotros a la granja Kirrin —dijo el señor Roland—. Seguramente os podré ayudar en algo. Claro que eso será si no os importa que participe de vuestro fascinante secreto.

—Está bien. Usted nos ha hecho un gran favor traduciéndonos esas misteriosas palabras —dijo Julián—. A nosotros nos gustaría que usted nos acompañase, si es que quiere, señor.

—Sí. Nos gustaría mucho —dijo Ana.

—Está bien. Entonces iremos todos a averiguar dónde está el camino secreto —le dijo el señor Roland—. Será muy interesante empezar a palpar la pared hasta que aparezca la misteriosa abertura…

—No creo que Jorge quiera que vayamos allí con el señor Roland —murmuró Dick a Julián—. No le hemos consultado sobre eso. Seguramente no querrá: ya sabes cómo le odia.

—Sí, lo sé —dijo Julián, molesto—. Pero no debemos preocuparnos por eso. Jorge cambiará seguramente después de

Navidad. ¡No va a pasarse enfurruñada todas las vacaciones!

Capítulo 8

Lo que ocurrió la noche del Día de Navidad

El día de Navidad empezó del modo más agradable. Los chicos despertaron muy temprano y saltaron rápidamente de la cama para coger los regalos que les habían dejado amontonados sobre las sillas de sus dormitorios. Pronto quedó todo inundado de gritos de felicidad y alegría.

—¡Oh! ¡Una estación de ferrocarril! ¡Justo lo que yo quería! ¿Quién me habrá regalado esta estación tan maravillosa?

—¡Una muñeca que abre y cierra los ojos! Se llamará Betsy-May.

—Vaya, qué libro más enorme. Trata de aeroplanos. Me lo regala tía Fanny. ¡Qué acierto ha tenido!

—¡Timoteo, fíjate lo que te ha regalado Julián! Un collar rodeado de púas. ¡Quedarás magnífico con él! ¡Ve en seguida a darle las gracias!

—¿De quién es este regalo? ¿Dónde está la esquela? Oh, es del señor Roland. ¡Qué acierto ha tenido! Fíjate, Julián, un cortaplumas de tres hojas.

Entre gritos y exclamaciones pasaron todos alegremente una hora abriendo paquetes y disfrutando de los regalos.

Cuando los chicos salieron del dormitorio, ¡ciertamente que estaba todo alborotado y en desorden!

—¿Quién te ha regalado ese libro sobre perros, Jorge? —dijo Julián al ver un magnífico libro dedicado a los canes entre el montón de regalos de Jorge.

—El señor Roland —dijo Jorge brevemente.

Julián sentía curiosidad por saber si su prima aceptaría el regalo. Opinaba que no. Pero la muchachita había decidido no

estropear a los demás el día de Navidad y no quería ser «difícil». Por eso, cuando todos empezaron a darle al preceptor las gracias por sus regalos, ella se unió a los demás, aunque su agradecimiento fue expresado torpemente y en voz baja.

Jorge no le había regalado nada al preceptor, pero los otros sí, y éste les había dado las gracias muy sincera y efusivamente, dando la impresión de estar muy contento. Le dijo a Ana que su postal navideña era la más bonita que hasta entonces le habían regalado, y ella estaba radiante de contento.

—¡Bien! ¡Es magnífico estar juntos en Navidad! —dijo el preceptor cuando todos estuvieron sentados alrededor de la mesa dispuestos a tomar la suculenta comida navideña—. ¿Quiere que le sirva, señor Quintín? Me gusta mucho hacerlo.

Tío Quintín le dio el cuchillo y el tenedor muy satisfecho.

—Es una suerte que esté usted con nosotros —dijo efusivamente —. Todos hemos congeniado mucho con usted. ¡Para nosotros es como un amigo de toda la vida!

Realmente, el día de Navidad se presentaba muy bien. No habría que dar clases, desde luego, y al día siguiente tampoco. A la alegría de los chicos contribuía no poco el magnífico festín que se estaban dando, saboreando ricos dulces y en la ansiosa espera de que encendieran el árbol de Navidad.

El árbol, una vez encendido, resultaba magnífico. Las luces refulgían en medio de la oscuridad del vestíbulo, lo mismo que los brillantes adornos. Timoteo se sentó ante él y empezó a contemplarlo extasiado.

—Le gusta tanto como a nosotros —dijo Jorge. En realidad, Timoteo estaba disfrutando aquel día más que los propios chicos.

Estaban totalmente exhaustos cuando llegó la hora de irse a la cama.

—Me voy a dormir en un santiamén —dijo Ana dando un bostezo—. Oh, Jorge, qué bien ha resultado todo, ¿verdad? ¡Qué bonito es el árbol de Navidad!

—Sí, todo ha quedado muy bien —dijo Jorge metiéndose en la cama—. Ya llega mamá para darnos las buenas noches. ¡Timoteo! ¡Métete en la cesta!

Timoteo se metió en su cesta, que estaba bajo la ventana. Siempre se metía en ella cuando la madre de Jorge se acercaba para

dar las buenas noches a las chicas, pero en cuanto ésta se marchaba, el can, de un salto, subía a la cama de Jorge. Allí era donde dormía siempre, con la cabeza apoyada en los pies de su amita.

—¿No crees que Timoteo debería dormir esta noche abajo? —dijo la madre de Jorge—. Juana dice que se ha hinchado a comer en la cocina, y que debe estar ahíto.

—Oh, no, mamá —dijo Jorge al momento—. ¿Cómo va a dormir Timoteo abajo esta noche? ¡Se llevaría un disgusto enorme!

—Oh, muy bien —dijo su madre riendo—. Sólo era una sugerencia. Ahora, a dormir mucho, Ana y Jorge. Es muy tarde y debéis de estar muy cansadas.

Acto seguido se dirigió al dormitorio de los chicos y les dio también las buenas noches. Estaban ya casi dormidos.

Dos horas después todos los de la casa estaban ya en la cama. La casa quedó silenciosa y oscura. Jorge y Ana dormían plácidamente, lo mismo que Timoteo.

De pronto, Jorge despertó sobresaltada. ¡Timoteo estaba lanzando ligeros gruñidos! Tenía enderezada su enorme y peluda cabeza, por lo que Jorge dedujo que estaba escuchando algo.

—¿Qué te pasa, Tim? —le susurró. Ana no se había despertado. Timoteo continuaba con sus gruñidos. Jorge se incorporó y lo sujetó por el collar para indicarle que se callara. Hubiera sido terrible que despertara a su padre.

Timoteo dejó de gruñir una vez vio despierta a Jorge. La chica estaba indecisa: no sabía qué determinación tomar. No quería despertar a Ana. Se hubiera asustado enormemente. ¿Por qué gruñía Timoteo? ¡Nunca lo hacía por la noche!

«Quizá sea mejor que eche una ojeada por ahí a ver si todo está normalmente», pensó Jorge. Era una muchachita muy valiente, y el pensamiento de tener que deslizarse por entre la silenciosa oscuridad de la casa no la alteraba lo más mínimo. ¡Además tenía a Timoteo! ¿Quién iba a sentir miedo estando con Timoteo?

Se puso su pequeña bata.

«Tal vez haya saltado un ascua de alguna chimenea y se esté quemando algo —pensó, aspirando fuerte por la nariz mientras empezaba a bajar por la escalera—. Seguramente Timoteo lo ha olido y ha querido avisarme».

Sujetando al can por el collar para advertirle que no se

alborotara, Jorge atravesó sigilosamente el vestíbulo y llegó al cuarto de estar. El fuego de la chimenea estaba casi apagado y en la cocina todo estaba también en orden. Las patas de Timoteo resonaban con singular ruido al apoyarse contra el linóleo.

Un leve sonido se oyó, que provenía de la otra parte de la casa. Timoteo empezó a gruñir fuertemente. El pelo de la nuca se le erizó. Jorge quedó petrificada. ¿Sería posible que hubiera en la casa un ladrón? De repente Timoteo se empinó y, dando un salto, echó a correr, cruzando el vestíbulo y desapareciendo por el pasillo que conducía al despacho. Entonces se oyó una fuerte exclamación y un ruido como de alguien que caía al suelo.

—¡Es un ladrón! —exclamó Jorge echando a correr hacia el despacho.

Pudo ver una linterna encendida en el suelo, que seguramente había tenido que abandonar precipitadamente alguien que en aquel momento estaba luchando con Timoteo.

Jorge encendió la luz. La escena que vio la dejó estupefacta. El señor Roland estaba allí, en bata, tirado en el suelo e intentando desembarazarse de Timoteo, quien, aunque no le mordía, lo tenía fuertemente sujeto por la bata.

—¡Oh, eres tú, Jorge! ¡Dile a esta bestia que me deje en paz! —dijo el señor Roland con voz agria y más bien baja—. ¿No ves que va a despertar a toda la casa?

—¿Qué estaba haciendo usted aquí con una linterna? —preguntó Jorge.

—Oí un ruido aquí abajo y vine a ver lo que pasaba —dijo el señor Roland sentándose en el suelo y persistiendo en sus tentativas de separarse del irritado can—. ¡Por Dios bendito! ¡Dile a esta bestia que se marche!

—¿Por qué no encendió usted la luz? —dijo Jorge, sin decidirse a decirle nada a Timoteo. Era algo agradable y desusado lo que tenía ante la vista: el señor Roland, rabioso y asustadísimo.

—No pude encontrar el interruptor —dijo el preceptor.

No tenía nada de particular. El interruptor de la luz estaba en un sitio tan raro, detrás de la puerta, que difícilmente podría encontrarlo de noche alguien que no supiera de antes dónde se encontraba. El señor Roland intentó otra vez desembarazarse de Timoteo. Éste, de pronto, empezó a ladrar.

—¡Va a despertar a todo el mundo! —dijo el preceptor—. No quiero que nadie se despierte. Yo me basto solo si es que aquí hay un ladrón. ¡Ahí viene tu padre!

El padre de Jorge llegó con un atizador en la mano. Quedó petrificado cuando vio en el suelo al señor Roland, bien sujeto por Timoteo.

—¿Qué pasa aquí? —exclamó.

El señor Roland quiso levantarse, pero Timoteo no lo dejó. El padre de Jorge le increpó severamente:

—¡Tim! ¡Haz el favor de venir aquí!

Timoteo miró a Jorge para ver si estaba conforme con la orden que le había dado su padre. Ella no dijo nada. Timoteo, por tanto, hizo caso omiso de la orden y se limitó simplemente a morder los tobillos del señor Roland.

—¡Este perro está loco! —dijo el preceptor desde el suelo—. ¡No es la primera vez que me muerde!

—¡Tim! ¡Ven aquí inmediatamente! —dijo el padre de Jorge con fuerte voz—. Jorge, este perro es un desobediente. Llámalo tú en seguida.

—Ven aquí, Tim —dijo Jorge con voz no muy alta.

Al momento, el perro dejó al señor Roland y se fue con Jorge, con los pelos de la nuca erizados todavía. Gruñía en voz baja, como diciendo: «Ándese con cuidado, señor Roland, ándese con cuidado».

El preceptor se levantó. Estaba furioso. Se dirigió al padre de Jorge.

—Oí un ruido raro y bajé a ver qué pasaba —dijo—. Me pareció que el ruido venía del despacho y, como sé cuántas cosas de valor hay en él, pensé que a lo mejor había entrado un ladrón en la casa. Pero en cuanto llegué al despacho apareció ese perro y me tiró al suelo. Jorge llegó en seguida, pero no quiso decirle al perro que dejara de molestarme.

—No comprendo tu conducta, Jorge. Realmente, no la puedo entender —dijo su padre con tono irritado—. Espero que no acabes volviéndote tan estúpida como lo eras antes de que tus primos vinieran aquí este verano. Y ¿qué significa eso de que Timoteo ha mordido otra vez al señor Roland?

—Jorge metió al perro debajo de la mesa donde damos las clases —dijo el señor Roland—. Yo no lo sabía, y en una ocasión en que

estiré las piernas, noté que había algo allí debajo: era Timoteo, que empezó a morderme. No se lo había dicho antes, señor, porque no había querido ocasionarle preocupaciones. Pero Jorge y su perro no han hecho más que molestarme desde que llegué a esta casa.

—Bien. Timoteo, de ahora en adelante, vivirá en la perrera del jardín y no entrará en casa —dijo tío Quintín—. No quiero que esté con nosotros. Ése será su castigo; y también el tuyo, Jorge. No estoy satisfecho de tu comportamiento. El señor Roland ha sido benévolo contigo.

—Yo no quiero que Timoteo se vaya a vivir a la perrera —dijo Jorge furiosamente—. El tiempo es muy frío y se pondrá enfermo.

—Me es indiferente si se pone enfermo o no —dijo su padre—. Desde que admití al perro en esta casa para que pasara aquí las vacaciones de Navidad, puse como condición, y tú lo sabes, que te portaras bien. Todos los días me he informado de tu comportamiento con el señor Roland. Y como, por lo que veo, no es nada ejemplar, he decidido que Timoteo viva fuera de la casa. ¡Ahora, ya lo sabes! ¡Vuélvete a la cama, pero antes pide perdón al señor Roland!

—¡No quiero! —dijo Jorge conteniendo a duras penas la ira que la embargaba, mientras salía de la habitación con dirección a la escalera. Los dos hombres empezaron a seguirla.

—Déjela ya —dijo el señor Roland—. Es una niña muy complicada y está claro que se le ha metido en la cabeza no congeniar conmigo. Pero yo estaría muy contento, señor, si supiera que este perro no iba a volver a pisar esta casa. No estoy seguro de que cualquier día Jorgina le mandara que se me echara encima.

—Siento mucho todo esto —dijo el padre de Jorge—. Me pregunto de dónde habrá venido ese ruido que usted oyó. Supongo que será un trozo de leña que cayó al suelo. Pero ¿qué haré esta noche con ese fastidioso perro? Tendré que echarlo de casa ahora mismo.

—Déjelo por esta noche —dijo el señor Roland—. Oigo ruidos arriba. Todo el mundo se ha despertado. Más vale que por esta noche no armemos más jaleo.

—Quizá tenga usted razón —dijo el padre de Jorge, agradecido. Al fin y al cabo no tenía demasiadas ganas de enfrentarse en plena noche con una niña arisca y rebelde y con un perro irritado a todas

luces.

Los dos hombres volvieron a la cama. Jorge no dormía. Los otros se habían despertado mientras ella subía las escaleras y les había contado todo lo sucedido.

—¡Jorge! ¡En verdad eres idiota! —dijo Dick—. A fin de cuentas, ¿por qué el señor Roland no iba a bajar si oyó un ruido extraño? ¡Tú misma bajaste! Todo lo que has conseguido es que el simpático Timoteo se separe de nosotros y tenga que vivir a la intemperie.

Ana empezó a gritar. Por un lado no le gustaba que al preceptor, que ella tanto estimaba, lo hubiera arrojado al suelo Timoteo; y por otra, odiaba oír que a Timoteo lo iban a castigar.

—No seas criatura —dijo Jorge—. El perro es mío y yo no grito.

Sin embargo, cuando ya todos habían vuelto a dormirse plácidamente, la almohada de la cama de Jorge estaba enteramente húmeda. Timoteo subió a la cama y empezó a lamerle a su amita las húmedas y saladas mejillas, mientras gimoteaba calladamente. Timoteo se sentía siempre muy desgraciado cuando Jorge estaba triste.

Capítulo 9

A la búsqueda del Camino Secreto

Al día siguiente no hubo clases. Jorge estaba pálida y se portaba muy comedidamente. A Timoteo lo habían encerrado ya en la perrera del jardín y los chicos podían oír sus tristes lamentos.

—¡Oh, Jorge, cuánto siento lo que ha pasado! —dijo Dick—. Lo que daría yo porque no te portaras siempre tan violentamente. Lo único que consigues es llevarte disgustos y que se los lleve también el pobre Timoteo.

Jorge estaba llena de sentimientos contradictorios. Odiaba tanto al señor Roland, que a duras penas podía soportar verlo, aun cuando cuidaba mucho de no ser arisca ni rebelde, porque tenía miedo de que si mostraba sus sentimientos, el preceptor le daría malas notas y entonces quizás hasta le prohibieran ver a Timoteo. Era realmente muy difícil para una naturaleza tan tempestuosa como la de Jorge tener que comportarse dócilmente.

El señor Roland no le hacía el menor caso. Los chicos intentaban meter a Jorge en sus charlas, pero ella permanecía comedida e indiferente.

—¡Jorge! ¡Hoy vamos a ir a la granja Kirrin! —dijo Dick—. ¡Ven con nosotros! Vamos a buscar la entrada del camino secreto. Tiene que estar en algún sitio de la casa.

Los chicos le habían contado a Jorge lo que el señor Roland había dicho sobre el significado de las palabras y los signos del viejo lienzo. Todos se sentían enormemente interesados por la cuestión, aunque, debido a los sucesos del día de Navidad, su interés había disminuido momentáneamente.

—Desde luego, iremos todos —dijo Jorge con aire

repentinamente alegre—. Timoteo también irá. Quiere dar un paseo.

Pero cuando la muchachita se enteró de que el señor Roland iba a ir también, cambió en seguida de pensamiento. Por nada del mundo quería ir de paseo con el preceptor. Saldría sola con Timoteo.

—Pero, Jorge, piensa en lo que vamos a disfrutar buscando el camino secreto —le dijo Julián cogiéndola por el brazo. Jorge se desasió al momento.

—Si va el señor Roland, no iré yo —dijo obstinadamente. Los otros pensaron que sería mejor no insistir—. Voy a ir a pasear sola con Timoteo —dijo Jorge—. ¡Vosotros podéis ir con vuestro querido señor Roland!

Se alejó de ellos, junto con el perro. Los otros la miraron pesarosos. Era algo horrible lo que sucedía. Jorge se volvía cada vez más insociable, pero ¿qué iban a hacerle?

—Bueno, muchachos, ¿estáis preparados? —preguntó el señor Roland—. Podéis ir solos a la granja. Yo me reuniré con vosotros más tarde. Antes tengo que hacer algo en el pueblo.

Los tres chicos se dispusieron, pues, a partir solos. Pensaron en llamar a Jorge, pero a ésta no se la veía ya por ningún sitio. El viejo matrimonio Sanders recibió efusivamente a los tres chicos, a los que introdujeron en la cocina, invitándoles a tomar dulce de jengibre y leche caliente.

—Vaya, ¿conque estáis decididos a encontrar nuevas cosas secretas? —dijo la señora Sanders con una sonrisa.

—¿Nos deja intentarlo? —preguntó Julián—. Queremos encontrar una habitación orientada al Este, que tenga el suelo de piedra y entrepaños de madera en las paredes.

—Todas las habitaciones de la planta baja tienen el suelo de piedra —dijo la señora Sanders—. Podéis registrarlas todas cuanto queráis, queridos. Supongo que no estropearéis nada. Pero no vayáis a la habitación de arriba, aquélla con el armario de doble fondo, ni a la de al lado. Son las habitaciones que tengo preparadas para los artistas.

—Está bien —dijo Julián, algo disgustado de no poder registrar el fascinante armario—. ¿Han llegado ya los artistas, señora Sanders? Me gustaría hablar con ellos de pintura. Yo tengo la

esperanza de llegar un día a ser un artista.

—¿Ah, sí? ¡Caramba! —dijo la señora Sanders—. Bien, bien. Siempre he encontrado maravilloso que la gente pueda ganar dinero pintando cuadros.

—Los artistas no lo hacen por el dinero, sino por el gusto de pintar —dijo Julián con aire de persona entendida. Esto sorprendió todavía más a la señora Sanders. Movió la cabeza y empezó a reír.

—¡Son unas personas muy extrañas! —dijo—. Bueno, chicos. Podéis empezar vuestras investigaciones, aunque, Julián, hoy no podrás hablar con los artistas. Están fuera.

Los chicos acabaron los pasteles y la leche y se levantaron, pensando por qué sitio comenzarían el registro. Lo mejor era empezar por todas las habitaciones que estuvieran orientadas al Este.

—¿Qué parte de la casa da al Este, señora Sanders? —preguntó Julián—. ¿Lo sabe usted?

—La cocina está orientada exactamente al Norte —dijo la señora Sanders—. El Este debe de estar por allí. —Señaló con la mano hacia la derecha.

—Gracias —dijo Julián—. ¡Vamos todos!

Los tres chicos salieron de la cocina y torcieron hacia la derecha. Había en esa dirección tres habitaciones: una especie de fregadero abandonado, una habitación pequeñísima que parecía un cuarto de guardar trastos viejos y una tercera habitación que en sus tiempos debió de utilizarse como comedor accesorio, pero que ahora estaba también fría y abandonada.

—Todas tienen el suelo de piedra —dijo Julián.

—Tendremos que registrarlas todas —sugirió Ana.

—No, todas no —dijo Julián—. No creo que en ese fregadero encontremos nada.

—Y ¿por qué no? —preguntó Ana.

—Porque las paredes son de piedra, tontina, y lo que tiene que haber son entrepaños de madera —dijo Julián—. Usa la cabeza, Ana.

—Bien, entonces no tenemos que molestarnos en registrarla —dijo Dick—. Fijaos, las otras dos sí tienen entrepaños. Las registraremos.

—Seguramente pintaron ocho cuadros en el lienzo por alguna

razón —dijo Julián mirando otra vez la vieja tela—. Creo que es una buena idea averiguar qué habitación tiene sólo ocho recuadros en el entrepaño, ya sabéis, debajo de la ventana o en cualquier lugar determinado.

Era tremendamente emocionante la tarea de inspeccionar las dos habitaciones. Los chicos empezaron por la más pequeña. Tenía las paredes cubiertas de madera de roble oscuro, pero no había ningún sitio donde hubiera exactamente ocho recuadros. Por tanto, los chicos se metieron en la segunda habitación.

Allí, la cubierta de madera de las paredes era distinta. No era tan oscura, no estaba tan vieja. Los recuadros también eran de tamaño distinto. Los chicos empezaron a golpearlos y a comprimirlos, en la esperanza de que alguno de ellos cediera y dejara al descubierto una cavidad, como había ocurrido en el vestíbulo el otro día.

Pero quedaron defraudados. No ocurrió nada de particular. Estaban todavía enfrascados en su investigadora tarea cuando oyeron pisadas y voces que provenían del vestíbulo. Alguien se asomó por la puerta y echó un vistazo al interior de la habitación. Era un hombre alto y delgado, con gran nariz que servía de soporte a unas gafas.

—Hola —dijo—. La señora Sanders me ha dicho que estáis buscando un tesoro o algo así. ¿Cómo os va?

—No muy bien —dijo Julián cortésmente. Miró al hombre y vio que tras él había otro, más joven, que tenía una gran boca y cierta dureza en la mirada—. Supongo que ustedes son los dos artistas —dijo.

—Sí, lo somos —dijo el primer hombre mientras se introducía en la habitación—. Y vosotros ¿qué es lo que estáis buscando, exactamente?

Julián no tenía ningunas ganas de decir nada acerca de lo que estaban haciendo, pero resultaba difícil no contestar a la pregunta del hombre.

—Pues, en realidad, estamos intentando encontrar un recuadro de la pared que sea deslizable —dijo al final—. En el vestíbulo hay uno así. Y resulta muy divertido mirar a ver si hay otro en cualquier sitio.

—¿Queréis que os ayude? —dijo el otro artista metiéndose a su

vez en la habitación—. ¿Cómo os llamáis? Yo me llamo Thomas, y mi amigo, Wilton.

Los chicos charlaron amigablemente con los hombres durante unos minutos, pero no tenían el menor deseo de que les ayudaran en su búsqueda. Lo que fuera, querían encontrarlo ellos. Era desconsolador pensar que tal vez los mayores podrían resolver el misterio por su cuenta.

A poco, mayores y pequeños estaban todos dedicados a sondear y golpear los recuadros de la pared. De pronto se oyó una voz que los saludaba.

—¡Hola! ¡A fe que debéis de estar muy atareados!

Los chicos se volvieron y pudieron ver en la puerta del cuarto al preceptor, que les sonreía. Los dos artistas también dirigieron a él sus miradas.

—¿Es amigo vuestro? —preguntó el señor Thomas.

—Sí, es nuestro preceptor y es muy simpático —dijo Ana acercándosele a toda prisa y tomándole la mano.

—Deberías presentarme a estos señores, Ana —dijo el preceptor, siempre sonriente.

Ana sabía presentar a las personas. Estaba acostumbrada a ver cómo lo hacía su madre.

—El señor Roland —dijo a los dos artistas. Luego se volvió al preceptor—. El señor Thomas —le dijo, señalando a este último con la mano—. Y —añadió— el señor Wilton.

Los hombres se inclinaron cortésmente y se dieron la mano.

—¿Viven ustedes aquí? —preguntó el señor Roland—. Es una granja muy antigua e interesante, ¿verdad?

—¿Es ya hora de volver a casa? —dijo Julián al oír las campanadas del reloj.

—Temo que sí —dijo el señor Roland—. He venido más tarde de lo que había previsto. Podemos estar aquí unos cinco minutos, pero nada más. Los aprovecharemos para echaros una mano en la búsqueda que habéis emprendido para encontrar el camino secreto.

Pero, por más que todos golpearon, palparon y comprimieron los recuadros de la pared, nada nuevo ocurrió. Era algo decepcionante.

—Lo mejor será que nos vayamos ya —dijo el señor Roland—. Id a despediros de los Sanders.

Todos se dirigieron a la caldeada cocina, en donde la señora

Sanders estaba dedicada a preparar algo que aparentaba ser delicioso.

—¿Está preparando la merienda, señora Sanders? —dijo el señor Wilton—. A fe que es usted la mejor cocinera que he conocido.

La señora Sanders sonrió. Se volvió a los chicos.

—Queridos: ¿habéis encontrado lo que buscabais? —preguntó.

—No —dijo el señor Roland, contestando por ellos—. Al final no hemos conseguido encontrar el camino secreto.

—¿El camino secreto? —dijo la señora Sanders, sorprendida—. ¿Sabéis algo de eso? ¡Yo creí que era un asunto olvidado! Hace muchos años que no pienso en ello.

—Oh, señora Sanders —gritó Julián—. ¿Sabe usted algo de ese camino? ¿Sabe dónde está?

—No lo sé, querido. El secreto acabó perdiéndose hace ya muchos años —dijo la anciana señora—. Yo recuerdo que mi abuela me hablaba de él cuando yo era todavía más pequeña que vosotros. Pero a mí no me interesaba. Me atraían más las vacas, las gallinas y las ovejas.

—Oh, señora Sanders, por favor, intente recordar algo —imploró Dick—. ¿Qué era el camino secreto?

—Pues creo que se trata de un camino oculto que sale de aquí y no sé dónde termina —dijo la señora Sanders—. Pero no puedo recordar nada más. Lo usaban hace muchos años, cuando la gente tenía que esconderse.

Era desconsolador que la señora Sanders supiera tan poca cosa del secreto que anhelaban descubrir. Los chicos se despidieron de ella y fueron junto al preceptor, con la sensación de que habían desperdiciado la mañana.

Jorge estaba aguardándolos en la puerta de «Villa Kirrin» cuando regresaron. Tenía la cara de mejor color y los saludó festivamente.

—¿Descubristeis algo por fin? ¡Contádmelo todo! —dijo.

—No hay nada que contar —dijo Dick tristemente—. Había tres habitaciones orientadas al Este, pero sólo dos de ellas tenían las paredes de madera. Las examinamos a fondo y no pudimos descubrir nada de particular.

—Hemos conocido a los dos artistas —dijo Ana—. Uno de ellos es alto y delgado y tiene gafas y una nariz muy grande. Se llama

Thomas. El otro es más joven y tiene los ojos muy pequeños pero la boca muy grande.

—Yo los he visto esta mañana —dijo Jorge—. Estoy segura de que eran ellos… Estaban hablando con el señor Roland. A mí no me vieron.

—Oh, no puede ser que hayas visto a los artistas —dijo Ana rápidamente—. El señor Roland no los conocía. Yo tuve que presentárselos.

—Pues estoy segura de que el señor Roland llamaba Wilton a uno de ellos —dijo Jorge, sorprendida—. Tiene que conocerlo a la fuerza.

—Esos hombres que tú viste no podían ser los artistas —dijo Ana otra vez—. No conocían de nada al señor Roland. El señor Thomas me preguntó si era amigo nuestro.

—Estoy segura de que no me equivoco —dijo Jorge obstinadamente—. Si el señor Roland dice que no conoce a los dos artistas es que miente.

—Oh, siempre te las arreglas para decir cosas horribles del señor Roland —dijo Ana, indignada—. Siempre estás inventando cosas desagradables de él.

—¡Chitón! —dijo Julián—. Aquí llega.

Abrióse la puerta y entró el preceptor en la habitación.

—Bien —dijo—. Es decepcionante no haber podido encontrar el camino secreto, ¿verdad? Pero, de todos modos, era una utopía pretender encontrarlo en una habitación donde los revestimientos de madera son bastante recientes. Si fuesen muy antiguos quizá podríamos esperar encontrar algo.

—Desde luego. No creo que haya necesidad de volver a buscar la entrada del camino secreto —dijo Julián, decepcionado—. En ninguna de las habitaciones encontraremos nada. Es una verdadera lástima.

—Sí que lo es —dijo el señor Roland—. Bien, Julián, ¿qué te han parecido los dos artistas? A mí a primera vista me han resultado muy simpáticos. Me gustará mucho conocerlos más a fondo.

Jorge miró al preceptor. ¿Sería posible que pudiera mentir tan descaradamente con esa tranquilidad? La muchachita estaba perpleja. No le cabía la menor duda de que había visto a los dos artistas hablando con él. Quizá se había equivocado. Pero, aun así,

había algo en todo ello que no acababa de gustarle. Estaba decidida a averiguar la verdad fuera como fuese.

Capítulo 10

Un contratiempo para Jorge y Timoteo

A la mañana siguiente había que volver a dar clases ¡sin Timoteo debajo de la mesa! Jorge acariciaba la idea de no acudir, pero ¿es que iba a conseguir algo con ello? Tenía miedo a las personas mayores. Éstas podrían castigarla del mejor modo que les pareciera. En realidad, no es que le importara mucho que la castigaran a ella. Lo que no podía soportar era la idea de que también castigasen a Timoteo.

Pálida y sombría, la muchachita no tuvo otro remedio que sentarse a la mesa con los demás. Ana estaba muy contenta de volver a dar clases. En realidad, todo lo que representara agradar al señor Roland la ponía contenta: ¡éste le había regalado por fin la muñeca-hada que había en la parte más alta del árbol navideño! Para Ana era la muñeca más bonita que había visto en su vida.

Jorge se enfurruñó cuando Ana le enseñó la muñeca. No le gustaban nada las muñecas… ¡Y mucho menos la que el señor Roland había escogido para regalársela a Ana! Pero Ana estaba muy contenta y agradecida, y había decidido dar clases, como los demás, con todo su entusiasmo y aprender lo más que pudiera.

Jorge se aplicó en las clases lo menos que pudo. Sólo lo indispensable para que no la riñeran. El señor Roland no demostró gran interés hacia ella ni hacia su trabajo. Estaba ensimismado con las lecciones de los demás, y entregado en cuerpo y alma a enseñarle a Julián ciertos detalles que éste no acababa de comprender.

Durante las clases, los chicos podían oír los tristes lamentos que profería Timoteo desde el jardín. Esto los llenaba de congoja, pues a

Timoteo lo consideraban un autentico camarada y lo querían tanto como se querían entre ellos. No podían soportar el pensamiento de saberlo en la perrera del jardín pasando frío. Cuando se suspendieron las clases para el almuerzo durante diez minutos y el señor Roland salió de la habitación, Julián le dijo a Jorge:

—¡Jorge! Es horrible para nosotros oír los lamentos de Timoteo con el frío que hace ahí fuera. Y estoy seguro de que de vez en cuando tose. Voy a hablar de ello al señor Roland. Tú debes de estar apenadísima.

—Sí, creo que yo también lo he oído toser —dijo Jorge abrumada—. A lo mejor se resfría. Y él no tiene la menor idea de por qué le hacemos eso. Debe de pensar que yo soy terriblemente mala.

La muchacha volvió la cabeza, temerosa de que afloraran lágrimas a sus ojos. Ella tenía a gala no llorar nunca, pero resultaba muy difícil contener las lágrimas sabiendo que Timoteo estaba a la intemperie pasando frío.

Dick le cogió el brazo.

—Escucha, Jorge: sé que odias al señor Roland y que desde luego no puedes evitarlo. Pero ninguno de nosotros podemos resistir el pensamiento de que Timoteo esté ahí fuera pasando frío, hoy precisamente que parece que va a nevar. Eso sería terrible para él. ¿No podrías portarte muy bien y ser muy simpática con el señor Roland? Entonces cuando tu padre le pregunte sobre tu comportamiento él le dirá que has sido buena, y así le podríamos pedir que dejara que Timoteo entrara en la casa. ¿Quieres?

Se oyó otra vez toser a Timoteo, y a Jorge casi le dolió el corazón. ¿Y si cogiera esa terrible enfermedad que era la pulmonía, sin que pudiera ella hacer nada para resguardarlo del frío, porque estaba castigado a vivir en la perrera? ¡Se moriría ella de pena! Se volvió a Julián y a Dick.

—Está bien —dijo—. Es verdad que odio mucho al preceptor, pero a Timoteo lo quiero con más fuerza que el odio que siento por él. Por eso, sólo por causa de Timoteo, voy a ser buena y agradable y a trabajar lo más que pueda. Entonces podréis pedir que Timoteo vuelva a entrar en la casa.

—¡Buena chica! —dijo Julián—. Ya viene. Pórtate bien de ahora en adelante.

Ante la enorme sorpresa del preceptor, Jorge le dirigió una sonrisa cuando éste regresó a la habitación. Era algo tan inesperado que lo dejó perplejo. También le desconcertó el notar que Jorge, a partir de entonces, se aplicaba en los ejercicios más que los demás y que le contestaba cortés y solícitamente cuando le dirigía la palabra. Tuvo una frase de elogio hacia ella.

—¡Muy bien, Jorgina! Veo que estás entrando en razón.

—Gracias —dijo Jorge dirigiéndole otra sonrisa; sonrisa, desde luego, fría y desangelada, comparada con las de sus primos, pero ¡sonrisa, al fin y al cabo!

A la hora de comer, Jorge estuvo muy amable con el señor Roland. Le sirvió la sal, le ofreció más pan ¡y hasta se levantó para llenarle el vaso de agua cuando ya lo tenía vacío! Los demás la miraban con admiración. La resolución que había tomado de ser simpática era patente. ¡Debía de ser terrible para ella comportarse de ese modo con el señor Roland, al que tanto odiaba!

El señor Roland parecía muy complacido y deseoso de ser amigo de Jorge. Le contó a ella un chiste y le prometió prestarle un libro que trataba de perros. La madre de Jorge estaba encantada, pensando que su difícil hijita había sentado cabeza y empezaba a portarse como una persona normal. Realmente, aquel día las cosas discurrían del modo más agradable.

—Jorge, márchate antes de que entre tu padre para preguntarle al señor Roland cómo te has portado hoy. Cuando él le diga que muy bien, entonces nosotros le pediremos que deje volver a casa a Timoteo. Creo que será mejor que tú no estés delante.

—Muy bien —asintió Jorge.

Estaba impaciente por resolver de una vez la situación. Le resultaba insoportable tener que mostrarse agradable y simpática con el preceptor cuando sus sentimientos la inclinaban a hacer todo lo contrario. ¡Si no fuera por Timoteo, nunca, nunca lo hubiera hecho!

Jorge se fue de la habitación poco antes de las seis, cuando oyó que su padre se acercaba. Éste entró en el cuarto y se dirigió al señor Roland.

—¿Qué tal? ¿Se han portado bien sus alumnos? —preguntó.

—Se han portado perfectamente —dijo el señor Roland—. Julián ha acabado por comprender, con las explicaciones que le he dado,

un problema que para él era escabroso. Dick ha hecho bien su ejercicio de latín. Ana ha hecho su ejercicio de francés sin una equivocación.

—¿Y Jorge? —preguntó tío Quintín.

—Ahora le iba a hablar de Jorgina —dijo el señor Roland mirando a su alrededor y percatándose de que la muchachita se había marchado—. ¡Hoy se ha portado mejor que nunca! Realmente, estoy muy contento de ella. Ha trabajado de firme y todo el tiempo ha sido muy simpática y buena chica. Parece como si hubiera decidido mejorar su carácter.

—Se ha portado muy bien y ha estado muy simpática —dijo Julián acaloradamente—. Tío Quintín, si hubieras visto lo buena que ha sido… a pesar de lo que sufre…

—¿Por qué sufre? —preguntó tío Quintín.

—Por causa de Timoteo —dijo Julián—. Hace mucho frío y el pobre tiene que pasarse todo el tiempo en el jardín. Ha cogido una tos terrible.

—Oh, tío Quintín, por favor, deja que el pobre Timoteo pueda vivir en la casa —imploró Ana.

—Si, por favor —dijo Dick—. No sólo lo pedimos por Jorge, ya sabemos que ella adora al perro, sino también por nosotros. Es terrible oír sus lamentos. Y Jorge, con lo bien que se ha portado hoy, bien merece que le hagas ese favor.

—Bien —dijo tío Quintín mirando las ansiosas caras de los chicos con aire dubitativo—. En realidad, no sé qué decisión tomar. Si es que Jorge se ha vuelto razonable y el tiempo es muy frío, pues…

Miró al señor Roland, esperando una palabra de éste favorable a Timoteo. Pero el preceptor no dijo nada. Parecía molesto.

—¿Qué opina usted, Roland? —preguntó tío Quintín.

—Creo que lo mejor será que usted se mantenga firme en su decisión de tener el perro fuera de casa —dijo el preceptor—. Jorge, por ahora, necesita que la traten con mano firme. Debe usted ser duro con ella. No hay razón para que vuelva de su acuerdo por el hecho de que ella se haya portado bien un solo día.

Los tres chicos contemplaron al señor Roland, estupefactos y desilusionados. Les resultaba muy difícil creer que el preceptor se negara a que el perro volviera a casa.

—¡Señor Roland, es usted horrible! —gritó Ana—. ¡Oh, por favor! ¡Diga que no le importa que Timoteo vuelva a casa!

El preceptor ni siquiera miró a Ana. Contrajo los labios bajo su espeso bigote y enfiló su mirada hacia tío Quintín.

—Tal vez tenga usted razón —dijo tío Quintín—. Será mejor que comprobemos cómo se porta Jorge durante una semana entera. Al fin y al cabo, un día no significa gran cosa.

Los chicos miraron a su tío enormemente contrariados. Les pareció un hombre débil y cruel. El señor Roland movió la cabeza.

—Sí —dijo—. Una semana bastará para ver si Jorge ha mejorado realmente. Si durante ella Jorgina se porta bien, creo que cambiaré la opinión sobre el perro, señor. Pero, por ahora, entiendo que es mejor que siga viviendo fuera de la casa.

—Está bien —dijo tío Quintín dirigiéndose a la puerta. Se paró un momento volviéndose hacia el preceptor—. Venga luego un rato a mi despacho —dijo—. He descubierto cosas nuevas relativas a mi fórmula. Ya verá los progresos que he hecho.

Los tres chicos se miraron uno a otro sin pronunciar palabra. Parecía mentira que el preceptor hubiera podido convencer a tío Quintín para no dejar que el perro volviese a vivir en la casa. Se habían desengañado de él. El preceptor lo notó.

—Siento mucho defraudaros —dijo—. Pero creo que si os hubiera mordido a vosotros como me ha mordido a mí, y os hubiera tirado al suelo como también hizo conmigo, no tendríais muchas ganas de estar en su compañía.

Salió de la habitación. Los chicos empezaron a pensar cómo le dirían a Jorge lo que había sucedido. Ella regresó en seguida, impaciente y esperanzada. Pero cuando vio los cariacontecidos rostros de sus primos se le vino el alma a los pies.

—¿Es que no dejan que Timoteo vuelva a casa? —preguntó al momento—. ¿Qué ha ocurrido? ¡Contádmelo!

Le contaron todo lo que había ocurrido. El rostro de la muchachita se tornó sombrío cuando oyó que el preceptor se había opuesto a la vuelta de Timoteo, aun cuando su propio padre había sugerido lo contrario.

—¡Oh! ¡Qué hombre más bestia! —gritó—. ¡Cómo le odio! ¡Me pagará lo que ha hecho! ¡Ya lo creo que me las pagará!

Salió rápidamente de la habitación. Sus primos oyeron como

cruzaba el vestíbulo y después un enorme portazo resonó por toda la casa.

—Se ha marchado —dijo Julián—. Apuesto a que ha ido a ver a Timoteo. ¡Pobre Jorge! Está más alterada que nunca.

Aquella noche Jorge no podía dormir. Daba vueltas en la cama mientras oía las toses y los lamentos de Timoteo. El can tenía frío, ella estaba segura. Le había llenado de paja la perrera en la esperanza de que no sintiera tanto el fuerte viento norteño, pero el perro tenía que soportar a la fuerza la amarga y terrible noche, más aún, cuando estaba acostumbrado a dormir en su cesta, dentro de la casa y al abrigo de toda intemperie.

Timoteo volvió a toser, esta vez con voz cavernosa. Era algo que Jorge no podía soportar. Necesitaba ayudarlo.

«Lo meteré un rato en la casa y lo frotaré con la medicina que tiene mamá para los resfriados —pensó—. Quizás así se ponga bueno».

Se vistió sumariamente y bajó las escaleras. La casa estaba en el más absoluto silencio. Salió al jardín y soltó la cadena del perro. El can se puso a lamerla eufóricamente.

—Ven conmigo. Quiero que no pases frío durante un ratito —susurró Jorge—. Te voy a dar unas friegas en el pecho con aceite.

Timoteo corría alborozado tras ella mientras se dirigían a la casa. Lo llevó a la cocina, pero allí el fuego de la chimenea se había apagado ya y hacía mucho frío. Jorge, por tanto, decidió explorar otras habitaciones.

En el despacho de su padre vio que la chimenea aún no se había apagado. Por tanto, se metió allí con el perro. No había necesidad de encender la luz: la chimenea iluminaba suficientemente la habitación. Jorge llevaba un frasco de aceite que había cogido del cuarto de baño. Lo acercó al fuego para que se calentara.

Más tarde se puso a restregar con aceite la peluda garganta del perro, en la esperanza de que ello aliviara su resfriado.

—A ver si así dejas de toser —susurró al can—. Procura no hacerlo porque a lo mejor te oyen. Échate aquí junto al fuego, querido, y caliéntate. Verás qué pronto se te pasa el frío.

Timoteo, obediente, se echó en el suelo. Estaba muy contento de haber salido de su gélida perrera y estar en compañía de su amita querida. Apoyó la cabeza en la rodilla de Jorge. Ella lo acarició,

mientras le susurraba palabras de consuelo.

Las llamas esparcían su luz sobre los curiosos instrumentos y tubos de cristal que llenaban las estanterías del despacho. Un trozo de leña restalló, llenándolo todo de chispas. Realmente se estaba bien allí. No se sentía frío y todo rezumaba tranquilidad.

La muchachita empezó a sentir la pesadez del sueño. El can cerró los ojos también, enteramente sosegado y tranquilo al calor del fuego. Jorge reclinó la cabeza sobre su cuello.

Se despertó cuando oyó que en el reloj del despacho daban las seis. La habitación estaba ahora fría y ella tiritaba. ¡Dios mío! ¡Las seis de la mañana! Juana, la cocinera, se levantaría en seguida. Había que evitar que los encontrara en el despacho a ella y a Timoteo.

—¡Tim, querido, despierta! Tienes que volver a la perrera —le dijo Jorge en voz muy baja—. Estoy segura de que ya estás mejor del resfriado, porque no has tosido ni una vez desde que entraste en la casa. Vámonos ya, y, sobre todo, no hagas ruido.

Timoteo se incorporó rápidamente y empezó a lamer la mano de su amita. Había entendido perfectamente que debía abstenerse de producir el menor ruido. Los dos salieron del despacho, cruzaron el vestíbulo y se dirigieron rápidamente a la puerta de la casa.

Al cabo de unos minutos Timoteo estaba ya otra vez en la perrera plácidamente acomodado sobre la paja. Jorge hubiera dado algo por poderse quedar allí con él, pero no podía ser, y se limitó a darle al can una palmadita cariñosa. En seguida volvió a la casa.

Se metió en la cama, muerta de frío y de sueño. Se olvidó completamente de que estaba casi vestida y no pensó en desnudarse. Inmediatamente se durmió.

A la mañana siguiente Ana quedó estupefacta al ver que su prima estaba en la cama con los calcetines puestos, la falda y el jersey.

—¡Anda! —dijo—. ¡Estás casi vestida! ¡Cuando te acostaste estabas en pijama!

—Tranquilízate —dijo Jorge—. He ido esta noche al jardín a buscar a Timoteo. Nos pusimos junto a la chimenea del despacho y le froté la garganta con un paño mojado en aceite caliente. ¡No se te ocurra decir de esto ni una palabra a nadie! ¡Prométetelo!

Ana lo prometió, comprometiendo en ello su palabra. ¡Qué niña

más extraordinaria era Jorge, atreviéndose a hacer esas cosas!

Capítulo 11

Papeles robados

—Jorge, por favor, no te portes mal esta mañana —dijo Julián después del desayuno—. Ten en cuenta que el pobre Timoteo podrá sufrir las consecuencias.

—¿Es que crees que voy a poder portarme bien, sabiendo que el señor Roland está decidido a que Timoteo no esté conmigo durante todo el tiempo que duren las vacaciones? —dijo Jorge.

—Bueno: él dijo una semana. ¿No podrías intentarlo durante una semana?

—No. Cuando terminase la semana el señor Roland diría que había que probar otra semana —dijo Jorge—. No puede tragar al pobre Timoteo. Y a mí tampoco. En lo que a mí se refiere, no estoy sorprendida, porque cuando yo me propongo ser antipática lo soy de veras. Pero no veo la razón para que odie al pobre Timoteo.

—Oh, Jorge, nos vas a estropear todas las vacaciones si no te portas bien —dijo Ana.

—Pues bien: os las estropearé —dijo Jorge con gesto ceñudo.

—No veo la razón por la que debas estropearnos a nosotros las vacaciones además de estropeártelas tú a ti misma —dijo Julián.

—No te preocupes, que no creo que pueda estropeároslas —dijo Jorge—. Podréis pasarlo de lo mejor. Podéis ir a pasear con vuestro querido señor Roland, jugar con él por las tardes y reír y charlar todo lo que os dé la gana. Lo que haga yo no os tiene que importar.

—Eres una chica muy extraña —dijo Julián dando un suspiro—. Nosotros te apreciamos y no nos gusta que seas desgraciada. ¿Cómo vamos a pasarlo bien viendo que Timoteo y tú sois desgraciados?

—No os preocupéis por mí —dijo Jorge con voz áspera—. Ahora

me voy a marchar con Timoteo. Hoy no pienso dar clases.

—¡Jorge! ¡Eso no lo puedes hacer! —dijeron a la vez Julián y Dick.

—Sí que lo haré —dijo Jorge—. No pienso ir a clase. No puedo soportar trabajar con el señor Roland desde que se opuso a que Timoteo volviera a vivir en la casa.

—Pero si haces eso te castigarán —dijo Dick.

—Si las cosas se ponen mal huiré de casa —dijo Jorge—. Huiré con Timoteo.

Salió de la habitación dando un portazo. Los otros quedaron estupefactos. ¿Qué iba a hacerse con una persona como Jorge? En cuanto le cogía odio a alguien se ponía fuera de sí, como un caballo desbocado.

El señor Roland entró en la habitación con los libros debajo del brazo. Sonrió a los chicos.

—¿Dispuestos para empezar? —preguntó—. ¿Dónde está Jorgina?

Nadie contestó. ¡Nadie quería delatarla!

—¿No sabéis dónde está? —volvió a preguntar el señor Roland, sorprendido. Miró a Julián.

—No, señor —dijo Julián sin mentir—. No tenemos la menor idea de dónde está.

—Bueno, a lo mejor se ha ausentado por pocos minutos —dijo el señor Roland—. Supongo que habrá ido a dar de comer a su perro.

Todos se sentaron alrededor de la mesa para empezar las clases. El tiempo pasaba y Jorge no volvía. El señor Roland echó una ojeada al reloj de pared y chasqueó la lengua con impaciencia…

—Realmente, Jorge es una fresca, llegando tan tarde. Ana, ve tú a buscarla, a ver si la encuentras por algún sitio.

Ana se marchó. Miró en el dormitorio. No estaba allí Jorge. Miró en la cocina. Allí sólo estaba Juana, atareada en la confección de pasteles. Le dio un trozo a Ana para que probara lo ricos que estaban. No tenía la menor idea de dónde se encontraba Jorge.

Ana no la pudo encontrar por ningún sitio. Volvió con los demás y se lo dijo así al señor Roland. Este parecía enfurecido.

—Tendré que decírselo a su padre —dijo—. Nunca hasta ahora había tratado a una niña tan rebelde. Enteramente parece que está empeñada en hacer lo que haga falta para salir perjudicada.

Siguieron las clases. Llegó la hora del almuerzo y Jorge no había aparecido aún. Julián fue al jardín y pudo comprobar que la perrera estaba vacía. ¡Seguro que Jorge se había marchado con Timoteo! ¡Menuda le esperaba a su regreso!

No hacía mucho rato que los chicos habían vuelto al cuarto de estar para proseguir las clases cuando ocurrió algo turbulento.

Tío Quintín irrumpió en la habitación hecho una fiera.

—¡Niños! ¿Alguno de vosotros ha entrado en mi despacho? —preguntó.

—No, tío Quintín —contestaron todos.

—Puedes estar seguro de que no —dijo Julián.

—¿Por qué lo pregunta, señor? ¿Es que le han roto o estropeado algo? —preguntó el señor Roland.

—Sí, me han roto los tubos de ensayo que ayer traje para hacer unos experimentos y, lo que es peor, han desaparecido las hojas más importantes de mi manuscrito —dijo tío Quintín—. Claro que puedo volver a escribirlas, pero para ello necesitaré mucho tiempo. No puedo entenderlo. ¿Estáis seguros, niños, de no haberos metido en mi despacho?

—Completamente seguros —contestaron los chicos.

Ana se puso encarnada. Se había acordado de repente de lo que Jorge le había contado. Jorge le había dicho que aquella noche había llevado a Timoteo al despacho de su padre y le había restregado la garganta con aceite. ¡Pero era imposible creer que Jorge hubiera roto los tubos de ensayo y se hubiera llevado varias hojas del manuscrito de su padre!

El señor Roland se dio cuenta de que Ana se había puesto encarnada.

—¿Sabes tú algo de lo que ha pasado? —le preguntó.

—No, señor Roland —dijo Ana poniéndose más encarnada todavía.

—¿Dónde está Jorge? —preguntó de pronto tío Quintín.

Los chicos no dijeron nada. Fue el señor Roland el que contestó por ellos.

—No lo sabemos. Esta mañana no ha aparecido por aquí para dar clase.

—¡No ha venido a dar clase! ¿Por qué? —preguntó tío Quintín empezando a enfurecerse.

—No nos ha dicho nada —contestó el señor Roland secamente —. Supongo que está contrariada porque hemos permanecido firmes con el asunto de Timoteo la última noche, señor, y se está tomando el desquite de esa manera.

—¡Qué niña más impertinente! —dijo el padre de Jorge grandemente irritado—. No comprendo qué es lo que le ha ocurrido últimamente. ¡Fanny! ¡Ven! ¿Sabías que Jorge ha desaparecido y no ha asistido a las clases?

Tía Fanny entró en la habitación. Parecía muy compungida. Llevaba en las manos un pequeño frasco. Los chicos se preguntaban qué sería aquello.

—¡No ha acudido a clase! —dijo tía Fanny—. ¡Qué cosa más rara! ¿Qué es lo que ha hecho? ¿Dónde está?

—No se preocupe por ella —dijo el señor Roland tranquilamente —. Es probable que se haya marchado con Timoteo en un arrebato de furia. Eso no tiene gran importancia. Lo que sí es grave, señor, es que hayan robado parte de su manuscrito. Tengo la esperanza de que no haya sido Jorge, en venganza de la decisión que tomó usted con respecto al perro.

—¡Claro que no ha sido Jorge! —dijo Dick, irritado ante la idea de que alguien pudiera pensar tal cosa de su prima.

—Jorge no es capaz de hacer una cosa así —dijo Julián.

—Es verdad, nunca lo haría —dijo Ana defendiendo valientemente a su prima, aun cuando la atormentaba una horrible duda. ¡No podía olvidar que Jorge había pasado en el despacho de su tío gran parte de la noche!

—Quintín, estoy segura de que no ha sido Jorge —dijo tía Fanny —. Ya verás como acabarás encontrando las hojas que te faltan. Y los tubos de ensayo a lo mejor el viento empujó las cortinas y cayeron al suelo, o algo por el estilo. ¿Cuándo viste esas hojas la última vez?

—Esta noche —dijo tío Quintín—. Las estuve repasando y comprobando los dibujos para asegurarme de que todo iba bien. Esas hojas son la médula de mi descubrimiento. Si van a parar a manos extrañas acabarán descubriendo mi secreto. Es algo horrible para mí. Necesito saber dónde están o quién las tiene.

—He encontrado esto en tu despacho, Quintín —dijo tía Fanny enseñándole un frasco que llevaba en la mano—. ¿Lo pusiste tú allí?

Estaba en la repisa de la chimenea.

Tío Quintín cogió el frasco y lo examinó.

—¡Aceite alcanforado! —dijo—. Desde luego, yo no lo he llevado al despacho. ¿Para qué lo iba a llevar?

—Entonces ¿quién lo habrá dejado allí? —preguntó tía Fanny, sorprendida—. Ninguno de los chicos está resfriado, y desde luego, aunque alguno lo estuviera, hubiera sido estúpido llevar el frasco a tu despacho. ¡Es algo extraordinario!

Todos estaban estupefactos. ¿Por qué razón tenía que haber aparecido el frasco de aceite alcanforado en la chimenea del despacho?

Nadie podía decir por qué. Pero, de pronto, se hizo la luz en la mente de Ana. ¡Jorge le había dicho que ella había estado en el despacho con Timoteo y que le había frotado la garganta con aceite! El perro tenía tos: eso lo explicaba todo. Y se había dejado el frasco de aceite en el despacho. ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿Qué iba a suceder ahora? ¡Qué mala pata que Jorge hubiera olvidado llevarse el frasco!

Ana, con estos pensamientos, se puso más encarnada todavía. El señor Roland, cuyos ojos parecían extraordinariamente perspicaces aquella mañana, miró fijamente a la muchachita.

—¡Ana! ¡Tú debes de saber algo sobre eso! —dijo de repente—. ¿Qué es lo que sabes? ¿Fuiste tú la que dejó allí el frasco?

—No —dijo Ana—. Yo no he entrado en el despacho. Le digo la verdad.

—¿Sabes algo de lo que ha pasado con el frasco de aceite? —preguntó otra vez el señor Roland—. Seguramente lo sabes.

Todos miraron a Ana. Ella agachó la cabeza. Era una situación horrible para ella. No podía delatar a Jorge. No debía hacerlo de ninguna manera. Jorge estaba ya metida en un atolladero y no sería bueno agravar las cosas. Contrajo los labios y no dijo nada.

—¡Ana! —dijo el señor Roland severamente—. Ten la bondad de contestar.

Ana no dijo nada. Los dos chicos la miraban, conjeturando que Jorge debía de tener algo que ver con el asunto, aunque no sabían que ella había metido aquella noche a Timoteo en la casa.

—Ana, querida —dijo su tía cariñosamente—. Si es que sabes algo, dínoslo. A lo mejor puedes ayudarnos en averiguar qué es lo

que ha ocurrido con las hojas que han desaparecido a tu tío. Es una cosa muy importante.

Ana siguió sin decir nada. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Julián le apretó el brazo.

—No molestéis más a Ana —dijo a los mayores—. Si ella no quiere hablar, debe de ser por alguna buena razón.

—Me parece que está encubriendo a Jorge —dijo el señor Roland—. ¿Verdad que sí, Ana?

Ana rompió a llorar. Julián la rodeó con el brazo y volvió a hablar a los mayores.

—¡No la hagáis sufrir más! ¿No veis que está muy apenada?

—Será mejor que Jorge nos lo cuente todo cuando tenga a bien volver a casa —dijo el señor Roland—. Estoy convencido de que ella es la que ha puesto el frasco de aceite en el despacho, y si ella es la única persona que ha entrado allí, fácil será adivinar quién lo ha hecho todo.

Los chicos no podían creer de ninguna manera que hubiese sido Jorge la autora del latrocinio de los papeles de su padre. Pero Ana tenía sus dudas, y esto la trastornó más aún. Empezó a sollozar, apoyada en el brazo de su hermano.

—Cuando regrese Jorge, enviádmela en seguida a mi despacho —dijo tío Quintín muy irritado—. ¿Cómo va a poder trabajar un hombre si le ocurren estos contratiempos? ¡Nunca me gustó la idea de tener niños en casa!

Salió rápidamente de la habitación, furioso a más no poder. Los chicos lo vieron marchar, aterrorizados. El señor Roland cerró violentamente todos los libros que había en la mesa.

—Se terminaron las clases por hoy —dijo—. Coged vuestras cosas e iros a pasear hasta la hora de comer.

—Sí, es mejor que lo hagáis así —dijo tía Fanny, pálida y contrariada—. Es una buena idea.

El señor Roland y tía Fanny salieron de la habitación.

—No sé si el señor Roland querrá acompañarnos en el paseo —dijo Julián en voz baja—. Lo mejor que podemos nacer es eludirle y salir rápidamente de casa a ver si encontramos a Jorge y le advertimos de la situación.

—¡Exacto! —dijo Dick—. Sécate los ojos, Ana querida. Date prisa y coge tus cosas. Vamos a atravesar corriendo el jardín antes

de que aparezca el señor Roland. Apostaría cualquier cosa a que Jorge ha ido a pasear por su lugar preferido: las rocas. ¡Seguro que la encontraremos!

Los tres chicos recogieron sus cosas y se dirigieron silenciosamente a la puerta del jardín. Querían evitar la compañía del señor Roland. Salieron sin ser vistos y se dirigieron directamente a las rocas, donde empezaron a buscar afanosamente a Jorge.

—¡Allí está, con Timoteo! —exclamó Julián señalando con el dedo—. ¡Jorge, Jorge, rápido! ¡Tenemos unas cuantas cosas que contarte!

Capítulo 12

Jorge, en un atolladero

—¿Qué es lo que hay? —preguntó Jorge cuando estaban todos reunidos—. ¿Ha ocurrido algo de particular?

—Sí, Jorge. ¡Alguien ha robado las tres hojas más importantes del libro que tu padre está escribiendo! —dijo Julián, jadeante—. Y han roto también los tubos de ensayo con los que tu padre estaba haciendo experimentos. ¡El señor Roland cree que tú tienes algo que ver con eso!

—¡El muy bestia! —exclamó Jorge, con sus azules ojos rezumando ira—. ¡Como si yo fuera capaz de hacer una cosa así! ¿Por qué dice que he sido yo?

—Es que dejaste un frasco de aceite en la chimenea del despacho —dijo Ana—. Yo no le he dicho a nadie lo que tú me contaste que hiciste esta noche, pero, de todos modos, el señor Roland ha adivinado que fuiste tú la que dejó allí el frasco.

—¿No les has dicho a tus hermanos lo que hice esta noche? —preguntó Jorge—. Bien, de todos modos, no hay mucho que contar, Julián. Se trata de que oí al pobre Timoteo tosiendo fuerte por la noche y, a medio vestir, fui a recogerlo y lo metí en el despacho, donde había todavía fuego en la chimenea. Mamá tiene siempre en el cuarto de baño un frasco con aceite para los resfriados, y yo se lo apliqué a Timoteo en la garganta pensando que él también se curaría. Nos dormimos los dos y nos despertamos alrededor de las seis. Yo tenía mucha prisa, estaba medio dormida y olvidé recoger el frasco. Eso es todo.

—Y ¿no cogiste ninguna hoja del libro que está escribiendo tu padre, ni rompiste nada? —preguntó Ana.

—Claro que no, tonta —repuso Jorge, indignada—. ¿Cómo puedes preguntarme una cosa así?

Jorge nunca mentía y los chicos la creían siempre a rajatabla, dijese lo que dijese. La miraron todos, y ella les devolvió la mirada.

—Me pregunto quién habrá robado esas hojas, entonces —dijo Julián—. Si lo supiésemos, tu padre dejaría de estar reñido contigo. A lo mejor es que las ha guardado en un sitio seguro para no perderlas y luego lo ha olvidado. Y los tubos de ensayo deben de haberse roto por cualquier causa. Siempre noté que eran muy frágiles.

—Veréis la regañina que me voy a ganar por haber metido a Timoteo en el despacho —dijo Jorge.

—Y también por no haber ido a las clases esta mañana —dijo Dick—. En realidad, has metido la pata, Jorge. Enteramente parece que te has propuesto que te castiguen.

—¿No será mejor que no entres en seguida en casa, sino que esperes el tiempo suficiente hasta que los ánimos contra ti se hayan calmado? —dijo Ana.

—No —dijo Jorge rápidamente—. Si me han de reñir y castigar, pues bien: ¡que me riñan y castiguen cuanto antes! ¡No tengo ni chispa de miedo!

Reemprendió el camino por la rocosa senda, con Timoteo correteando alrededor de ella, como siempre. Los demás la siguieron. Estaban preocupados. No les agradaba nada la idea de saber que Jorge estaba a punto de llevarse una reprimenda mayúscula.

Por fin llegaron a la casa. El señor Roland los vio desde la ventana y corrió a abrir la puerta. Miró a Jorge con los ojos brillantes de ira.

—Tu padre quiere que vayas inmediatamente al despacho —dijo el preceptor. Luego miró a los otros con aire enojado—. ¿Por qué habéis salido sin mí? Yo pensaba acompañaros.

—¿Quería acompañarnos, señor? ¡Cuánto lo siento! —dijo Julián cortésmente, pero sin mirar al preceptor—. Hemos dado un corto paseo por entre las rocas.

—Jorgina, ¿has estado tú esta noche en el despacho de tu padre? —preguntó el señor Roland mirando a Jorge mientras ésta se quitaba el sombrero y la gabardina.

—Lo que tenga que decir se lo diré a mi padre, no a usted —dijo Jorge.

—Lo que te pasa a ti es que estás empeñada en que te den una buena azotaina. ¡Y si yo fuera tu padre no dudaría un momento en propinártela!

—Usted no es mi padre —contestó Jorge.

Se dirigió a la puerta del despacho y la abrió. No había nadie allí.

—Papá no está aquí —dijo Jorge.

—Estará dentro de un minuto —dijo el señor Roland—. Métete ahí y espera. Y vosotros, id arriba a lavaros para la merienda.

Los otros chicos se sentían algo culpables de dejar sola a Jorge en esas circunstancias. Pudieron oír a Timoteo que emitía desde el jardín lastimeros aullidos. Él sabía que su amita estaba en un grave aprieto y deseaba sobremanera estar con ella.

Jorge se sentó en una silla y empezó a contemplar el fuego, recordando la última noche cuando se sentó sobre la alfombra y empezó a dar friegas en la garganta de Timoteo. ¡Qué tonta había sido olvidándose el frasco!

Su padre entró poco después en la habitación, con el ceño fruncido y la cara agria. Miró severamente a Jorge.

—¿Has entrado en el despacho esta noche? —preguntó.

—Sí, he entrado —contestó Jorge rápidamente.

—¿Qué es lo que has hecho aquí? —preguntó su padre—. Sabes muy bien que tengo prohibido que ningún niño entre en mi despacho.

—Sí, lo sé —dijo Jorge—. Pero es que estaba toda la noche oyendo cómo tosía Timoteo y llegué a no poder soportarlo. Por eso, alrededor de la una, salí al jardín y lo traje aquí. Ésta era la única habitación que tenía fuego en la chimenea. Acomodé al perro en el suelo y le di unas friegas en la garganta con el aceite que tiene mamá para los resfriados.

—¡Le has dado friegas al perro con aceite alcanforado! —exclamó su padre, sorprendido—. ¡Qué locura! ¡Como si eso pudiera hacerle algún bien!

—Yo no estoy loca —dijo Jorge—. Al contrario, me he portado con mucho juicio. Timoteo está hoy mucho mejor de la tos. Siento haberme metido en el despacho. Y, por supuesto, no he tocado nada

de lo que hay aquí.

—Jorge, ha ocurrido algo muy serio —dijo su padre mirándola gravemente—. Han roto unos cuantos tubos de ensayo que yo estaba utilizando para hacer unos importantes experimentos. Y, lo que es peor, han desaparecido las hojas más importantes del libro que estoy escribiendo. Prométeme por tu honor que no sabes nada de todo eso.

—No sé nada de todo eso —dijo Jorge mirando a su padre directa y serenamente, con ojos más brillantes y azules que nunca.

Él se convenció en seguida de que Jorge decía la verdad. Ella no tenía la menor idea de nada que se relacionase con el percance ocurrido aquella noche. Entonces, ¿dónde estaban las hojas desaparecidas?

—Jorge: esta noche, a las once, antes de irme a la cama, todo estaba en orden —dijo el padre—. Repasé mi trabajo y lo leí, sobre todo, las hojas esas que son tan importantes para mí. Pero esta mañana habían desaparecido.

—Entonces seguro que las han robado entre las once y la una —dijo Jorge—. Yo estuve aquí desde la una hasta las seis.

—Pero ¿quién puede haberlas robado? —dijo su padre—. La ventana está bien cerrada y segura. Y nadie, salvo yo, podía saber que esas hojas contenían un trabajo de lo más importante para mí. Es algo muy extraordinario.

—El señor Roland sí lo sabía, seguramente —dijo Jorge despacio.

—No pienses cosas raras —dijo su padre—. Aunque hubiera sabido que se trataba de algo muy importante, él nunca hubiera robado nada. Es muy buen amigo mío. Por cierto, esto me recuerda algo que te concierne a ti: ¿por qué no has ido a clase hoy, Jorge?

—Porque no quiero volver a dar clases nunca más con el señor Roland —dijo Jorge—. Se trata, simplemente, de que le odio.

—¡Jorge, no quiero que hables así! —dijo su padre—. ¿Es que quieres que te obligue para siempre a separarte de Timoteo?

—No —dijo Jorge sintiendo cómo le temblaban las piernas—. Y yo pienso que no es nada noble obligarme a hacer cosas con la amenaza de separarme de Timoteo. Si… si lo haces así, creo que me escaparé de casa con él.

No había lágrimas en los ojos de Jorge. Estaba quieta y serena

en la silla mirando a su padre con ojos desafiantes. ¡Era, en verdad, una chica muy difícil y complicada! Su padre suspiró, recordando que él, en su niñez, también había sido calificado de «difícil y complicado». Seguramente Jorge había heredado su carácter. ¡Ella, que, si quisiera, podría ser una chica agradable y simpática, se estaba volviendo de lo más imposible!

El padre no sabía qué resolución tomar con ella. Decidió llamar a su mujer. Se dirigió a la puerta del despacho.

—Quédate ahí. Volveré en seguida. Quiero hablarle de ti a tu madre.

—Por favor, no le cuentes todo esto al señor Roland —dijo Jorge, que tenía la convicción de que el preceptor estaba dispuesto a urdir los más terribles castigos para ella y para Timoteo—. Oh, papá, ten en cuenta que si Timoteo hubiese podido estar en casa toda la noche, durmiendo en mi cuarto como siempre lo hacía, hubiera oído en seguida que alguien había entrado en tu despacho para descubrir tu secreto y habría ladrado fuerte hasta despertar a toda la casa.

Su padre no respondió. Pero sabía perfectamente que lo que decía Jorge era verdad. Timoteo no hubiera permitido que nadie entrase en el despacho. Hubiera sido muy raro que no ladrara si alguien intentase entrar en la casa por la ventana. Pero su perrera la tenía al otro lado de la casa. Era muy posible que no hubiera oído nada.

La puerta se cerró. Jorge quedó tranquilamente sentada en la silla contemplando la repisa de la chimenea donde había un reloj emitiendo su tictac. Se sentía muy desgraciada. ¡Hacía mucho tiempo que todas las cosas le salían mal!

Miró un poco más arriba y pudo ver el entrepaño de madera que había en la pared. Contó los recuadros. Eran ocho. ¿Cuándo había oído ella hablar de ocho recuadros? Ah, claro, cuando intentaban encontrar el camino secreto. Había ocho recuadros dibujados en la vieja tela. ¡Qué lástima que no hubiera en la granja Kirrin ocho recuadros de madera agrupados en cualquier sitio!

Jorge echó una ojeada a la ventana y empezó a considerar la posibilidad de que estuviera orientada al Este. Se acercó para mirar dónde estaba el sol, que ya no entraba en la habitación, aunque sí por la mañana temprano. Seguramente la habitación estaba

orientada al Este. Caramba, caramba, era aquélla una habitación que daba al Este y que tenía ocho recuadros en la pared. ¿Y el suelo? ¿Era de piedra?

El suelo estaba cubierto por una espesa alfombra. Jorge fue a un rincón del despacho. Allí levantó la alfombra por el pico. Pudo ver que el suelo estaba construido con grandes piedras lisas. ¡El suelo del despacho era también de piedra!

Volvió a sentarse en la silla y a contemplar los recuadros de madera, haciendo esfuerzos por recordar cuál de ellos era el que estaba señalado con una cruz en la tela. Pero era tarea inútil. La entrada del camino secreto tenía a la fuerza que estar en la granja Kirrin.

Pero ¿no podía estar, a lo mejor, en «Villa Kirrin»? Cierto que el lienzo que contenía la clave se había encontrado en la granja, pero eso no quería decir que precisamente allí tenía que estar la boca del camino secreto, aun cuando la señora Sanders así lo creía.

Jorge empezó a sentirse excitada.

«Puedo palpar los ocho recuadros hasta topar con el que está señalado en el lienzo con una cruz —pensó—. Seguramente uno de ellos es deslizable».

Cuando empezaba a probar suerte se volvió a abrir la puerta y su padre entró en el despacho. Estaba muy serio.

—He estado hablando con tu madre —dijo—. Está conforme conmigo en que te has comportado muy mal, muy arisca y rebelde. No podemos tolerar que seas así. Debes ser castigada, Jorge.

Jorge miró ansiosamente a su padre. ¡Con tal que no castigasen también a Timoteo…! Pero, por supuesto, no fue así.

—Te irás a la cama ahora mismo para pasarte allí el resto del día, y al perro no lo verás durante tres días —dijo su padre—. Encargaré a Julián que le lleve la comida y que le dé los paseos durante este tiempo. Y si persistes en ser tan rebelde, Timoteo se irá de casa para siempre. En realidad, tengo el temor de que ese perro ejerza sobre ti una mala influencia.

—¡Eso no es verdad, no lo es! —gritó Jorge—. ¡Oh, qué desgraciado va a sentirse sí no me ve durante tres días enteros!

—No tengo nada más que decir —dijo su padre—. Vete en seguida a la cama y reflexiona sobre lo que te he dicho, Jorge. Estoy muy disgustado por tu comportamiento durante estas vacaciones.

Realmente, había creído que el trato con tus primos te había hecho cambiar, pero, por lo que veo, sigues siendo la chica extraña de siempre.

El padre abrió la puerta y Jorge la atravesó muy erguida, con la cabeza enhiesta. Oyó los murmullos de los demás que estaban comiendo. Subió la escalera y se desnudó, metiéndose en seguida en la cama. ¡Qué desgracia más terrible no poder ver a Timoteo durante tres días! ¡Era algo que no podía soportar! Nadie tenía la menor idea de lo que ella quería a Timoteo.

Juana subió al dormitorio con una bandeja y un plato.

—Vaya, señorita, ¡qué pena que tenga que quedarse en la cama! —dijo cariñosamente—. Pero si se porta bien, muy pronto la veremos andar por casa.

Jorge empezó a probar la comida. No tenía nada de apetito. Se echó en la cama y empezó a pensar intensamente en Timoteo y en los ocho recuadros del despacho. ¿Sería posible que los signos del lienzo se refirieran a ellos? Se puso a contemplar la ventana, llena de profundas ideas.

—¡Vaya! ¡Está nevando! —dijo de pronto, incorporándose—. Lo supuse cuando vi esta mañana el cielo tan plomizo. ¡Y nieva fuerte! ¡Seguramente por la noche nevará mucho más todavía! ¡Oh, pobre Timoteo! Espero que Julián se dé cuenta de que la perrera está totalmente desguarnecida contra la nieve y haga algo.

Jorge, en la cama, no hacía más que pensar. Juana volvió y se llevó la bandeja. Nadie más fue a verla. Jorge estaba segura de que a sus primos les habían prohibido subir a verla y hablar con ella. Se sentía sola y desamparada.

Empezó a pensar en las hojas de manuscrito que había perdido su padre. ¿Las habría robado el señor Roland? Al fin y al cabo, él estaba muy interesado con el trabajo de su padre y parecía entender de ello. El ladrón tenía que haber sido alguien que conociera perfectamente dónde estaban aquellas importantes hojas del manuscrito. Era casi seguro que Timoteo habría ladrado si alguien hubiese entrado en el despacho por la ventana, aunque, también era verdad, el can estaba en el extremo opuesto de la casa. Timoteo tenía un oído muy fino.

—Estoy segura de que ha sido alguien que vive en esta casa —dijo Jorge—. De los chicos nadie ha sido, eso es seguro. Y tampoco

mamá ni Juana. Sólo puede haber sido el señor Roland. Y, además, yo lo descubrí la otra noche en el despacho cuando Timoteo me despertó con sus gruñidos.

Se sentó de pronto en la cama.

«¡Claro! El señor Roland se empeña en que el perro no viva en la casa porque piensa volver a hacer una incursión por el despacho y tiene miedo de que despierte a todo el mundo con sus ladridos —pensó—. No quiso de ninguna manera que volviera a entrar, aun cuando mi padre y todos compartían mi deseo. ¡Estoy segura de que el señor Roland es el ladrón! ¡Ya lo creo que estoy segura!»

La muchachita se sentía muy excitada. ¿Era posible que el señor Roland hubiera robado las hojas del manuscrito y roto los tubos de ensayo? ¡Cómo echaba de menos a sus primos! ¡Cuántas ganas tenía de hablar con ellos un rato sobre todas estas cosas!

Capítulo 13

Julián se lleva una sorpresa

Los chicos estaban echando mucho de menos a Jorge. Tío Quintín les había prohibido subir a su cuarto para verla.

—Unas cuantas horas de meditación tal vez mejoren su carácter —dijo.

—¡Pobre Jorge! —dijo Julián—. ¡Qué desgraciada es! ¡Anda, fijaos cómo nieva!

La nieve caía abundantemente. Julián se acercó a la ventana y contempló el paisaje.

—Tengo que salir al jardín y ver cómo lo pasa Timoteo —dijo—. No quisiera que el pobre se helara. Supongo que estará perplejo, preguntándose qué es la nieve.

Timoteo estaba, en verdad, perplejo, contemplando cómo iba cubriéndose todo de una capa blanca. Se sentó en la perrera sin dejar de observar la caída de los copos. Se sentía muy desgraciado. ¿Por qué tenía él que estar en esa perrera, muerto de frío? ¿Por qué no venía Jorge a recogerlo? ¿Es que su amita ya no le quería? El perrazo estaba abatido: tan abatido como Jorge.

Se alegró mucho de ver a Julián. Dio un salto y se abalanzó sobre él, lamiéndole la cara.

—¡Buen perro! —dijo Julián—. ¿Te encuentras bien? Ahora voy a limpiarte esto de nieve y ponerte la perrera en otra dirección para que no se metan dentro los copos. Así, ¿ves?, está mejor. No, muchacho, no nos vamos de paseo. Al menos, por ahora.

El chico le dio unas palmaditas cariñosas y le prodigó otras carantoñas, pero en seguida volvió a meterse en la casa.

—¡Julián! El señor Roland va a salir él solo a dar un paseo. Tía

Fanny está dedicada a sus ocupaciones y tío Quintín trabajando en el despacho. ¿No podemos aprovechar la ocasión para subir y hacerle a Jorge una visita?

—Nos lo han prohibido —dijo Julián, dubitativo.

—Ya lo sé —dijo Dick—. Pero valdría la pena de arriesgarnos con tal de darle una alegría a Jorge. Debe de ser terrible para ella tener que estar metida en la cama sabiendo, además, que no podrá ver a Timoteo durante varios días.

—Será mejor que vaya yo solo, que soy el mayor —dijo Julián —. Vosotros dos quedaos en el cuarto de estar y charlad. Así tío Quintín creerá que estamos todos reunidos abajo. Voy arriba un momento a ver a Jorge.

—Muy bien —dijo Dick—. Dile que no la olvidamos, ni a ella ni a Timoteo.

Julián subió silenciosamente la pequeña escalera. Abrió la puerta del cuarto de Jorge y se introdujo en él, cerrándola luego tras sí. Pudo ver a Jorge sentada en la cama y mirándolo agradablemente sorprendida.

—¡Sssssss! —dijo Julián—. Nadie sabe que he venido aquí.

—¡Oh, Julián! —dijo Jorge alegremente—. ¡Cómo me alegra que hayas venido! Me encontraba muy sola. Siéntate aquí, en la cama. Así, si oímos que alguien de pronto se acerca te podrás esconder debajo.

Julián se sentó en la cama. Jorge empezó en seguida a ponerlo al corriente de todo lo que había estado pensando.

—¡Estoy segura de que el señor Roland es el ladrón! ¡Ya lo creo que estoy segura! Por favor, Julián, no te creas que te digo eso porque le odio. No es por eso. Al fin y al cabo, yo lo vi una tarde registrando el despacho y luego otra vez, a medianoche. Seguramente se enteró de que mi padre estaba haciendo un trabajo importante y decidió robar las hojas manuscritas. Le ha venido como anillo al dedo que necesitásemos un preceptor. Estoy segura de que él es quien ha robado las hojas y de que se opone a que Timoteo viva en la casa para poder seguir haciendo sus fechorías sin que el perro pueda oírle y despertar a los demás.

—Oh, Jorge, creo que te equivocas —dijo Julián, que no podía soportar la idea de que el preceptor pudiera hacer cosas así—. Todo eso que dices son fantasías increíbles.

—Ocurren montones de cosas increíbles —dijo Jorge—. Montones. Y ésta es una de ellas.

—Bien. Si es cierto que el señor Roland robó las hojas, éstas deben de estar en algún lugar de la casa —dijo Julián—. Él no ha salido en todo el día. Seguramente las tiene en su dormitorio.

—¡Desde luego! —dijo Jorge, excitadísima—. ¡Qué ganas tengo de que se vaya un rato! Entonces podré registrar su dormitorio.

—Jorge, tú no harás eso —dijo Julián, molesto.

—Lo que a ti te ocurre, sencillamente, es que no sabes las cosas que soy capaz de hacer si se me mete en la cabeza hacerlas —dijo Jorge, contrayendo firmemente los labios—. Oh, ¿qué es ese ruido?

Había sonado un portazo. Julián se dirigió cautelosamente a la ventana y miró fuera. En aquel momento había cesado de nevar y el señor Roland había aprovechado la ocasión para salir de la casa.

—Es el señor Roland —dijo Julián.

—¡Oooooh!, yo podría ahora mismo registrar su habitación si tú te quedas en la ventana vigilando para avisarme si regresa —dijo Jorge destapándose.

—No, Jorge, no lo hagas —dijo Julián—. Te lo digo de verdad: no está bien registrar el dormitorio de una persona así como así. Y, de todos modos, me atrevería a decir que, si es que robó las hojas, se las ha llevado consigo ahora. Seguramente ha ido a entregárselas a alguien.

—No se me había ocurrido —dijo Jorge mirando a Julián con los ojos muy abiertos—. Qué contrariedad. Por supuesto que posiblemente eso es lo que ha ido a hacer. Él conoce a los artistas de la granja Kirrin. Seguramente están complicados también en el asunto.

—Oh, Jorge, no seas tonta —dijo Julián—. Estás haciendo una montaña de un granito de arena, hablando de «complots» y de lindezas por el estilo. Cualquiera diría que estamos metidos de lleno en una aventura de lo más extraordinaria.

—Pues bien: yo estoy segura de que es así —dijo Jorge inesperadamente y con acento solemne—. ¡Tengo la impresión de que estamos metidos en una gran aventura!

Julián miró a su prima detenidamente. ¿Era posible que fuera verdad lo que acababa de decir?

—Julián: ¿quieres hacer algo por mí? —pidió Jorge.

—Desde luego —dijo el muchacho rápidamente.

—Sal de casa y sigue al señor Roland —dijo Jorge—. No dejes que él te vea. Hay en el armario del vestíbulo un impermeable blanco. Póntelo, que no será fácil distinguirte así entre la nieve. Síguelo y comprueba si se reúne con otras personas y les entrega alguna cosa que puedan ser los papeles que han desaparecido. Los podrás distinguir bien. Son muy grandes.

—Está bien —dijo Julián—. Lo haré. Pero, a cambio, prométeme que no registrarás el dormitorio del señor Roland. Esas cosas no se deben hacer, Jorge.

—Yo las debo hacer —dijo Jorge—. Pero no haré nada si es que por mí resuelves seguir los pasos del señor Roland. Estoy segura de que lo que ha robado se lo entregará a sus cómplices. ¡Y estoy segura también de que esos cómplices no son otros que los dos artistas que simulaban no haberlo conocido nunca!

—Ya verás como te equivocas —dijo Julián dirigiéndose a la puerta—. Y, de todas formas, no creo que pueda seguir los pasos al señor Roland, porque hace ya lo menos cinco minutos que se ha marchado.

—No seas tonto. Podrás seguirlo muy bien. Habrá dejado sus huellas en la nieve —dijo Jorge—. Oh, Julián, había olvidado decirte lo más interesante. Pero, querido, ahora no hay tiempo ya. Te lo diré cuando regreses, si es que vuelves a tiempo. Se trata del «camino secreto».

—¿De veras? —dijo Julián, entusiasmado. Había constituido para él una gran decepción no haber podido hasta entonces averiguar nada sobre el particular—. Está bien. Haré lo posible por regresar pronto. Si no vuelvo en seguida, no te apures: aunque sea a la hora de acostarnos, seguro que regresaré.

Se dirigió a la puerta y la cerró, desapareciendo tras ella. Bajó la escalera y asomó la cabeza al cuarto de estar, donde encontró a los demás y les dijo que se disponía a seguir los pasos del señor Roland.

—Más tarde os diré por qué —dijo.

Se puso el impermeable y salió al jardín. Estaba comenzando a nevar de nuevo, pero no tan fuerte como para que se hubieran borrado las huellas del señor Roland. Éste se había puesto para su excursión unas grandes botas «Wellington» y sus huellas estaban bien marcadas sobre la nieve, que formaba una capa de seis

pulgadas de espesor.

El muchacho empezó a seguirlas andando muy aprisa. El campo tenía un aspecto auténticamente invernal. La nieve era muy densa y espesa y, al parecer, iba a nevar mucho más todavía. Siguió corriendo tras las huellas, pero del preceptor no había ni señal.

Por todo el helado camino se distinguía la doble hilera de las huellas. Julián empezaba a desalentarse. De repente oyó voces y se detuvo. Había allí un gran matorral de genista y las voces procedían, al parecer, del otro lado. El muchacho se acercó al matorral. Oyó la voz del preceptor hablando bajo. No podía entender ninguna palabra de las que decía.

«¿A quién podrá estar hablando?», pensó.

Se adentró entre el matorral por un hueco que, aunque a propósito, era bastante espinoso. Julián pensó que a través de ese hueco podía llegar hasta el otro lado del matorral. Apartó las punzantes ramas con gran cuidado y, una vez en el otro lado, vio, ante su asombro, al señor Roland hablando con los dos artistas de la granja Kirrin. ¡El señor Thomas y el señor Wilton! Pues Jorge tenía razón. El preceptor se había ido a reunir con ellos y, según veía Julián, le entregaba en aquel momento un paquete de hojas dobladas al señor Thomas.

«Parecen iguales que las que usa tío Quintín para escribir —se dijo Julián a sí mismo—. A fe que es un asunto extraño. Empieza a parecerme que se trata de un “complot” en el que el señor Roland es el centro».

El señor Thomas se metió los papeles en el bolsillo de su abrigo. Musitó después unas palabras que los aguzados oídos de Julián no pudieron captar, y luego los artistas se marcharon, dirigiéndose a la granja Kirrin. El señor Roland retrocedió por la senda que llevaba al camino principal. Julián se agazapó lo más que pudo dentro de su espinoso escondite de genista, confiando en que el preceptor no volviese la cara y lo descubriese. Afortunadamente no ocurrió así. Siguió rectamente su camino y desapareció entre la nieve, que ahora caía en gran abundancia. El tiempo empezaba a ponerse oscuro y Julián, incapaz casi de distinguir el camino, corrió veloz tras el señor Roland, atemorizado ante la idea de perderse en medio de la tempestad de nieve.

El señor Roland también procuraba por todos los medios llegar

cuanto antes a la casa. Virtualmente, corría hacia «Villa Kirrin». Por fin llegó a la puerta del jardín y Julián lo vio como se dirigía a la casa. Necesitaba dar tiempo al preceptor para que se quitara el impermeable y las botas. Le dio un golpecito a Timoteo mientras pasaba junto a él y por fin se introdujo, a su vez, en «Villa Kirrin». Se quitó su indumentaria de nieve y se metió rápidamente en el cuarto de estar, antes de que el señor Roland pasase por allí camino de su dormitorio.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntaron Dick y Ana al ver a Julián en un estado de gran excitación. Pero no pudo decirles nada, porque en aquel momento llegaba Juana para servir el té.

Ante la gran decepción de Julián, no pudo decir nada a los demás en todo el resto de la tarde, porque los mayores, uno u otro, estaban siempre con ellos en la habitación. Tampoco podía ir a ver a Jorge. Le costaba mucho trabajo aguantarse sin decir nada pero, quisiera o no, tenía que hacerlo.

—¿Está nevando todavía, tía Fanny? —preguntó Ana.

Su tía fue a la puerta y miró fuera. ¡La nieve había sobrepasado la altura del escalón de la entrada!

—Sí —dijo al volver—. Está nevando una enormidad. Si sigue nevando así vamos a quedar bloqueados como ocurrió hace dos años. Estuvimos sin poder salir de casa durante cinco días. Ni el lechero ni el panadero podían venir. Afortunadamente teníamos leche condensada en gran cantidad, y el pan lo hice yo misma. ¡Pobres chicos! Seguramente mañana no podréis ir de paseo. ¡Nieva mucho!

—¿También quedaría bloqueada por la nieve la casa de la granja Kirrin? —preguntó el señor Roland.

—Oh, sí, y más que esta casa —dijo tía Fanny—. Pero eso no preocupa a los granjeros. Tienen provisiones en abundancia. ¡Quedarían bloqueados más días que nosotros!

Julián empezó a hacer cábalas sobre por qué había hecho esa pregunta el señor Roland. ¿Estaría preocupado por si sus dos amigos no iban a poder salir a enviar por correo los papeles a algún sitio o tomar un autobús o un coche para el mismo menester? El muchacho estaba convencido de que ésa era la razón por la cual el señor Roland había hecho la pregunta. El tiempo se le hacía larguísimo, buscando una manera de decir a los demás lo que sabía.

—Estoy cansado —dijo alrededor de las ocho—. ¿Puedo acostarme ya?

Dick y Ana lo miraron atónitos. Normalmente, como él era mayor, era el último en irse a la cama. ¡Y esta noche, antes de que nadie se fuera a acostar, él estaba pidiendo permiso para hacerlo! Julián les guiñó un ojo y ellos empezaron a comprender. Dick dio un enorme bostezo y Ana hizo lo mismo. Su tía soltó la prenda que estaba cosiendo.

—¡Parecéis muy cansados! —dijo—. Creo que será mejor que os vayáis todos a la cama.

—¿Puedo ir antes fuera a echar un vistazo a Timoteo a ver si está bien? —preguntó Julián.

Su tía asintió con un gesto. El muchacho se puso el impermeable y las botas y salió de la casa. La nieve estaba ya bastante alta y casi cubría la perrera de Timoteo. El can había escarbado en la parte que daba a la puerta y había hecho un hoyo, desde donde observaba a Julián cuando éste salió.

—Pobre viejo, tener que pasar la nevada aquí solo —dijo Julián.

Le dio al perro unos golpecitos y éste empezó a gimotear. Estaba pidiendo a Julián que lo dejara volver con él a casa.

—Yo bien lo quisiera —dijo Julián—. Pero no puede ser, Timoteo. Mañana vendré otra vez a verte.

Volvió a la casa. Los chicos dieron las buenas noches a su tía y al señor Roland y se dirigieron a la escalera.

—¡Desnudaos rápido! ¡Poneos las batas y vamos al cuarto de Jorge! —susurró Julián a los otros—. Y nada de hacer ruido, no vaya a ser que suba tía Fanny. ¡Venga, rápido!

Antes de que transcurrieran tres minutos los chicos se habían desnudado y estaban con sus batas en la cama de Jorge. Ella estaba muy contenta de verlos. Ana se metió en la cama con ella, porque tenía mucho frío.

—Julián, ¿cómo ha ido la persecución del señor Roland? —preguntó Jorge.

—¿Por qué lo has seguido? —dijo Dick, que no tenía la menor idea del asunto.

Julián contó lo más rápidamente que pudo todo lo que Jorge había sospechado y cómo se había puesto a seguir al preceptor, y lo que había visto después. Cuando Jorge oyó a Julián decir que el

preceptor le dio un paquete de hojas de papel a los artistas, sus ojos fulguraban de indignación.

—¡El muy ladrón! Aquéllas serán seguramente las hojas que ha robado. ¡Y pensar que papá es tan amigo suyo…! Oh ¿qué podríamos hacer? Esos hombres se llevarán las hojas lo más pronto que puedan, con todo el tiempo que le ha costado a papá escribirlas, y su secreto acabará siendo descubierto, probablemente para utilizarlo en un país extranjero.

—No podrán llevarse los papeles —dijo Julián—. No tienes idea de cómo está nevando, Jorge. Nosotros tendremos que estar aquí sin poder salir de casa durante varios días y lo mismo les pasará a los que viven en la granja Kirrin. Probablemente esconderán los papeles en algún sitio de la casa. Si nosotros pudiéramos de algún modo llegar hasta allí y registrarlo todo…

—No podemos de ninguna manera —dijo Dick—. Acabaría llegándonos la nieve al cuello.

Los cuatro se miraron unos a otros con cierto aire de tristeza. Dick y Ana difícilmente podían creer que el simpático señor Roland fuese un ladrón —quizás un espía— dedicado a sustraer un secreto científico a un amigo suyo. Pero, sea como fuere, ellos no podían impedirlo.

—Quizá sea mejor que se lo digas a tu padre —dijo Julián al final.

—No —dijo Ana—. Él no se lo creerá, ¿verdad, Jorge?

—Se reiría de nosotros y se iría directamente a decírselo al señor Roland dijo Jorge. Porque ello significaría que yo le quería dar un consejo y él no admite consejos de nadie.

—¡Sssssssss! Viene tía Fanny —dijo Dick de pronto. Los chicos salieron rápidamente del cuarto y se metieron en la cama. Ana salió de la de Jorge y en un momento estuvo acostada en la suya. Todo era paz y tranquilidad cuando tía Fanny entró en el dormitorio.

Les dio las buenas noches y los arropó. Tan pronto como se hubo marchado, los chicos estaban otra vez reunidos en el cuarto de Jorge.

—Jorge, cuéntanos ahora lo que tenías que decir sobre el camino secreto —dijo Julián.



—Oh, sí —dijo Jorge—. Claro que a lo mejor lo que yo he pensado es una tontería, pero es el caso que allá abajo en el despacho, hay ocho recuadros en el entrepaño de la pared y, además, el suelo es de piedra ¡y la habitación está orientada al Este! Una serie de coincidencias, ¿verdad? Justo lo que decían aquellas instrucciones de la tela antigua.

—¿Hay allí también un armario? —preguntó Julián.

—No, pero sí todo lo demás. Yo me pregunto si no será que la boca del camino secreto está en el despacho y no en la granja. Al fin y al cabo, las dos cosas forman una sola propiedad, como sabes.

—¡Estupendo, Jorge! ¡Tal vez tengas razón! A lo mejor la entrada al camino secreto está en esta casa. ¿No es maravilloso? —dijo Dick—. Vamos rápido al despacho a ver si encontramos algo.

—No seas tonto —dijo Julián—. ¿Es que quieres que nos metamos en el despacho, ahora que está allí tío Quintín trabajando? ¡Prefiero enfrentarme con veinte leones antes que con el tío! Sobre todo, después de lo que le ha ocurrido.

—Bueno, nosotros tenemos simplemente que averiguar si lo que dice Jorge es cierto. Se trata únicamente de que tenemos que averiguarlo —dijo Dick olvidándose de hablar en voz baja.

—¡Calla, idiota! —dijo Julián dándole un golpe—. ¿Es que te has propuesto que toda la casa suba y se meta aquí?

—Lo siento —dijo Dick—. Pero, caramba, todo esto es muy interesante. Es una nueva aventura.

—Tal como yo había dicho —dijo Jorge ávidamente—. Escuchad: podemos esperar hasta medianoche, cuando todos estén ya dormidos, para bajar y meternos en el despacho. ¿Os parece que probemos suerte? A lo mejor mi idea es equivocada, pero tenemos que comprobarlo. Creo que no podré dormir ya hasta que no comprobemos si uno de los ocho recuadros que hay encima de la chimenea se mueve.

—Yo tampoco podré pegar ojo —dijo Dick—. Oíd: ¿no sube alguien? ¡Vámonos, Julián! Volveremos aquí a medianoche y bajaremos luego al despacho para ver si Jorge tiene razón.

Los dos chicos fueron a su dormitorio. Ninguno de los cuatro podía dormir, sobre todo Jorge. Estaba boca arriba en la cama, despierta, y dándole vueltas y más vueltas a todo lo que había ocurrido desde las vacaciones.

«Es un terrible rompecabezas —pensó—. Al principio no entendía nada, pero ahora parece que las piezas van encajando entre ellas».

Capítulo 14

El Camino Secreto por fin

Los cuatro chicos empezaron a deslizarse escaleras abajo en la oscura noche. Ninguno de ellos hacía el menor ruido. Se metieron en el despacho. Jorge cerró tras sí la puerta con mucho cuidado y encendió la luz.

Lo primero que hicieron fue dirigir la vista a los ocho recuadros que había en el entrepaño de encima de la chimenea. Sí: eran exactamente ocho. Cuatro en una fila y cuatro en la fila de abajo. Julián sacó la vieja tela, la extendió sobre la mesa y todos se pusieron a examinarla.

—La cruz está en medio del segundo recuadro en la fila de arriba —dijo Julián en voz baja—. Voy a intentar correrlo. ¡Esperaos vosotros!

Se dirigió a la chimenea. Los otros le siguieron, con los corazones latiendo apresurados y muy excitados. Julián palpó y comprimió hacia el centro del segundo recuadro. Nada ocurrió.

—¡Aprieta más fuerte! ¡Golpéalo! —dijo Dick.

—No me atrevo a hacer mucho ruido —dijo Julián pasando los dedos sobre el entrepaño para ver si había alguna rugosidad indicadora de un resorte o palanca escondidos.

De pronto, bajo sus manos, el recuadro se deslizó suavemente, lo mismo que había ocurrido en el vestíbulo de la granja Kirrin. Los chicos se sintieron entusiasmados.

—No es lo suficientemente grande para poder meternos dentro —dijo Jorge—. No puede ser la entrada del camino secreto.

Julián sacó una linterna del bolsillo de su bata, iluminó la cavidad que el recuadro había dejado al descubierto y profirió una

exclamación en voz baja.

—Hay una especie de palanca con un grueso alambre atado a ella. Voy a tirar a ver qué ocurre.

Tiró, pero no tenía fuerza suficiente para mover la palanca, que parecía estar clavada en la pared. Dick empezó a ayudar a su hermano.

—Se está moviendo algo —dijo Julián—. ¡Vamos, Dick, tira fuerte!

De pronto la palanca se separó de la pared, haciendo mover el alambre. Al mismo tiempo un inefable ruido se produjo debajo de la alfombra, enfrente mismo de la chimenea. Ana por poco se desmaya.

—¡Julián! ¡Hay algo debajo de la alfombra que se mueve! —dijo, aterrorizada—. ¡Lo estoy notando! ¡Debajo de la alfombra, rápido!

La palanca no se podía separar ya más de la pared. Los chicos dejaron de tirar y miraron al suelo. Enfrente de la chimenea, bajo la alfombra, algo se había movido. No había duda de ello: la alfombra, en lugar de estar estirada, se había combado.

—Una piedra del suelo se ha movido —dijo Julián con voz altamente excitada—. Debe de estar en contacto con el alambre y la palanca de aquí. ¡Rápido! ¡Levantad la alfombra y arrolladla!

Con manos temblorosas los chicos empezaron a enrollar la alfombra. Al fin vieron lo que había pasado. Una gran piedra lisa de las que formaban el suelo había salido de su sitio, empujada de algún modo por el alambre que estaba atado a la palanca de detrás del recuadro de la pared. En el lugar donde la piedra estaba antes se veía ahora un espacio oscuro.

—¡Mirad esto! —exclamó Jorge en un excitado susurro—. ¡Es la boca del camino secreto!

—¡Estaba aquí, al fin! —exclamó Julián.

—¡Vamos adentro! —dijo Dick.

—¡No! —dijo Ana, temblando ante la idea de tener que meterse por aquel negro agujero.

Julián encendió la linterna y enfocó el oscuro espacio. La piedra, al deslizarse, había dejado espacio suficiente para que por él pudiera pasar una persona.

—Supongo que esto será una vía subterránea que termina fuera

de la casa —dijo Julián—. ¡Caramba, qué ganas tengo de averiguarlo!

—Pues es muy sencillo —dijo Jorge—. Averigüémoslo.

—No ahora —dijo Dick—. Está muy oscuro y debe de hacer mucho frío ahí dentro. No tengo ganas de meterme por el camino secreto a medianoche. No es que no esté deseando explorarlo, pero vale más que lo dejemos para mañana.

—Tío Quintín se pondrá a trabajar aquí mañana —dijo Julián.

—Él dijo que la mañana la iba a dedicar a despejar de nieve la puerta principal —dijo Jorge—. Podemos aprovechar la oportunidad para meternos en el despacho. Es sábado. No tendremos que dar clases.

—Está bien —asintió Julián, resignado. Tenía unas ganas enormes de explorar el camino en aquel mismo instante—. Pero ¡por Dios bendito! ¡Dejadme al menos que eche una ojeada a ver si se trata, en realidad, de un camino secreto! ¡Hasta ahora lo único que sabemos es que detrás de la piedra hay una cavidad!

—Yo te ayudaré a entrar —dijo Dick.

Le dio a su hermano la mano para que se apoyara y Julián se introdujo ágilmente dentro de la cavidad, con la linterna encendida. A poco, profirió una fuerte exclamación.

—¡Esto es, desde luego, la boca del camino secreto! De aquí sale un pasadizo que va por debajo de la casa. Es muy estrecho y está muy abajo. Pero puedo ver que se trata de un pasadizo. ¡Cómo me gustaría saber a dónde lleva!

Se estremeció. Hacía allí dentro mucho frío y humedad.

—Acerca la mano, que voy a subir —le dijo a Dick. Pronto estuvo de nuevo en el caldeado despacho.

Los chicos se miraron unos a otros llenos de contento y excitación. Tenían ante ellos una aventura. ¡Una verdadera aventura! Era una lástima que no pudieran meterse de lleno en ella a aquellas horas.

—Procuraré traer mañana con nosotros a Timoteo —dijo Jorge —. ¡Oh!, por cierto, ¿cómo vamos a cerrar la boca del túnel cuando estemos todos dentro?

—No podemos dejar la alfombra arrollada junto a la boca —dijo Dick—. Ni tampoco podemos dejar abierto el recuadro de la pared.

—Veré si hay alguna manera de volver la piedra a su sitio —dijo

Julián.

Se dirigió a la cavidad de la pared y palpó por todos sitios con los dedos. Al final encontró una gran prominencia, la que comprimió fuertemente. Entonces la palanca que primero había manipulado volvió al sitio de antes, impulsada por el alambre. Mientras tanto, la piedra se había deslizado otra vez por el suelo, produciendo un ruido extraño.

—¡Caramba, parece cosa de magia! —dijo Dick—. ¡Realmente lo es! Es fantástico que todo este mecanismo funcione a las mil maravillas después de los años que hace que nadie lo maneja. ¡Es la cosa más maravillosa que he visto en mi vida!

Se oyó un ruido procedente de la habitación de encima. Los chicos quedaron en silencio y aguzaron el oído.

—¡Es el señor Roland! —dijo Dick—. Nos ha oído. ¡Rápido! ¡Hay que meterse en la cama antes de que pueda vernos!

Apagaron la linterna y cerraron cuidadosamente la puerta del despacho. Se deslizaron luego escalera arriba con un asombroso silencio y latiéndoles tan fuerte y rápidamente el corazón, que parecía que sus latidos tendrían que oírse por toda la casa. Las chicas pronto estuvieron seguras en su dormitorio, lo mismo que Dick en el suyo. Pero no tuvo la misma suerte Julián, el cual fue visto por el señor Roland cuando, con la linterna en la mano, iba a entrar en el dormitorio.

—¿Qué haces por aquí, Julián? —preguntó el preceptor con aire sorprendido—. ¿Es que has oído algún ruido extraño? Por supuesto, yo sí que lo he oído.

—Sí, he oído varios ruidos raros por allí abajo —dijo Julián sin mentir—. Pero quizá la causa del ruido sea la nieve que empieza a caer del tejado al suelo, ¿no le parece?

—No lo creo —dijo el preceptor, dubitativo—. Iremos abajo a mirar.

Fueron abajo, pero, desde luego, no había nada que ver. Julián se alegró una enormidad de haber descubierto la manera de volver la piedra a su sitio. El señor Roland era la última persona a que hubiera querido ver descubriendo el secreto.

Volvieron arriba y Julián pudo meterse en la cama.

—¿Ha ido bien todo? —preguntó Dick.

—Sí —dijo Julián—. Pero no hablemos ahora. El señor Roland

anda por ahí despierto y no quiero que sospeche nada.

Acabaron durmiéndose. Cuando despertaron por la mañana pudieron ver que todo alrededor de la casa estaba blanco. Había nevado abundantemente y la nieve lo cubría todo bajo una espesa capa. ¡No podía verse la perrera de Timoteo! Sin embargo, había huellas de zarpas a su alrededor.

Jorge profirió un grito cuando vio cuánto había nevado.

—¡Pobre Timoteo! Voy a ir ahora mismo a recogerlo y meterlo en la casa. ¡Me importa un comino lo que vayan a decirme! ¡No quiero que acabe enterrado bajo la nieve!

Se vistió y salió corriendo escalera abajo. Se dirigió a la perrera. La nieve le llegaba a las rodillas. Pero ¡Timoteo no estaba allí!

Un fuerte ladrido procedente de la cocina la hizo dar un salto. Juana, la cocinera, estaba dando golpes en la ventana, llamándole la atención.

—¡Está muy bien! ¡No podía soportar verlo entre la nieve y me lo he traído a la cocina, pobrecito! Tu madre me dijo que podía meterlo en la cocina, con la condición de que no vinieses a verlo.

—¡Oh, qué bien! ¡Timoteo ya no pasa frío! —dijo Jorge muy contenta.

Le gritó a Juana:

—¡Muchísimas gracias! ¡Es usted muy buena!

Volvió a la casa y les contó a los demás lo que había ocurrido. Todos se sintieron enormemente satisfechos.

—Y nosotros tenemos también una porción de noticias que darte —dijo Dick—. El señor Roland está en cama con un fuerte resfriado. Hoy no nos podrá dar clases. ¡Hurra!

—Caramba, eso sí que es una buena noticia —dijo Jorge sintiéndose tremendamente animada—. Timoteo en la cocina, calentándose, y el señor Roland, en la cama. ¡La cosa no puede ir mejor!

—Ahora podremos explorar el camino secreto sin ningún peligro —dijo Julián—. Tía Fanny tiene que pasarse la mañana en la cocina ayudando a Juana, y tío Quintín piensa dedicarse a despejar de nieve la puerta principal. Creo que lo mejor que podemos hacer es decirles a los mayores que vamos a darnos clases nosotros mismos, y entonces, cuando veamos que cada uno de ellos está en su tarea, iremos tranquilamente a explorar el camino secreto.

—Pero ¿por qué tenemos que estudiar y dar clase? —dijo Jorge, desalentada.

—Tonta, porque si no lo hacemos, nos harán ir a ayudar a tu padre a despejar la nieve —dijo Julián.

O sea que, ante la sorpresa de su tío, Julián le propuso pasarse la mañana con los demás en el cuarto de estar dándose clases mutuamente.

—Bueno, yo había pensado que quizás os gustase más ayudarme a quitar la nieve, pero tal vez sea mejor que os pongáis a estudiar.

Los chicos se sentaron todos con sus libros de estudio alrededor de la mesa en el cuarto de estar, con aire muy aplicado. Oyeron al señor Roland tosiendo en su cuarto. Oyeron también a su tía dirigirse a la cocina y empezar a hablar con Juana. Oyeron también a Timoteo dando zarpazos en la puerta de la cocina. Luego, inesperadamente, pudieron oír sus pasos a través del pasillo. Después, un enorme e imperativo ruido en la puerta y, por fin, ¡allí apareció triunfante el viejo amigo Timoteo, con su ansiosa mirada clavada en su querida amita!

—¡Timoteíto! —gritó Jorge corriendo junto a él.

Extendió los brazos alrededor del cuello del can y lo abrazó fuertemente.

—Parece como si hiciera un año que no lo ves —dijo Julián.

—A mí me ha parecido un año todo este tiempo —dijo Jorge—. Por cierto: mi padre está inmerso en la tarea de quitar nieve. ¿No podríamos ir ya al despacho? Estoy segura de que nadie nos descubrirá. Tenemos mucho tiempo por delante.

Dejaron el cuarto de estar y se dirigieron al despacho. Poco después estaba Julián tirando de la palanca del recuadro secreto. Jorge ya había arrollado la alfombra. La piedra volvió a apartarse. ¡El Camino Secreto estaba otra vez abierto!

—Metámonos —dijo Julián—. ¡Rápido!

Se metió en el agujero. Dick le siguió. Detrás iba Ana y, por último, Jorge. Julián los condujo en seguida al estrecho y profundo pasadizo que había descubierto la noche antes. Luego se detuvo y miró hacia arriba. Quizás hubiera sido mejor haber dejado extendida la alfombra sobre el suelo, por si a alguien se le ocurría ir al despacho. Tardó pocos segundos en cumplir el cometido. Luego regresó y se reunió con los demás dentro del pasadizo. ¡Por fin iban

a explorar el Camino Secreto!

Capítulo 15

Interesantes exploraciones y descubrimientos

Timoteo se metió de un salto en el agujero después que lo hubo hecho Jorge. Empezó a correr delante de todos, entregándose voluntariamente a la difícil tarea de explorar un sitio misterioso, oscuro y frío. Las linternas que llevaban Julián y Dick iluminaban ampliamente el camino que tenían delante.

Por lo pronto, no había nada particularmente interesante. El Camino Secreto discurría bajo la casa, estrecho y profundo, tan estrecho, que los chicos se veían obligados a andar en fila india y a encorvarse a cada momento. Sintieron todos un gran alivio cuando el pasadizo empezó a ensancharse y el techo a ser más alto. Era, en verdad, muy cansado tener que andar encorvado tanto tiempo.

—¿Tienes formada alguna opinión sobre a dónde conduce el Camino Secreto? —preguntó Dick a Julián—. ¿Terminará, tal vez, junto al mar?

—Nada de junto al mar —dijo Julián, que tenía muy buen sentido de orientación—. Por lo que creo, nos estamos dirigiendo directamente a la carretera principal. Fíjate en las paredes: están llenas de arena y, como sabes, en la carretera hay arena en abundancia. Espero que la arena no llegue a acumularse demasiado en algún sitio y nos interrumpa el paso.

Siguieron caminando. El Camino Secreto era recto, aun cuando en ocasiones formaba alguna curva para sortear partes rocosas.

—¡Qué oscuro y frío está todo! —dijo Ana, tiritando—. Me alegro de haberme traído el abrigo. ¿Cuántas millas hemos hecho ya, Julián?

—Ni una sola, tonta —dijo Julián—. ¡Hola! Fijaos allí. La arena

parece que impide el paso.

Las dos linternas enfocaron el camino que tenían delante y los chicos pudieron ver a su luz que un gran montón de arena había caído del techo. Julián empezó a dar puntapiés en la arena.

—No es nada de particular. Despejaremos fácilmente el camino. No hay demasiada arena y, además, está muy blanda. Voy a seguir dando puntapiés.

Después de un buen rato de puntapiés empezó a despejarse el camino. El montón de arena había dejado en su parte alta un resquicio por donde los chicos podían pasar, aun cuando muy estrechamente y procurando tener las cabezas bien gachas, no fueran a darse un golpe contra el techo del túnel. Julián, una vez arriba, iluminó con su linterna el camino que había a continuación y pudo ver que estaba despejado.

—¡Ahora el Camino Secreto se ensancha enormemente! —dijo de pronto enfocando a los otros con su linterna.

—Casi parece una habitación —dijo Jorge—. Fijaos, ahí hay una especie de banco labrado en la roca. Podríamos descansar un rato en él.

Jorge tuvo una buena idea. Estaban todos muy cansados de su largo recorrido a través del estrecho pasadizo. La especie de habitación con su singular banco era en realidad un lugar muy agradable para descansar. Los extenuados chicos, muertos de frío pero muy entusiasmados, se apretujaron unos contra otros en el extraño asiento. Timoteo apoyó la cabeza en la rodilla de Jorge. Estaba satisfechísimo de estar de nuevo con ella.

—Bueno, vamos a seguir —dijo Julián al cabo de pocos minutos —. Me estoy muriendo de frío. Tengo unas enormes ganas de averiguar dónde termina este pasadizo.

—Julián, ¿no crees que debe de terminar precisamente en la casa de la granja Kirrin? —dijo Jorge de pronto—. Acuérdate de que lo dijo la señora Sanders: que había un pasaje secreto que salía de la granja y que conducía a un lugar que ella ignoraba. Pues yo creo que el pasadizo debe de ser éste y que el otro extremo lo tiene en la granja Kirrin.

—¡Jorge! ¡Creo que tienes razón! —exclamó Julián—. Claro, las dos casas forman una misma propiedad. Y antiguamente las casas solían tener pasadizos secretos que las comunicaban unas con otras.

¿Por qué no se me habrá ocurrido a mí antes?

—¡Anda! —dijo Ana dando un fuerte grito—. ¡A mí también se me ha ocurrido algo!

—¿El qué? —preguntaron todos a una.

—Pues que si esos artistas tienen en su poder las hojas del cuaderno de tío Quintín, nosotros podríamos muy bien recuperarlas antes de que las lleven al correo o a cualquier otro sitio —dijo Ana, tan excitada por la idea que había tenido, que apenas podía pronunciar palabra—. ¡Están cercados por la nieve y no pueden salir de la granja!

—¡Ana, tienes razón! —dijo Julián.

—¡Inteligente chica! —dijo Dick.

—¡Caramba! ¡Qué cosa más maravillosa sería que pudiéramos rescatar esos papeles! —dijo Jorge.

Timoteo participaba del general contento, dando saltos arriba y abajo con gran alegría. Todo lo que ponía contentos a los chicos lo ponía contento a él.

—¡Vamos! —dijo Julián cogiendo a Ana de la mano—. Esto es magnífico. Si Jorge tiene razón y este Camino Secreto desemboca en algún lugar de la granja Kirrin, nos las podremos arreglar de algún modo para registrar la habitación de esos hombres y encontrar los papeles.

—Tú dijiste que registrar los dormitorios de las personas era una cosa que no se debía hacer —dijo Jorge.

—Sí, pero yo entonces no sabía las cosas que ahora sé —dijo Julián—. Esto lo tenemos que hacer por tu padre. Y quién sabe si lo haremos también en beneficio del país, en el caso de que su fórmula sea eficaz. Tenemos ahora que emplear toda nuestra inteligencia en burlar a nuestros sagaces y peligrosos enemigos.

—¿Crees realmente que son peligrosos? —preguntó Ana, algo asustada.

—Sí, creo que lo son —contestó Julián—. Pero no tienes por qué preocuparte, Ana. Me tienes a mí, y a Dick y a Timoteo para protegerte.

—Yo también puedo protegerla —dijo Jorge, indignada—. ¡Yo soy tan valiente como cualquiera de vosotros!

—Sí, lo eres realmente —dijo Dick—. En realidad, eres más impetuosa que ningún chico.

—Vamos ya —dijo Julián—. Estoy impaciente por saber dónde termina este pasadizo.

Todos reemprendieron el camino. Ana iba detrás de Julián, y Dick detrás de Jorge. Timoteo iba de un extremo a otro de la fila, apretujándose de vez en cuando contra los chicos en los sitios más estrechos. ¡No comprendía cómo éstos empleaban toda la mañana en pasear por un sitio tan singular!

Después que hubieron marchado durante un buen rato, Julián se detuvo de pronto.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dick desde atrás—. ¡Supongo que no será otro montón de arena!

—No, pero creo que hemos llegado ya al final del pasadizo — dijo Julián, excitadísimo.

Los otros se agolparon a su alrededor. Ciertamente, el pasadizo terminaba allí. Había enfrente una especie de muro rocoso que tenía fuertemente incrustados unos salientes de hierro, como especie de argollas, que seguramente estaban allí para servir de apoyo a los que quisieran trepar por el muro. Julián enfoco con la linterna hacia arriba y todos pudieron ver una especie de pozo que ascendía a gran altura desde el sitio donde ellos estaban.

—Ahora tendremos que trepar por aquí —dijo Julián. Tenemos que escalar toda esta oscura sima y, Dios mío, supongo que al final estará la otra boca del Camino Secreto. Yo subiré solo primero. Vosotros esperad aquí a que vuelva y os cuente lo que hay.

El muchacho sujetó la linterna con los dientes y empezó la escalada, apoyándose en las argollas de hierro, hasta desaparecer en la oscuridad.

Trepó durante un buen rato. Pensó que aquello era igual que el tubo de una chimenea. Estaba frío y olía a viejo.

De pronto llegó a una especie de plataforma. Cogió la linterna de la boca e iluminó los alrededores.

Tras él, a los lados y en el suelo, todo era de roca. A sus pies tenía el oscuro agujero del cual acababa de salir. Iluminó luego la parte frontera y quedó sorprendido.

Enfrente de él había una gran puerta de roble. A la altura de la cintura tenía un recipiente. Julián lo hizo girar con manos temblorosas. ¿Qué habría al otro lado?

La puerta se abría para dentro. Resultaba difícil franquearla sin

caer dentro del agujero. Julián se apretó contra el muro y se aproximó a la puerta sorteando con dificultad el agujero. Previamente se las había arreglado para abrirla lo más posible. Al franquear la puerta supuso que entraría en una habitación.

Pero su mano tanteó y pudo notar que había enfrente de él otra puerta de madera. La empujó con la mano y se abrió un poco, silenciosamente.

¡Julián se dio cuenta en seguida de dónde se encontraba!

«Estoy en el armario de doble fondo que hay en el primer piso de la casa de la granja Kirrin —pensó—. El Camino Secreto arranca de aquí. ¡Está claro! ¡Poco nos imaginábamos cuando nos metimos aquí el otro día que el armario no sólo tenía doble fondo, sino que éste no era ni más ni menos que el principio del Camino Secreto!»

El armario estaba ahora lleno de trajes pertenecientes a los artistas. Julián quedó quieto y prestó oído. No parecía que en la habitación hubiese nadie. ¿Tendría tiempo de echar un vistazo para ver si en algún sitio estaban los papeles robados?

Entonces se acordó de los otros, que estarían abajo, muertos de frío, esperándolo impacientes. Era mejor regresar en seguida y contarles todo lo que le había ocurrido. Entre todos podrían registrar mejor la habitación.

Se dirigió al espacio que había tras la puerta falsa. Una vez allí abrió de nuevo la puerta de roble. No le costó gran trabajo volver a cerrarla. En seguida se metió en el agujero, usando como escalones las argollas de hierro. Apoyándose con pies y manos y con la linterna entre los dientes, llegó por fin abajo.

—¡Julián! ¡Cuánto has tardado! ¡Rápido! ¡Cuéntanos lo que has visto! —gritó Jorge.

—Es algo emocionante a más no poder —dijo Julián—. ¡Algo absolutamente súper! ¿Dónde os figuráis que termina este pozo? ¡En el mismo armario de la casa de la granja Kirrin, aquel que tiene doble fondo!

—¡Cáspita! —dijo Dick.

—¡Caramba! —dijo Jorge.

—¿Te metiste dentro de la habitación? —gritó Ana.

—Trepando, trepando, llegué a encontrar, en una especie de plataforma, una gran puerta de roble —explicó Julián—. Tenía un picaporte y pude abrirla del todo. Entonces vi que delante de mí

había otra puerta de madera. Yo no sabía entonces que se trataba precisamente de la puerta falsa del armario. Era muy sencillo abrirla y franquearla. De pronto me encontré rodeado de trajes por todos sitios. En seguida volví para contároslo todo.

—¡Julián! ¡Ahora podremos ir a buscar esos papeles! —dijo Jorge—. ¿Había alguien en la habitación?

—No creo. Yo no oí ningún ruido —dijo Julián—. Ahora yo propongo que vayamos todos allá arriba y registremos las dos habitaciones. Los artistas esos tienen dos habitaciones contiguas.

—¡Oh, qué bien! —dijo Dick, entusiasmado con la idea de disfrutar de una fantástica aventura—. Vayamos ahora mismo. Tú, Julián, ve delante. Detrás, Ana y Jorge, y yo el último.

—Y ¿qué hacemos con Timoteo? —preguntó Jorge.

—Pues él no puede trepar por esas argollas —dijo Julián—. Es, desde luego, un perro maravilloso, pero ciertamente no puede trepar, Jorge. No tendremos más remedio que dejarlo solo aquí abajo.

—Eso no le gustará —repuso Jorge.

—Pero nosotros no podemos cargar con él —dijo Dick—. Timoteo, viejo amigo, ¿verdad que no te importará quedarte aquí solo un ratito?

Timoteo movió la cola alegremente. Pero en cuanto vio que los chicos desaparecían pozo arriba, la abatió al punto. ¡Vaya! ¡Se marchaban sin él! ¿Cómo eran capaces de hacer una cosa así?

Se empinó y dio un salto contra el muro, pero al momento estaba otra vez en el suelo. Dio otro salto, profiriendo amargos aullidos. Jorge le ordenó con voz profunda:

—¡Estáte quieto, Tim querido! Tardaremos muy poco.

Timoteo dejó de lamentarse. Se sentó al pie de la rocosa pared con los ojos entornados. ¡Esta aventura estaba haciéndose cada vez más rara!

Pronto los chicos estuvieron en la estrecha plataforma. La enorme puerta de roble permanecía todavía abierta. Julián enfocó con la linterna y todos pudieron ver la puerta del armario de doble fondo. Julián la empujó con la mano y ésta se entornó silenciosamente. Entonces la linterna iluminó una muchedumbre de trajes y batas.

Los chicos, al pronto, permanecieron quietos aguzando el oído.

No se oía nada que procediera de la habitación.

—Voy a abrir la puerta del armario y meterme en la habitación —susurró Julián—. ¡No hagáis ningún ruido!

El muchacho apartó los trajes y tanteó con la mano para dar con la puerta del armario. Cuando dio con ella la empujó suavemente. Se abrió un poco y un rayo de luz del día penetró en el armario. Cautelosamente, Julián se metió en la habitación. No había nadie allí. La cosa iba bien.

—¡Vamos! —susurró a los demás—. ¡La habitación está vacía!

Uno a uno los chicos atravesaron el amasijo de trajes y se introdujeron en la habitación. Había allí una cama muy grande, un pupitre con varios cajones, una mesa pequeña y dos sillas. Nada más. Iba a resultar fácil registrarlo todo.

—Mira, Julián, aquí hay una puerta que comunica con la habitación de al lado —dijo Jorge de pronto—. Dos de nosotros podemos ir a registrarla mientras los otros dos se quedan aquí a hacer lo mismo. Será mejor que cerremos las puertas de entrada de las dos habitaciones. Así no podrán sorprendernos.

—¡Buena idea! —dijo Julián, que estaba temeroso de que en cualquier instante pudiera llegar alguien que los descubriera registrándolo todo—. Ana y yo iremos a la habitación de al lado, y tú y Dick podéis registrar ésta de aquí. Cierra la puerta de la habitación, Dick, y echa el cerrojo, que yo cerraré la otra. Dejaremos abierta la puerta que comunica ambas habitaciones. Así podremos hablar. Sigilosamente el muchacho cruzó la puerta común y se introdujo en la habitación, que no se diferenciaba gran cosa de la primera. Tampoco había nadie en ella. Julián se dirigió a la puerta de entrada y echó el cerrojo. Oyó como Dick hacía lo mismo con la otra puerta. Suspiró fuertemente. ¡Ahora podían considerarse seguros!

—Ana, levanta la alfombra y mira a ver si hay debajo papeles escondidos —dijo—. Luego mira debajo de los cojines que hay en los sillones y levanta la ropa de la cama y mira también debajo del colchón.

Ana y Julián se pusieron a registrar afanosamente. Empezó él por los cajones del pupitre, pensando que era un magnífico lugar para ocultar cosas. Las manos de los chicos se movían nerviosamente mientras esperaban de un momento a otro encontrar

los papeles robados. Era algo terriblemente emocionante.

Empezaron a pensar dónde estarían los dos hombres. Seguramente abajo, al calor de la cocina. ¡No podían estar fuera de la casa porque ésta estaba bloqueada por la nieve!

Dick y Jorge estaban en la otra habitación registrándolo todo afanosamente también. Miraron en todos los cajones. Levantaron la ropa de la cama y la alfombra. Hasta la misma chimenea fue examinada y registrada punto por punto.

—¿Has encontrado algo, Julián? —preguntó Dick en voz baja asomándose por la puerta que comunicaba las dos habitaciones.

—Nada —repuso Julián tristemente—. ¡Han sabido esconder bien los papeles! ¡Con tal que no los tengan encima, guardados en el bolsillo o algo así…!

Dick se sintió muy desanimado al oír esto. No había pensado en ello hasta entonces.

—¡Es desesperante! —exclamó.

—Vuelve a tu puesto y regístralo todo, enteramente todo —dijo Julián—. ¡Saca las fundas de las almohadas, no vaya a ser que hayan escondido los papeles allí!

Dick desapareció. El ruido que en seguida se produjo en la habitación demostraba a todas luces que estaba entregado totalmente a la tarea de registrarlo todo lo más aprisa posible.

Ana y Julián continuaron su tarea también. Estaban sencillamente decididos a no dejar nada sin registrar. Incluso volvieron del revés los cuadros, por si tras ellos podían estar escondidos los papeles. Pero en ningún sitio encontraban nada. Era decepcionante a más no poder.

—No podemos regresar sin haberlos encontrado —dijo Julián, desesperado—. ¡No vamos a desaprovechar la suerte que hemos tenido de poder llegar hasta aquí a través del Camino Secreto! ¡Tenemos que encontrar los papeles a la fuerza!

—¡Cuidado! —dijo Dick—. Oigo voces. ¡Escuchad!

Los cuatro chicos prestaron oído. ¡Sí! ¡Alguien estaba hablando al otro lado de la puerta de una de las habitaciones!

Capítulo 16

Los chicos son descubiertos

—¿Qué podemos hacer? —susurró Jorge.

Estaban todos juntos en una de las habitaciones, escuchando.

—Será mejor que volvamos al Camino Secreto —dijo Julián.

—¡Oh, no, no po…! —empezó a decir Jorge.

En aquel momento el picaporte de la puerta empezó a moverse. Quienquiera que lo estuviese manipulando lo hacía en vano. No se podía abrir la puerta. Se oyó una exclamación de enfado y en seguida los chicos reconocieron la voz del señor Wilton.

—¡Thomas! ¡La puerta de mi dormitorio no puede abrirse! Entraré por tu cuarto y veré qué le ocurre al picaporte.

—Sí, será mejor —dijo Thomas.

Entonces se oyeron pasos que se dirigían a la puerta de la otra habitación. Luego se oyó el ruido que producía el picaporte al ser manipulado.

—¿Qué significa esto? —preguntó el señor Wilton, exasperado —. Esta puerta tampoco se abre. ¡Están cerradas las dos!

—¡Eso parece! —dijo el señor Thomas.

Hubo una pausa. Luego los chicos pudieron oír unas cuantas palabras pronunciadas en voz baja.

—¿Habrá ocurrido algo con los papeles? ¿Nos habrán descubierto?

—Estaban en tu habitación, ¿verdad? —dijo el señor Thomas.

Hubo otra pausa. Los chicos se miraron unos a otros. O sea, que los hombres aquellos habían robado las hojas y, lo que era peor, éstas estaban en el dormitorio. ¡En la misma habitación donde estaban los chicos! Éstos empezaron a mirar agitadamente por todo

el rededor, pensando intensamente para averiguar dónde había otros sitios que todavía no habían registrado.

—¡Rápido! ¡Registremos por todos sitios mientras dispongamos de tiempo! —susurró Julián—. Procurando no hacer ruido.

Todos a la vez, los chicos se pusieron a registrarlo todo una vez más. ¡Cómo trabajaron! Hasta abrieron los libros que había sobre la mesa por si entre sus páginas podían encontrarse los papeles. Pero no encontraban nada.

—¡Eh, señora Sanders! —gritó Wilton—. ¿Ha cerrado usted por casualidad estas dos puertas? ¡No podemos entrar en nuestros dormitorios!

—¡Dios bendito! —dijo la señora Sanders desde abajo—. Voy a subir a ver. ¡Desde luego, yo no he cerrado ninguna puerta!

Una vez más fueron movidos los picaportes, pero una vez más las puertas no quisieron abrirse. Los hombres empezaban a impacientarse.

—¿Es que hay alguien en nuestros dormitorios? —preguntó el señor Wilton a la señora Sanders.

Ella se echó a reír.

—Señor: ¿quién quiere usted que esté en su dormitorio? Las dos únicas personas que hay en la casa, aparte ustedes dos, son mi marido y yo. Además, saben ustedes muy bien que nadie puede entrar en la granja: está cercada por la nieve. No acabo de entenderlo. Por lo visto, las puertas se han cerrado solas.

Ana, en aquel momento estaba levantando el jarro de agua del lavabo para mirar debajo. Pesaba más de lo que había pensado y le resbaló de la mano, chocando contra el mármol con fuerte ruido. El agua se derramó por la habitación.

Los que estaban al otro lado de la puerta oyeron el ruido. El señor Wilton empezó a golpearla y a remover nerviosamente el picaporte.

—¿Quién hay ahí? ¡Déjennos entrar o será peor para ustedes! ¿Qué están haciendo ahí dentro?

—¡Ana, eres idiota! —dijo Dick—. ¡Ahora echarán la puerta abajo!

Eso era exactamente lo que los dos hombres estaban intentando hacer. Temerosos de que alguien pudiese encontrar los papeles robados, estaban enloquecidos, y daban fuertes empujones y

puntapiés a la puerta. Esta empezó a ceder con fuertes crujidos.

—¡Cuidado con lo que hacen! —gritó la indignada voz de la señora Sanders.

Los hombres no le hicieron el menor caso. Se oyó un crujido más fuerte que los otros mientras los dos a la vez empujaban con todas sus fuerzas.

—¡Rápido! Será mejor que nos vayamos —dijo Julián—. Los hombres esos no saben por dónde hemos entrado y nada nos impedirá volver a registrar estas habitaciones otra vez. Ana, Jorge, Dick, ¡rápidos al armario!

Los chicos echaron a correr hacia el armario.

—Yo me meteré primero y os ayudaré a bajar —dijo Julián.

Se introdujo luego en el cuartucho de detrás del armario, abrió la última puerta y se encaramó en los salientes de hierro del pozo con la linterna entre los dientes.

—Ana, ven tú ahora —dijo—. Y Dick, ve tú detrás y dale a Ana la mano, si lo necesita. Jorge es una buena escaladora. Ella podrá valerse por sí misma.

Ana bajaba muy despacio. Estaba muy excitada y, cada vez que avanzaba un pie, tenía miedo de no encontrar el saliente de hierro donde apoyarlo.

—¡Rápido, Ana! —dijo Dick, tras ella—. ¡Los hombres esos están a punto de derribar la puerta!

Se podía oír los tremendos golpes que estaban propinando a la puerta del dormitorio. De un momento a otro los hombres entrarían en la habitación. Dick suspiró satisfecho cuando pudo al fin empezar a descender por el pozo. En cuanto Jorge cerrara la puerta de roble podían considerarse seguros.

Jorge estaba metida en el armario, entre la ropa, esperando que le llegase su turno de bajar, y todavía discurriendo sobre dónde podían aquellos hombres haber metido los papeles. De pronto sus manos toparon con algo crujiente, algo que estaba en el bolsillo de un impermeable que estaba allí colgado. El corazón de la muchachita empezó a latir apresuradamente.

¿Y si el hombre a quien el señor Roland entregó los papeles los hubiera metido en el bolsillo de su impermeable y los hubiera dejado allí? Ése era el único sitio donde los chicos no habían registrado, o sea los bolsillos de los impermeables que estaban

colgados en el armario. Jorge metió sus temblorosos dedos en el bolsillo donde había notado algo que crujía como el papel.

Sacó un paquete de papeles. Estaba todo sumido en la oscuridad y ella no podía saber si los papeles que había cogido eran los que estaban buscando, pero tenía la enorme esperanza de que sí fueran. Los metió por el escote de su jersey, pues no tenía en la ropa bolsillo bastante grande para guardar el paquetón. Susurró a Dick:

—¿Puedo bajar ya?

¡Crash! La puerta se quebró produciendo un ruido espantoso, y los dos hombres entraron precipitadamente en la habitación. Miraron en torno de ellos. ¡Estaba vacía! Pero allí estaba el agua derramada del jarro del lavabo. Allí había estado alguien.

—¡Miremos en el armario! —dijo el señor Thomas.

Jorge se deslizó suavemente entre las ropas que colgaban en el armario y traspasó la puerta falsa que había en el fondo. En el pozo todo era silencio. Jorge descendió un par de escalones y cerró la puerta de roble, que ahora quedaba por encima de su cabeza. No la pudo cerrar del todo, le fallaron las fuerzas, pero, sin embargo, pensó que estaba a salvo de toda contingencia.

Los dos hombres se dirigieron al armario y examinaron su interior por si alguien podía estar escondido allí. El señor Wilton lanzó una fuerte exclamación:

—¡Han cogido los papeles! ¡Estaban en este bolsillo! No hay ningún rastro de ellos. ¡Rápido, Thomas, a ver si sorprendemos al ladrón! ¡No puede estar muy lejos!

Los dos hombres no tenían la menor idea de que detrás del armario había un camino desconocido que llevaba bien lejos. Se dedicaron a rebuscar afanosamente por la habitación, una vez se convencieron de que dentro no se había podido esconder nadie.

En aquel momento, todos los chicos, excepto Jorge, estaban ya en el fondo del pozo, a la vista del Camino Secreto, esperando impacientemente a Jorge. Ésta estaba en aquel momento pasando un serio apuro: la falda se le había enredado en uno de los soportes de hierro y a duras penas conseguía remediar su situación.

—¡Por Dios, Jorge, baja ya! —dijo Julián.

Timoteo daba saltos, arañando las paredes del pozo. Se había dado cuenta perfectamente de la ansiedad y el temor que embargaba a los chicos y eso lo tenía sobresaltado. Esperaba

impaciente el regreso de su amita. ¿Por qué no volvía? ¿Por qué tenía que estar metida en aquel pozo oscuro? Timoteo, pensando en ella, se sentía muy desgraciado.

Agachó la cabeza y lanzó un profundo y desgarrador aullido que hizo estremecerse a los chicos.

—¡Calla, Timoteo! —dijo Julián.

Timoteo volvió a aullar, produciendo unos ecos fantásticos que resonaban por todos sitios. Ana empezó a gritar, aterrorizada. Timoteo seguía aullando y no paraba. Cuando empezaba a aullar era difícil que dejase de hacerlo en seguida.

Los dos hombres, desde el dormitorio, oyeron los aullidos y quedaron estupefactos.

—¿Qué es eso que se oye? —preguntó uno de ellos.

—Parece como si un perro estuviera aullando desde el centro de la tierra —dijo el otro.

—Es curioso —dijo el señor Wilton—. Parece que los aullidos provienen de dentro del armario.

Se acercó inmediatamente al armario y abrió la puerta. Timoteo escogió aquel momento para lanzar un aullido especialmente lúgubre. El señor Wilton dio un salto. Empezó a palpar con las manos el fondo del armario y pudo notar que allí la pared se abría. La puerta había cedido.

—¡Thomas! ¡Aquí ha ocurrido algo extraordinario! —gritó el señor Wilton—. ¡Tráeme la linterna, que la he dejado sobre la mesa!

Timoteo volvió a aullar con todas sus fuerzas, cosa que hizo estremecer de pavor al señor Wilton. Los aullidos de Timoteo eran particularmente horrísonos. Remontaban el pozo y parecían estallar en el mismo armario del dormitorio.

El señor Thomas trajo la linterna. El otro la cogió e iluminó el fondo del armario. Profirió una exclamación.

—¡Fíjate en esto! ¡Aquí hay una puerta!

La señora Sanders, que había estado observándolo todo con sorpresa e indignación, muy irritada porque habían derribado la puerta, se acercó al armario.

—¡Caramba! —dijo—. Yo sabía que este armario tenía una puerta falsa, pero no tenía la menor idea de que detrás había otra puerta. Ésta debe de ser la entrada al Camino Secreto que la gente usaba antiguamente.

—¿Adónde conduce? —preguntó el señor Wilton.

—¡No tengo ni idea! —dijo la señora Sanders—. Nunca sentí gran interés por esta clase de cosas.

—Vamos, Thomas, metámonos dentro —dijo el señor Wilton iluminando con su linterna el oscuro cuartucho que había detrás del armario, y viendo los salientes de hierro que había en el pozo—. Seguro que por aquí es por donde se ha escapado el ladrón. No puede estar muy lejos. Lo perseguiremos. ¡No tenemos más remedio que rescatar esos papeles!



Al poco, los dos hombres estaban descendiendo por el pozo, ayudándose en los salientes de hierro, y haciendo cábalas sobre adonde conduciría el camino. No oían ningún ruido. ¡Seguramente el ladrón se había escapado ya!

Jorge, al fin, había llegado abajo. Timoteo, embargado por la alegría, por poco la derriba. Ella puso la mano en la cabeza del can.

—¡Viejo tonto! —dijo—. Me parece que por tu culpa han descubierto nuestro secreto. ¡Rápido, vayámonos ya! Dentro de un minuto estarán aquí esos dos hombres. A la fuerza tienen que haber oído a Timoteo.

Julián cogió de la mano a Ana.

—Vamos, Ana —dijo—. Ya puedes empezar a correr lo más que te permitan las piernas. ¡Apresurémonos! Dick, acompaña tú a Jorge.

Los cuatro echaron a correr a través del estrecho y oscuro pasadizo. ¡Cuánto tenían que recorrer todavía, antes de llegar a casa! El pasadizo era muy largo. Pronto el corazón de los chicos empezó a latir rápida y penosamente.

Julián mantenía la linterna encendida, iluminando el camino por delante, y Dick lo iluminaba por detrás. Ana iba casi a rastras, de la mano de Julián. De pronto, oyeron una exclamación detrás de ellos.

—¡Fíjate! ¿No ves una luz allá delante? ¡Tiene que ser el ladrón! ¡Vamos rápido, verás qué pronto lo atrapamos!

Capítulo 17

¡Buen perro Timoteo!

—¡Ana, por favor, ve más aprisa! —exclamó Dick, que estaba detrás de ella.

Para la pobre Ana resultaba verdaderamente difícil correr más. Arrastrada por Julián y empujada por Dick, estuvo dos o tres veces a punto de caer. Jadeaba pesadamente y parecía que iba a estallarle el corazón.

—¡Quiero descansar un poco! —jadeó.

¡Pero no había tiempo para ello! ¡Los dos hombres se les estaban acercando corriendo por detrás! Llegaron a la parte del camino más ancha, allí donde estaba el rocoso banco. Ana lo miró codiciosamente. Pero los chicos no la dejaron sentarse.

De pronto la muchachita tropezó con una piedra y cayó pesadamente al suelo, arrastrando, casi, a Julián. Intentó levantarle y empezó a gritar:

—¡Me he hecho daño en el pie! ¡Me lo he torcido! ¡Oh, Julián, no puedo andar!

—Lo siento, pequeña, pero tendrás que hacerlo —dijo Julián, que estaba apenado por lo que le había ocurrido a su hermanita, pero que, sin embargo, pensaba que todos ellos serían atrapados si no se mantenía firme—. Corre lo más que puedas.

Pero ahora le era imposible a Ana llegar muy lejos. Cada vez que apoyaba el pie en el suelo daba un grito de dolor. Andaba cojeando y tan despacio, que Dick por poco se le echa encima. Dick echó un vistazo detrás de él y vio la luz de la linterna de aquellos hombres acercándose más y más. ¿Qué hacer?

—Me quedaré aquí con Timoteo y los detendremos —dijo Jorge

de pronto—. Toma esos papeles, Dick. Creo que son los que buscábamos, pero no estaré segura hasta que no los vea con buena luz. Los encontré en el bolsillo de un impermeable que había en el armario.

—¡Caramba! —dijo Dick, sorprendido. Cogió el paquete de papeles y lo guardó en el pecho, debajo del jersey, lo mismo que había hecho Jorge, pues el paquete era demasiado grande para que cupiera en el bolsillo del pantalón—. Yo me quedaré contigo, Jorge, y los otros dos que sigan adelante.

—No. Yo quiero que esos papeles, sin son los de mi padre, estén a buen seguro. ¡Vete, Dick! Yo tengo suficiente con Timoteo. Lo haré ladrar estrepitosamente. Ya verás cómo resuenan sus ladridos por estas curvas rocosas del pasadizo.

—Pero ¿y si los hombres llevan revólveres? —dijo Dick, dubitativo—. A lo mejor os disparan.

—Apuesto a que no llevan —dijo Jorge—. ¡Márchate ya, Dick! Los hombres están a punto de llegar. Fíjate en la luz de la linterna.

Dick fue a reunirse con Julián y Ana. Le contó a Julián la decisión que había tomado Jorge.

—¡Bien por Jorge! —dijo Julián—. Es una chica maravillosa. ¡No se asusta por nada! Entretendrá a los hombres hasta que yo haya conseguido llevar a casa a la pobre Ana.

Jorge se agazapó tras una roca que había en el pasadizo, esperando, con la mano puesta en el collar de Timoteo.

—¡Ahora, Tim! —susurró—. Ladra lo más fuerte que puedas. ¡Ahora!

Timoteo hasta entonces se había limitado a gruñir levemente, pero ante la orden de Jorge abrió el hocico y empezó a ladrar. ¡Cómo ladraba! Sencillamente, la voz de Timoteo era estruendosa y espantable, y producía multitud de ecos que los recovecos y curvas del oscuro y estrecho pasadizo. Los dos hombres, que estaban ya casi llegando a la roca de Jorge, se detuvieron.

—¡Si pasáis de esta roca, os echaré al perro! —gritó Jorge.

—Quien grita es una niña —dijo un hombre al otro—. Sólo una niña. ¡Sigamos!

Timoteo volvió a ladrar y a tirar del collar. Estaba deseando echarse encima de los hombres. La luz de su linterna iluminaba la roca. Jorge soltó a Timoteo y el gran can emprendió alegremente el

camino por la curva que rodeaba a la roca para enfrentarse con sus enemigos.

Estos lo vieron de repente, a la luz de su linterna. Era para ellos una visión terrorífica. En primer lugar se trataba de un perro muy grande y, además, parecía irritado sobremanera, todo ello unido a que, al tener el pelo totalmente erizado a causa de la ira, parecía mucho más enorme. Además, enseñaba los dientes y éstos relucían a la luz de la linterna. En resumen, un espectáculo nada agradable para los dos hombres.

—¡Si dan ustedes un solo paso adelante, ordenaré al perro que les ataque! —gritó Jorge—. ¡Espera, Tim, espera! Quédate quieto hasta que yo te lo mande.

El perro quedó quieto, iluminado por la linterna, gruñendo por lo bajo. Tenía el aspecto de un animal extremadamente feroz. Los hombres lo miraron con la duda reflejada en sus rostros. Uno de ellos dio un paso y Jorge lo oyó. Rápidamente gritó a Timoteo:

—¡Atácalo, Tim, atácalo!

Timoteo, de un salto, se abalanzó sobre su garganta. Esto cogió al hombre de sorpresa, el cual cayó al suelo pesadamente, intentando apartar de sí al perro. El otro hombre fue a ayudarle.

—¡Dile a tu perro que nos deje, o le zurraremos! —gritó el segundo hombre.

—¡Es mucho más probable que les zurre él a ustedes! —dijo Jorge saliendo de detrás de la roca, con aire divertido—. Tim, déjalos.

Tim dejó a los hombres y empezó a mirar a su amita con ojos que parecían decir: «Lo estaba pasando muy bien. ¿Por qué no me dejas seguir?»

—¿Quién eres? —preguntó el hombre que todavía estaba en el suelo.

—No les contestaré a ninguna pregunta —dijo Jorge—. Y les recomiendo que vuelvan ustedes a la granja Kirrin. Si persisten en su intención de seguir adelante volveré a decir a mi perro que los ataque, y esta vez verán cómo les hace un poquitín más de daño.

Los hombres se volvieron y emprendieron el camino de regreso. Ninguno de ellos tenía la menor intención de enfrentarse otra vez con Timoteo.

Jorge esperó a que no se distinguiera ya la luz de la linterna y

entonces se volvió y zarandeó cariñosamente a Timoteo.

—¡Perro bueno y valiente! —dijo—. ¡Cómo te quiero! ¡No puedes imaginarte lo orgullosa que estoy de ti! Vámonos ya, que tenemos que encontrarnos con los otros. Estoy segura de que esos hombres intentarán esta noche volver a explorar el pasadizo, pero ya verás lo que les pasa cuando vean dónde termina y quién les espera allí.

Jorge echó a correr por el largo pasadizo seguida de Timoteo. Llevaba la linterna de Dick y con ella no tardó en encontrar a los otros chicos. Pronto les contó todo lo que había ocurrido. Hasta la pobre Ana gritó de alegría cuando se enteró de cómo Timoteo había tirado al suelo al señor Wilton.

—Creo que hemos llegado —dijo Julián cuando llegaron al final del pasadizo, en la parte que estaba bajo el suelo del despacho—. Hola, ¿qué es esto?

Un rayo de luz llegaba hasta abajo y los chicos, sorprendidos, pudieron ver que la alfombra que tan cuidadosamente habían dejado cubriendo la abertura del suelo estaba otra vez levantada.

Allí, asomados al agujero, estaban tío Quintín y tía Fanny, los cuales, al ver a la luz de la linterna los rostros de los chicos, quedaron tan sorprendidos que por poco caen dentro.

—¡Julián! ¡Ana! ¿Qué diablos estáis haciendo ahí dentro? —gritó tío Quintín.

Ayudó a cada uno de ellos a subir, cogiéndolos por la mano. Pronto los cuatro chicos y Timoteo estuvieron a salvo dentro del caldeado despacho. ¡Qué agradable era sentir de nuevo el calor del fuego! Se acercaron todos a la chimenea lo más que pudieron.

—Niños, ¿qué significa todo esto? —preguntó tía Fanny. Estaba pálida y horrorizada—. Entré en el despacho para quitar algo de polvo cuando topé con un bulto que formaba la alfombra y que pareció ceder bajo mis pies. Levanté entonces la alfombra y vi este agujero del suelo y otro en la pared. Me di cuenta entonces de que todos vosotros habíais desaparecido y fui a buscar a vuestro tío. ¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Adónde lleva este pasadizo?

Dick sacó el paquete de papeles de su jersey y se lo entregó a Jorge. Esta lo cogió y se lo dio a su padre.

—¿Son éstos los papeles que perdiste? —preguntó.

Su padre se abalanzó sobre ellos con la misma ansiedad que si

los valorase en cien veces su peso en oro.

—¡Sí, sí! Éstos son los papeles. ¡Gracias a Dios que los habéis recuperado! He tardado años en escribirlos y corregirlos y representan la médula de mi descubrimiento. Jorge: ¿dónde los has encontrado?

—Es una historia muy larga —dijo Jorge—. Cuéntasela tú, Julián, yo estoy muy cansada.

Julián empezó a contar la historia. No omitió ni un detalle. Contó como Jorge había visto al señor Roland registrando el despacho, y lo segura que ella estaba de que él no quería que el perro estuviera en la casa porque a la fuerza tenía que estorbar sus movimientos nocturnos, como Jorge lo había visto hablando con los dos artistas, aun cuando él había negado conocerlos. Cuando hubo terminado de hablar, tío Quintín y tía Fanny estaban estupefactos a más no poder. Sencillamente, no podían creer nada de lo que les habían contado.

Pero, a pesar de todo, allí estaban los importantes papeles rescatados por Jorge. Era algo maravilloso. Tío Quintín abrazó el paquete de hojas con el mismo cariño que si se tratara de un precioso bebé. No lo soltaba ni un momento. Jorge contó lo que Timoteo había hecho para amedrentar a los hombres y conseguir que los otros chicos pudieran escapar.

—Fíjate, papá: a pesar de que lo tienes viviendo a la intemperie con el frío que hace, no sólo nos ha salvado a todos, sino también ha cooperado en el rescate de los papeles —dijo a su padre, con sus azules y brillantes ojos fijos en él.

Su padre parecía incómodo. Se sentía culpable por haber castigado a Jorge y a Timoteo, Ellos tenían razón en lo que se refería al señor Roland, y él no: se había equivocado.

—Pobre Jorge —dijo—. Y pobre Timoteo. Cuánto siento lo que he hecho.

Jorge no podía guardar rencor a nadie que confesase que se había equivocado. Sonrió a su padre.

—No tiene importancia —dijo—. Pero ¿no crees que si yo he sido castigada injustamente, mucho más debe serlo el señor Roland? ¡Bien que se lo merece!

—Oh, seguro que las pagará, seguro —prometió su padre—. Ahora está en cama aquejado de un resfriado, como tú sabes. Espero

que no haya oído nada de lo que hemos hablado, pues de lo contrario intentará escapar.

—No puede —dijo Jorge—. Estamos cercados por la nieve. Puedes llamar tranquilamente a la policía y pedirles que vengan aquí en cuanto la nieve empiece a desaparecer. Por otro lado, estoy convencida de que los otros dos hombres volverán al Camino Secreto en un intento desesperado de recuperar los papeles. ¿No estaría bien que los atrapásemos cuando lleguen?

—¡Magnífico! —dijo tío Quintín muy contento, aun cuando tía Fanny parecía no tener ganas de más aventuras—. Ahora será mejor que os vayáis a calentaros a la chimenea del comedor. Estáis muertos de frío y debéis de tener hambre. Es casi la hora de comer. Luego hablaremos de lo que hay que hacer.

Por supuesto, nadie dijo una palabra de nada al señor Roland. Este estaba en cama, tosiendo a cada momento. Jorge fue arriba y cerró por fuera la puerta de su cuarto. No tenía intención de que a lo mejor el preceptor saliera de él y oyese algo de todo lo que tenían que hablar.

Una vez hubieron comido, pronto les pasó a todos el frío. Era muy agradable estar todos reunidos hablando de la aventura que habían corrido y haciendo planes sobre cómo resolver mejor el asunto y darle fin.

—Desde luego, llamaré a la policía —dijo tío Quintín—. Y esta noche meteremos a Timoteo en el despacho para que les dé a los dos artistas la adecuada bienvenida cuando lleguen.

Aquella tarde el señor Roland quedó estupefacto y muy irritado cuando vio que la puerta de su cuarto no podía abrirse, una vez que decidió salir de allí e ir al piso de abajo. La golpeó indignadamente durante un buen rato. Jorge, sonriente, fue al piso de arriba. Les había contado ya a los otros chicos cómo había cerrado la puerta del dormitorio del señor Roland.

—¿Qué es lo que pasa, señor Roland? —preguntó con toda cortesía.

—Oh, ¿eres tú, Jorge? —dijo el preceptor—. Procura averiguar qué ha pasado. No puedo abrir la puerta.

Jorge se había guardado en el bolsillo la llave de la puerta del dormitorio del señor Roland. Le contestó con acento simpático:

—Oh, señor Roland, resulta que no hay llave en la cerradura de

la puerta de su cuarto. No puedo abrirla. ¡Haré lo posible por encontrarla!

El señor Roland estaba irritado y estupefacto. No podía entender cómo podía haber desaparecido la llave de la puerta de su cuarto. No tenía, por supuesto, la menor idea de lo que habían descubierto los de la casa sobre sus actividades. Tío Quintín se echó a reír, satisfecho, cuando Jorge le contó el incidente.

—Está a buen recaudo —dijo—. Ahora sí que no podrá escapar.

Aquella noche todos fueron temprano a la cama. Timoteo quedó en el despacho, guardando la entrada del Camino Secreto. El señor Roland había llegado al grado supremo de la irritación: seguía sin poder abrir la puerta de su cuarto. Había llamado a voces a tío Quintín. Pero sólo había acudido Jorge a su llamada. Eso no lo podía entender. Ella había mandado al perro que ladrase a la puerta del cuarto de él. Esto lo dejó más sorprendido aún. Creía que el can no podría entrar en la casa hasta pasados unos días, según había dicho el dueño de la casa. Cruzaron su cabeza los pensamientos más dispares y desaforados. ¿Acaso Jorge, esa fiera de niña, había encerrado a sus padres y a la cocinera lo mismo que lo había encerrado a él? Desde luego, no tenía la menor idea de lo que realmente había ocurrido.

A eso de la medianoche, Timoteo despertó a todo el mundo con locos ladridos. Tío Quintín y los chicos corrieron escaleras abajo, seguidos por tía Fanny y la perpleja Juana. ¡Un singular espectáculo apareció ante su vista!

El señor Wilton y el señor Thomas estaban en el despacho agazapados detrás del sofá, aterrorizados por Timoteo, que profería espantosos ladridos. Timoteo estaba junto al agujero del suelo y por eso los hombres no podían escapar por allí. ¡Astuto Timoteo! Había esperado silenciosamente a que los hombres se metieran en el despacho y empezaran a explorarlo preguntándose dónde se encontraban y acto seguido se había puesto en guardia junto al agujero, evitando la escapada de los intrusos.

—Buenas noches, señor Wilton. Buenas noches, señor Thomas —dijo Jorge con acento muy cortés—. ¿Han venido ustedes a ver a nuestro preceptor, el señor Roland?

—¡Así es aquí donde él vive! —dijo el señor Wilton—. ¿Eres tú la que estaba este mediodía en el pasadizo?

—Sí, y mis primos también —dijo Jorge—. ¿Han venido a buscar los papeles que le robaron a mi padre?

Los dos hombres permanecieron silenciosos. Comprendían que los habían atrapado. Después de una pausa habló el señor Wilton.

—¿Dónde está Roland?

—¿Los llevamos con el señor Roland? —preguntó Julián guiñándole un ojo a Jorge—. Aunque es medianoche, estoy seguro de que se alegrará de verlos.

—Sí —dijo su tío dándose cuenta de lo que el chico quería hacer en realidad—. Lleváoslos arriba. Timoteo, ve tú también.

Los hombres siguieron a Julián escaleras arriba con Timoteo pisándoles los talones. Jorge también iba detrás, sonriendo. Le dio a Julián la llave. Abrió la puerta del cuarto y los hombres entraron en él justo mientras Julián encendía la luz.

El señor Roland estaba despierto y profirió una exclamación de sorpresa cuando vio a sus amigos.

Antes de que tuvieran tiempo de intercambiar palabras, Julián cerró la puerta de nuevo y le entregó a Jorge la llave.

—Una bonita colección de presos —dijo—. Pondremos al viejo Timoteo a la puerta para que vigile. Es imposible que se puedan escapar por la ventana, y aunque así fuera no podrían salir de la casa: estamos bloqueados por la nieve.

Todos volvieron a acostarse, pero los chicos difícilmente podían dormir después de los últimos excitantes acontecimientos. Ana y Jorge hablaban en voz baja y lo mismo hacían Julián y Dick. Había muchas cosas de que hablar.

Al día siguiente se llevaron todos una sorpresa. ¡Había llegado la policía! La nieve no les había estorbado el paso, pues se habían provisto de esquís. Fue una gran emoción para todos.

—No queremos sacar de la casa a los hombres hasta que no se haya retirado la nieve, señor —dijo el inspector—. Pero los esposaremos, no vaya a ser que nos gasten una jugarreta. Luego cerraremos la puerta y dejaremos al perro fuera. Tendrán que estar en el cuarto uno o dos días aún. Les hemos procurado suficientes alimentos. Y si encuentran que es poco, no les sentará mal ayunar algo.

La nieve se derritió dos días más tarde y la policía se llevó al señor Roland y a los otros. Los chicos los contemplaban mientras se

iban.

—¡Se acabaron las clases estas vacaciones! —exclamó Ana alborozadamente.

—¡Y se acabó eso de que Timoteo viva fuera de casa! —dijo Jorge.

—Tú tenías razón y nosotros estábamos equivocados, Jorge —dijo Julián—. Estabas todo el tiempo hecha una fierecilla, pero una fierecilla muy agradable.

—Es una fierecilla, ¿verdad? —dijo Dick dándole a la chica un repentino abrazo—. Pero ¿verdad que está encantadora cuando se pone rabiosa, Julián? ¡Oh, Jorge, qué maravillosas aventuras hemos pasado juntos! ¿Nos ocurrirá alguna nueva?

—Desde luego que sí. ¡No cabe la menor duda!